

El abrigo de agua

Un thriller nostálgico



BASTIAN JAMES

EL ABRIGO DE AGUA

Un thriller nostálgico

BASTIAN JAMES

El origen de este libro nace de un encargo de mi grupo de amigos de la infancia. Ellos me propusieron reunir las anécdotas, los juegos y las batallas que vivimos en los veranos de los ochenta y noventa, en las Torres de Colón, donde más de veinte niños de distintos puntos de España coincidimos, dejando como herencia un vasto poso de recuerdos inolvidables. Sin embargo, sin una trama ficticia, el conjunto de aventuras quedaba, a mi parecer, algo descafeinado. Por eso, este libro mezcla

memoria e invención.

Los personajes del presente existen, aunque su retrato está matizado por la ficción. Los de la adolescencia también son reales, pero para preservar su intimidad he cambiado sus nombres, manteniendo solo la inicial.

Lo que recuerdo está grabado; lo que olvidé, me lo prestaron amigos generosos; el resto son conjeturas mías: quizá ciertas, quizá puro oficio de imaginar. Ojalá estas páginas honren a quienes estuvimos allí y, para los demás, sirvan como espejo de su propia pandilla de la Generación X, esa cohorte olvidada entre los *baby boomers* y los *millennials*. Porque lo que aquí se cuenta... quizá lo vivimos todos. O quizá no.

Dedicado a todos ellos, y muy especialmente a nuestro grupo de amigos: Vida.

ÍNDICE DE CAPÍTULO

Prólogo: El ser que no fue.

Capítulo 1: Grupo Vida.

Capítulo 2: El color del barro.

Capítulo 3: La torre secreta.

Capítulo 4: Signos rituales.

Capítulo 5: Humo en el sótano.

Capítulo 6: Ecos en el agua.

Capítulo 7: Los juegos de los 90.

Capítulo 8: El árbol del amor.

Capítulo 9: Los Estudiantes.

Capítulo 10: El amanecer dorado.

Capítulo 11: La puerta del miedo.

Capítulo 12: Coma.

Capítulo 13: Juegos de guerra.

Capítulo 14: Veranos azules.

Capítulo 15: Policías y ladrones.

Capítulo 16: Nave maldita.

Capítulo 17: Escape del terror.

Capítulo 18: Hijos de la inocencia.

Epílogo: Redención.

“Los monstruos y los fantasmas son reales, viven dentro de nosotros...y, a veces, ganan.” Stephen King.

Prólogo: EL SER QUE NO FUE.

Torre del Mar, Agosto de 1991.

Con el chubasquero siempre se sentía protegido. Aquella tela plastificada, pegada al cuerpo como una segunda piel, convertía su mundo interno en un lugar más tolerable. Lo llevaba incluso en los días más calurosos del verano, cuando el viento de levante dormía y el lorenzo hervía la arena. Cuando lo llevaba puesto, intentando adentrarse en la orilla cálida del mediterráneo, nadie lo podía ver, ni señalar, ni reírse de él. Aquella agua salada, que para los demás niños simbolizaba el placer del juego, para él constituía su espacio de disimulo, de sosiego y calma. Aquel abrigo de agua era su capa del hombre invisible, aunque, con ese color amarillo chillón sólo podía generar lo contrario de pasar desapercibido. No le importaba el sudor, ni las miradas ajenas, ni los comentarios que lo seguían como un eco apuñalador. A él solo le importaba esa sensación de estar cubierto, de ser impermeable al mundo. En su imaginación su capa lo protegía del mal que podían llegar a hacer los niños que veían en él a un ser distinto, un monstruo con cicatrices que no merecía ser considerado otro niño más. Sin embargo, debajo de aquel abrigo no se hallaba solo un niño. Se encontraba un refugio. Un escondite. Una muralla frente el dolor que proviene de lo ajeno. Y el mar, frente a él, se desplegaba como una promesa. Agua salada que no pedía explicaciones. Espuma que no juzgaba. En sus pequeñas olas encontraba más consuelo que en las palabras de los adultos o en las risas envenenadas de los otros niños. Éstos chapoteaban, saltaban, reían. Él no. No se movía. Cuando las risas se volvían hacia él, con la crueldad natural de la infancia, él respondía siempre igual: silencio absoluto. Sabía, aunque no pudiera explicarlo, que el agua lo entendía. Que lo abrazaba sin miedo. Su madre siempre le decía que el agua salada podía curarlo todo, ya fuera en forma de lágrimas, sudor o mar, sin embargo, ella no podía entender del todo el vasto sufrimiento de un hijo rechazado por el mundo, ni que toda la sal de los océanos era insuficiente para curar las heridas visibles e invisibles de su hijo. Los demás niños, con sus cuerpos gordos o delgados, pero lisos y libres se reían cuando se bañaba con ese chubasquero y le preguntaban —¿Por qué no te quitas eso, rarito? Él, sin embargo, nunca respondía. A veces, el silencio es el único lenguaje que le queda al que ha sido olvidado. Y el abrigo, su única voz. Lo único que podía hacer era abrazar aquella tela húmeda y esperar a que el agua lo cubriera por completo para, así, poder borrar su vergüenza. Pero, bajo la calma aparente de ese silencio, algo crecía. Una marea oscura, invisible aún para todos, que

se alimentaba de cada burla, de cada mirada que lo reducía a una rareza indigna. No era tristeza lo que germinaba en su interior, sino una brasa de rencor que, con cada verano, se avivaba. Esa llama de venganza aguardaba paciente, fortaleciéndose, con la secreta certeza de que algún día el agua, en vez de ocultarlo, le otorgaría el poder de devolver cada herida multiplicada. Y aunque él todavía no lo sabía, aquella llama jamás se apagaría.

“Realmente, no hay en el mundo más noble y raro que una amistad verdadera”. Oscar Wilde.

Capítulo 1: GRUPO VIDA.

Torre del Mar, abril de 2025. Domingo de Ramos.

La lluvia golpeaba con una cadencia casi ritual sobre el parabrisas del coche de Alejandro. Eran gotas grandes, gordas, mezcladas con granizo, propias de las tormentas que venían acaeciendo durante las primaveras de los últimos años en Málaga. Aquellas pizcas se desvanecían como un rayo empujadas por el viento húmedo de levante cargado de salitre, mezclado con la velocidad punta del Maserati rojo de los años 70, que tantos placeres le había regalado. El cielo pesaba como una losa sobre la costa malagueña, difuminando las palmeras del paseo marítimo y convirtiendo las fachadas de los pisos en acuarelas borrosas. A través del cristal, la ciudad que una vez fue su reino infantil se le presentaba ahora como un escenario melancólico y jovial a su vez, como una promesa de no ser lo que en su momento fue. Alejandro había terminado su jornada temprano. Coordinaba varias cuadrillas de obra en Madrid, donde nació e hizo su vida. Pero aquel día las lluvias lo habían paralizado todo. La construcción tenía eso: barro, ruido y espera. A sus casi cincuenta años, su espalda empezaba a pedir tregua, pero

su mirada seguía firme, curtida como las manos con las que señalaba planos y estructuras a medio levantar. Divorciado, con una hija adolescente, vivía entre el tráfico, las cañas y el trabajo duro. Sin embargo había envejecido con dignidad, aunque llevara en los ojos la sombra de alguien que aún no ha soltado ciertas batallas. El casco de obra descansaba ahora en el asiento del copiloto, junto a un bocadillo a medio comer y una carpeta con presupuestos y pliegos. A veces, mientras conducía solo, sentía que algo dentro de él se deslizaba hacia otro tiempo. Un tiempo de bicicletas, de arena, sol y chiringuitos, de tardes largas en las Torres de Colón, de canciones que aún sabía de memoria.

Alejandro ajustó el retrovisor. Tenía afeitada la poca barba que nunca le crecía, el pelo negro como el azabache algo más largo que unos años antes, bien engominado hacia atrás, a modo gentleman, como solía catalogar a sus hermanos cuando era pequeño, y los ojos enrojecidos por el insomnio del trabajo de la últimas semanas. Su piel estaba pálida pues no había sido *Maestro Sol* desde hacía un lustro en la costa malagueña que le vio crecer, en aquellos veranos llenos de alegría, mar salada e ilusiones. Había vuelto. No por nostalgia, sino por la intuición y la sospecha de que el pasado, lejos de estar muerto, respiraba todavía.

Recordó la llamada de Santos.

—Han encontrado un cuerpo en el Río Seco —dijo, sin ambages, mientras tomaba un trago medio temblando—. Era el cuerpo de una niña. Lo han encontrado mutilado y cubierto con un chubasquero amarillo.

Alejandro había sentido una punzada en el estómago, un sabor metálico en la lengua. No por el crimen en sí, sino por la imagen que esas palabras habían traído de vuelta: una figura solitaria en las playas de los ochenta, siempre en silencio, siempre al margen, con aquel impermeable ridículo que

le quedaba dos tallas grande. Pero de aquello, treinta años o más atrás, ya ni se acordaba.

Apagó el motor del Maserati y aparcó frente al paseo marítimo. Justo al lado, junto a los edificios que un día fueron su lugar de fiesta, lo que llamaban el Copo, y que ahora constituía una serie de locales de comida rápida y alquileres de bicicletas, todavía resistía un pequeño local donde hacía años tomaban café o alguna copa siempre acompañado del humo de un buen Malboro. Aquel local resistía como un centinela vencido por el tiempo. El neón del cartel parpadeaba, y el toldo raído goteaba un agua oscura. Entró sin prisa. El lugar olía a serrín, café barato y a humedad antigua. Las paredes seguían cubiertas con fotos amarillentas de grupos de música de los noventa. U2, Oasis, REM, Guns' and Roses etc. Se sentó y pidió un café, pero al momento salió a fumar un cigarrillo. El primero en llegar, después de él fue el que convocó al grupo, Vida, Santos.

Lo reconoció por su caminar siempre alerta, dando saltitos en cada paso, con una mano en el bolsillo y la otra sujetando el móvil, la espalda ligeramente estirada pero la cabeza baja como si llevara consigo el peso de lo que creía que se avecinaba. Llevaba unos vaqueros gastados, una camiseta oscura metida a medias en el pantalón, y una chaqueta vaquera. El pelo, algo largo y encanecido en las sienes, parecía más un descuido que un estilo. Santos era un tipo que parecía arrastrar consigo su propia biografía: profesor de psicología de instituto, voz aún firme, con esa cadencia que hacía callar a los adolescentes. Había aprendido a sobrevivir en el aula como quien sobrevive a una trinchera: con ironía, firmeza y una pizca de ternura. Tras terminar las clases, volvía a su pueblo en bicicleta, lo que le aseguraba un poco de libertad y de dopamina para su cerebro. El ejercicio era su forma de no pensar demasiado y de sentir la alegría que las endorfinas le regalaban durante un rato. Después, cuando el sol ya comenzaba a caer, se sentaba en una terraza solitaria frente al mar, pedía un gintonic con poco hielo y sacaba un libro. A veces leía, otras simplemente miraba el horizonte, como si esperase que de allí volviera algo que nunca llegó. Tenía dos hijas y una esposa a las que adoraba. Su mujer le

aguantaba sus rarezas, obsesiones y chispazos. Pero ello era señal de que le amaba. Santos ya comenzaba a vivir el presente.

—Cómo estás, amigo mío, te veo muy bien, un poco más gordito, quizás, pero es señal de que estás disfrutando de la vida —dijo Alejandro, estrechándole la mano. ¡Dame un abrazo, coño!

—Tú estás más joven, cabronazo, cómo se nota que dejaste los cubatas, joder, cómo te conservas, seguro que de eso tiene mucha culpa tu nueva amiguita —respondió Santos con media sonrisa.

Mientras esperaban a los otros, hablaron del tiempo, de algunas aventuras en Torre del mar, pero también en Madrid, de cómo las cosas habían cambiado sin que ellos lo decidieran.

A continuación llegaron Damián y Oliver. Damián lucía una gabardina elegante, el cuello subido y el andar cabizbajo de un hombre flaco pero seguro de sí mismo. Tenía el pelo recién cortado, las ojeras marcadas y una mirada astuta. Iba siempre un paso por delante, incluso cuando no hacía falta. Fue un líder natural desde niño y ahora como líder de una empresa de informática, su trabajo parecía una prolongación de aquel juego de estrategias. Estaba casado y tenía dos adolescentes que educar para hacer de ellos gente decente, como él decía. Siempre había sido un seductor, y tenía ese tipo de voz que convertía cualquier historia en algo digno de escucharse. La rutina de Damián en Vélez-Málaga, donde vivía, consistía en revisar servidores y equipos informáticos, corregía errores que nadie más parecía ver. Había sido un autodidacta de la informática desde pequeño. Terminaba su jornada a las tres, regresaba a casa y, mientras su mujer aún no llegaba del trabajo, preparaba la comida para toda la familia. Era buen cocinero, metódico. Mientras picaba cebolla o aliñaba una ensalada, encendía la radio y dejaba sonar U2 o alguna vieja cinta con temas de Héroes del silencio. Luego se sentaba, servía los platos y

escuchaba a sus hijos hablar del mundo como si él nunca hubiese estado allí. Sabía cuándo callar y cuándo hacer las preguntas precisas, era buen conversador, como sus tres amigos, cada uno a su estilo.

Oliver llegó en su Suzuki Gsxr roja llevando consigo, pese a la velocidad, una serenidad propia del que tiene la mente bien encajada en el cerebro. Estaba cubierto por un halo de carisma invisible debido a dicha tranquilidad de ánimo, como el estoico que sabe que va a morir y se da la muerte él mismo para ser siempre dueño de su destino. Alto, corpulento, con una bufanda oscura al cuello, ya no lucía su media melena de adolescente aunque sí tenía ese espíritu jovial debido a su talante, y a su ausencia de barba y vello corporal. Tenía esa mirada distante de quien ha aprendido a vivir sin dejar huellas. Pulidor de oro, de piedras preciosas, parece que esa paciencia era digna de todo su ser en cualquier momento de su vida. Trabajaba en un pequeño taller de joyería en el centro de Córdoba, donde pasaba horas bajo la luz amarilla de una lámpara de precisión, puliendo piezas de oro, reparando cadenas antiguas, engastando piedras como si cada una fuera un secreto. Era un trabajo lento, casi monacal, que requería manos firmes y paciencia infinita. Al llegar a casa, se quitaba la chaqueta con movimientos lentos, se servía un whisky sin hielo y encendía la televisión para ver fútbol en silencio. Animaba a su equipo con verdadera pasión, pero también le gustaba el ritmo del juego, la repetición de los gestos y sentir que sólo la guerra convertida en deporte tenía sentido. Su piso estaba lleno de libros, discos de vinilo y relojes que no marcaban la hora exacta. Tenía mujer, Alba, que, desde que eran unos críos, no se separaba de él, y dos hijos pequeños. A veces parecía vivir a un ritmo distinto, como si todo lo que sucedía a su alrededor fuera parte de un mundo que no terminaba de pertenecerle.

Se saludaron con palmadas en la espalda, risas nerviosas y palabras cortas. Luego pidieron, salieron a fumar, todos menos Santos y volvieron a entrar para sentarse al fondo, en la mesa más discreta del local.

El silencio fue largo. Afuera, la tormenta seguía castigando las ventanas con ráfagas irregulares.

—Entonces, ¿nos lo vas a contar o no? —preguntó finalmente Damián, estirando las piernas bajo la mesa.

Santos asintió. Gracias por haber venido, chicos. Sé que siempre que he tenido algún bajón habéis estado ahí, como cuando éramos adolescentes. Hace un par de días, mientras recogía mis cosas del aula, uno de mis alumnos —un chaval moreno, delgado, con más interés por TikTok que por la paloma de Skinner— se me acercó con una sonrisa torcida.

—Profe, ¿usted no es de Torre del Mar?

—Sí, ¿por?

—Pues se ha liao. Ha salido en las noticias. Han encontrado un chaval muerto... dicen que estaba desfigurado. Con un chubasquero amarillo. En el río ese que hay por allí, el... ¿Río Seco, se llama?

Durante un momento, la imagen de un niño con un chubasquero amarillo me paralizó el cuerpo. Mi bolígrafo quedó suspendido sobre un examen a medio corregir.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí. Mi madre es de allí. Ha dicho que ha sido muy fuerte. Que parecía cosa de película de miedo. Entonces me limité a asentir y despedí al chaval con un gesto seco. Minutos después, en la terraza habitual, con el gintonic ya casi caliente, encendí mi viejo móvil y busqué la noticia. Estaba en los principales medios locales: “Macabro hallazgo en el cauce del Río Seco. El cuerpo de un menor ha sido encontrado con signos de violencia extrema. Vestía un chubasquero amarillo”.

Durante el trayecto a casa, no dejé de pensar en esa prenda. En ese color. En una imagen borrosa de nuestra infancia que no terminaba de cuajar. No recordaba el nombre. No recordaba casi nada. Solo una figura lejana, ajena. Un niño que no era uno de los nuestros, que no hablaba, que no jugaba. Nada más. Aquella misma noche, cuando el silencio se asentó en el pasillo de mi casa y las luces estaban apagadas, escribí cuatro mensajes. Uno a cada uno de vosotros y uno a mí mismo, sin enviarlo. Decía: “Creo que algo muy importante ha pasado que tiene que ver con nosotros. No sé por qué, pero lo sé.” Y por eso estáis aquí.

En aquel instante Santos sacó una carpeta arrugada de su mochila y la dejó sobre la mesa. La foto era pequeña, borrosa, y sin embargo, todos sintieron una punzada al verla. Una niña de unos nueve años, boca arriba en un charco de barro, con un abrigo amarillo fluorescente. Los ojos abiertos. Una mueca en los labios. Como si, en el último segundo, hubiera visto algo que nadie más podría entender.

—¿Cómo tienes esa foto? —preguntó Oliver intrigado, ¿es que te la has cargado tú?, jajaja. Todos rieron a carcajadas.

—Muy gracioso, pues no, no he sido yo, cabronazo. La policía me ha pedido ayuda, un inspector llamado Ortega va al gimnasio de mi hermana Alexandra y le habló de mí. Ayer estuve viendo la zona del crimen y el

cadáver. Con esto de ser profe de psicología creen que puedo serles de utilidad, como en *Mentes Criminales*, pero se equivocan. Están confundiendo la realidad con la ficción, me parece a mí.

—Joder, qué nivelazo tiene este hombre, un brindis por Santos —dijo Alejandro. ¡Salud!, ¡por la amistad!

—Ayú-ayé —gritó Damián.

—Joder, tíos, estáis muy mal. Os he llamado porque creo que hay algo oscuro en todo esto ¿Sabéis quién es la madre? —preguntó Santos.

Alejandro negó lentamente con la cabeza.

—Una de las Torres. Pero de otro grupo, un poco raro. Pilar. Rubia, delgadita, tenía un hermano más pequeño, ¿os acordáis? —preguntó nervioso Santos.

—Pilar Martín... —murmuró Oliver—. La que bailaba en el chiringuito. Joder...

—Exacto. Vive en Málaga ahora. Tiene una pequeña academia de danza. A la niña la encontraron en el río ayer.

Nadie habló durante un rato. Luego Damián se frotó las manos, como si quisiera espantar el frío.

—Vale. ¿Y por qué crees que tiene algo que ver con nosotros?

—No lo creo —respondió Santos—. Lo siento. Lo siento aquí. —Se golpeó el pecho con el puño—. No es una corazonada, es algo más profundo. Como si se hubiera cerrado un círculo.

—Bueno, Santos, —comentó pausadamente Oliver mientras fruncía el entrecejo —está bien que nos llames con urgencia, porque estos ratos nos hacen falta, pero, joder, amigo, Alejandro y yo venimos de muy lejos por una simple corazonada de algo que, o bien no sabes, o bien no quieres contarnos. Pero, ¿sabéis qué os dijo, chicos? —que me da exactamente igual, estamos aquí así que ¡Fiesta! liro liro loooo... Vámonos de aquí, salgamos de este tugurio donde ya no nos dejan ni fumar.

—And the lucky, pásame un cigarrito de maíz, pero ¿a dónde? —preguntó Damián intuyendo lo que iba a decir.

—Toma, cobarde —masculló Alejandro mientras sacaba un Malboro para cada uno del paquete.

—Vamos a hacer un botellón —dijo Oliver sonriendo mientras sacaba de su mochila una botella de Johnnie Walker etiqueta azul.

—Eso, a la cruz roja, enfrente del mar, como en los viejos tiempos —gritaron Damián y Alejandro a la vez.

—Pero si está lloviendo, descerebrados —dijo Santos sonriendo...—me

alegro de que estéis aquí.

Allí, en el muro de la cruz roja donde se reunían de pequeños para inventar el botellón treinta y cinco años atrás, hablaron de los viejos tiempos. De cuando eran niños y creían que la vida no era más que una sucesión de veranos eternos, bicicletas, primeras pajas, tardes de piscina y timbas de póker con cigarrillos subastados. De cuando jugaban a policías y ladrones, cazaban gatos con escopetas de goma, y perseguían a las chicas por los aparcamientos entre risas nerviosas y besos robados.

—¿Os acordáis del día del Aguavelis? —preguntó Damián, riendo de pronto—. El día de la gorra roja. Dios mío, veinte niños corriendo por el parque acuático como una célula terrorista de hormonas con patas. —añadió Santos.

—Nos echaron para siempre —añadió Alejandro—. Pero valió la pena. Los cuatro amigos recordaron algunas frases que ya eran míticas: "Asúca pa mi cuca", "Ouyea, la patata loca", "Alpiste pa los pájaros", "Hey Lucas, a mis pies Lucas", "Hey Rafa, chucho, guarra, yeye, caca, culo, pedo, pis". Palabras sin sentido que eran, en realidad, códigos, gritos de guerra, llaves que abrían las puertas de un mundo que ya no existía, lenguajes inventados para que los demás grupos de marengos no pudieran entenderlos mientras se cocinaba una batalla campal.

Pero todos sabían que el juego había cambiado.

Lo que había comenzado como una reunión de viejos amigos bajo la lluvia, pronto se revelaba como algo más: una cita con un pasado que no estaba dispuesto a quedarse quieto. El Río Seco no sólo había devuelto un cadáver; había destapado un recuerdo que ninguno había querido enfrentar. Y en el silencio entre palabra y palabra, Santos volvió a sentirlo: esa misma llama

de venganza, antigua y paciente, que había encendido la infancia de alguien. Una llama que ahora, tres décadas después, parecía buscar combustible nuevo.

Ninguno de ellos lo dijo en voz alta, pero todos pensaban lo mismo: si alguien había matado a una hija de una antigua conocida es que había una relación con el grupo, sólo tenían que esperar a ver si era un caso aislado o estaba pasando lo que intuía el corazón de Santos. El Río Seco, que solía ser una cicatriz de tierra agrietada entre el centro y la playa, rugió ese abril como un aviso. Como si la tierra misma reclamara algo que se le había quitado.

El pasado.

Y con él, sus fantasmas.

“Para el hombre tímido el aire está infestado de demonios”. Anónimo.

Capítulo 2: EL COLOR DEL BARRO

Torre del Mar, abril de 2025. El día anterior.

El subinspector Ortega había pasado la noche en vela, tumbado boca arriba, con los ojos abiertos como compuertas de un embalse saturado por desbordamiento. El techo de su dormitorio, cubierto de sombras líquidas por la lluvia que golpeaba las persianas, parecía moverse como el cauce del río seco donde yacía el cuerpo. Lo tenía clavado en la mente: el pequeño cadáver, quieto, vencido por el barro y el silencio. No era la primera víctima que veía, pero había algo en aquella imagen que lo descompensaba, como si su centro de gravedad se hubiera desplazado sin aviso. No por lo impactante del caso, al menos no únicamente por eso, sino por la imagen que se le había quedado grabada en la mente: un cuerpo infantil, frío, quieto, en medio del barro. Había visto cosas terribles durante su carrera, muertes, accidentes, familias destrozadas, pero había algo en esa escena que le había descolocado. Quizás el silencio, la lluvia persistente o el maldito impermeable amarillo, fluorescente como una alarma visual en medio del paisaje grisáceo del cauce. Era un amarillo que no solo gritaba por su color, sino que parecía murmurar una historia antigua, una que no pertenecía únicamente a la niña que yacía allí.

Se duchó con agua casi hirviendo, en un intento desesperado por arrancarse el frío que llevaba pegado a los huesos. Luego se preparó un café espeso, casi sólido, y encendió un cigarro que sólo le dio tos y ansia hasta la arcada. Se sentó frente a la ventana y abrió la agenda del móvil. Había un nombre que volvía cada vez que cerraba los ojos: Santos.

Lo recordaba de otro tiempo, a través de una profesora de aerobio, Alexandra, que le daba clases a su mujer. Un profesor atípico, intuitivo, un tipo que no parecía haber encajado del todo en ningún sitio. Santos no solo observaba: Santos entendía. Y, por instinto, Ortega supo que eso era justo lo que necesitaba.

Marcó su número.

—¿Diga?

—Santos. Soy Ortega, de la Policía Nacional. Tenemos un asunto que... Bueno, necesito que vengas conmigo al cauce del Río Seco. Es importante. Personalmente creo que tú puedes ver cosas que otros no ven.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea.

—¿De qué se trata?

—Un cadáver. Una niña. No es oficial aún, no ha salido aún en los medios. Pero hay detalles que... En fin, prefiero que lo veas tú mismo.

Otra pausa. Luego, un suspiro.

—Dame veinte minutos.

El cielo estaba encapotado cuando Santos llegó en su viejo coche al punto de encuentro. La llovizna caía con una constancia absurda, sin furia pero sin tregua. Ortega le esperaba con un cigarro a medio consumir, la chaqueta de cuero empapada y los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—Gracias por venir, Santos —le dijo, estrechándole la mano con fuerza—. No es fácil lo que vas a ver. No quiero presionarte, pero necesito tu lectura. Dime lo que te dice el instinto.

—No soy criminólogo —respondió Santos—. Ni forense. No sé cómo voy a poder ayudarle.

Cruzaron una cinta policial y caminaron hacia la zona acordonada. En medio del barro, bajo un plástico semitransparente, el cuerpo seguía allí. Era el de una niña de unos nueve años, vestida con un chubasquero amarillo, salpicado de lodo y sangre seca. Los zapatos estaban desatados, las manos colocadas de forma extrañamente ordenada a ambos lados del torso. Y la cabeza ladeada, como si mirara algo que ya no estaba.

El hedor de la carne mojada, del barro podrido y de la sangre fría le había subido por la garganta como una ola espesa. La lluvia le golpeaba la frente, los ojos, los labios. Y algo profundo y antiguo se quebró dentro de él. Santos se dobló sobre sí mismo y vomitó en un zarzal junto al río con un sonido animal, desde el fondo del estómago. Ortega le dio la espalda para darle un momento. No dijo nada. Estaba acostumbrado a esas reacciones, incluso entre forenses. Pero en Santos parecía distinto, como si aquella visión hubiera abierto una compuerta interior que llevaba demasiado tiempo cerrada, dejando escapar un miedo que no le pertenecía solo a ese instante, sino a una vida entera.

Cuando volvió después de haberse sentado, medio mareado durante unos minutos, llegó con los labios pálidos y la boca reseca, sin fuerzas para caminar.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió—. Solo que... esto... esto, yo no estoy acostumbrado a lo que usted. Y mi intuición me dice que no es una muerte aislada. Pero no sé hasta qué punto puede fiarse de mí. Santos agachó la cabeza y observó el

cuerpo en silencio. Luego murmuró:

—Esto no es aleatorio. Es una escenografía. Una representación.

—¿Cómo lo sabes?

Santos bajó la mirada hacia el cuerpo. Luego cerró los ojos. Las imágenes llegaron como puñaladas: una niña de pelo negro bailando sobre una loseta mojada; otra, rubia, riendo mientras se escapa de un beso torpe; una tarde en la feria, otra en el río. Amores primeros. Amores de verano. Tenían esa edad. Nueve, diez, once años. El umbral de la conciencia y del deseo que nace para quedarse hasta morir.

—No sé cómo lo sé —murmuró—. Pero este asesinato tiene algo ritual. Mira la disposición de las manos. Mira cómo ha sido colocada. No fue impulsivo. Fue metódico. Predecible. Emocional, sí, pero también simbólico. Y, hay algo más. Tiene un corte en el antebrazo, ¿lo ves? —dijo señalando el pequeño brazo de la pequeña. ¿Ves que es una línea recta cortada en secante por otra más corta en un extremo? Parece una cruz pero está algo doblada. Esperemos que no signifique lo que creo...

Ortega asintió, anotando mentalmente todo lo que Santos decía y dijo: —crees que esa cicatriz va a ir en aumento, ¿verdad? y del chubasquero amarillo, ¿qué opinas?

—No es casual. El asesino quiere que lo veamos. Que lo recordemos. Ese color brilla incluso en sueños. Ese amarillo, pensó para sí, es un desafío. Un mensaje dirigido a alguien concreto. Y Santos temía, sin querer admitirlo, que ese alguien pudiera ser él.

Se agachó y, con cuidado de no tocar nada, observó el rostro de la niña y dijo: —Tiene todavía una expresión de terror y las mejillas quemadas de tanto llorar. No conocía al asesino y sabía lo que le iba a ocurrir. Terrible.

Hubo un silencio entre ambos. La lluvia no cesaba. Las ramas de los cañaverales chasqueaban en la distancia, como huesos rotos.

—¿Y qué crees que pasará ahora?

Santos lo miró tembloroso y dijo: —Creo que va a volver a hacerlo.

—¿Un asesino en serie?

—Eso creo. Un patrón está empezando a formarse. Quizás no lo vemos del todo, pero él sí. Está creando una narrativa. Esto no ha terminado. Acaba de empezar. El miserable que haya hecho esto es alguien que está creando un lenguaje. Un mensaje. Y el cuerpo de Lucía ha sido su primera palabra.

El barro, entonces, pareció removerse bajo sus pies. El río, aunque seco, tenía memoria. Y esa memoria, como una herida mal cerrada, volvía a supurar. Y Santos, aunque lo negaba, la sentía despertarse en sus entrañas.

De camino a la comisaría, Santos miraba por la ventana del coche policial, mientras Ortega conducía en silencio. El limpiaparabrisas marcaba un ritmo hipnótico, y la lluvia pintaba borrones en el cristal como los recuerdos en su mente.

Mónica, María, Julieta... nombres antiguos, grabados con navaja en la madera de los bancos, en los pupitres, en la memoria. Habían sido niñas como la que acababa de ver. Niñas que fueron fugaces amores, que dieron besos torpes, secretos a media voz. A unas las había amado. A otras solo las había deseado desde la distancia. Pero todas habían dejado huella, como raíces incrustadas en el ADN del enamoramiento. Algunas las había besado, otras solo las había observado de lejos, sin atreverse. Todas habían formado parte de ese tránsito extraño entre la inocencia y la conciencia. Y todas, pensó con una punzada de miedo, podían haber sido esa niña en el barro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ortega sin apartar la vista de la carretera.

—¿Usted recuerda a tu primer amor? —preguntó Santos, casi sin querer.

—Claro que sí.

—Pues imagine que alguien matara a esa persona. Que la destruyera en un charco de barro como si fuese un objeto viejo. ¿Qué haría en esa vicisitud?

Ortega no respondió. Pero el músculo de la mandíbula se le tensó y Santos supo que le había entendido.

En la comisaría, Ortega le mostró una carpeta con los primeros informes forenses.

Lucía Martín. 8 años. Padres divorciados. Reside habitualmente con la madre, Pilar Herrera, en Málaga capital. De visita en Torre del Mar durante

las vacaciones de Semana Santa. Desaparecida el viernes por la tarde. Cuerpo hallado el sábado por la mañana.

La niña se llamaba Lucía Martín. Había nacido en 2018. Había desaparecido una tarde tras salir a jugar en la calle. Horas después, la lluvia la devolvió al mundo.

—¿Conoces a la madre? —preguntó Ortega.

Santos asintió muy lentamente.

—Sí. Pilar Martín. De las Torres. Era... éramos amigos.

Ortega le miró de reojo.

—¿Te implicará emocionalmente esto?

—Ya lo ha hecho. Pero le prometo que no me impedirá estudiar lo que me pida. Al contrario.

—¿Te parece que hablemos con ella mañana? Ya ha sido interrogada por la unidad de delitos graves, pero me gustaría que estuvieras. No como policía. Como observador. Alguien que capte lo que nosotros no.

—Cuente conmigo.

Hay cosas que uno recuerda sin saber por qué. No porque hayan sido importantes para el mundo, sino porque partieron algo dentro.

Los aparcamientos de Las Torres eran un territorio aparte. Una selva de asfalto llena de chinorros y coches entrando y saliendo, formando atascos. De noche la luz era siempre tenue, amarilla y parpadeante, como si las cuatro torres respiraran a través de su suelo. Allí se mezclaban los olores de humedad, aceite viejo y goma caliente. Y el eco. Todo allí sonaba más lento, como si las voces caminaran arrastrando los pies.

Era el sitio donde iban cuando querían desaparecer del mundo de los adultos. Lejos de las madres asomadas a los balcones, de los abuelos en las sillas plegables, de los gritos desde la pista de fútbol. Allí jugaban a cosas más serias: a mentir, a espiar, a atreverse.

Aquel día jugaban al pilla-pilla. Pero Santos no corría por ganar. Corría por algo más denso, algo que todavía no sabía nombrar. Corría por estar cerca de ella.

Mónica, aquella niña alegre y tostada, llevaba una camiseta de tirantes color lima y unas zapatillas blancas y sucias de correr por el asfalto. Tenía el pelo recogido en una coleta mal hecha y una herida seca en la rodilla. Había algo en ella que le ponía nervioso, que le hacía pensar en cosas que no entendía del todo. Y lo sabía. Ella también lo sabía.

La vio desaparecer detrás de una furgoneta blanca. Corrió tras ella, conteniendo la respiración. Al rodear el vehículo, la encontró agachada, con la espalda pegada a la chapa y la mirada fija en él. Respiraba rápido. No parecía asustada.

—Me has pillado —dijo, sin moverse.

Él se detuvo a medio metro. Tragó saliva. Se rascó la nuca. No sabía qué se suponía que venía después. Ella lo observó con los ojos entrecerrados, como evaluándolo. Como si supiera exactamente lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

Entonces habló. Sin sonrisa. Sin burla.

—¿Quieres besarme o no?

Santos se quedó congelado. El corazón le retumbaba en las costillas. Quiso decir algo, pero solo asintió. Ella cerró los ojos. Él también. El beso duró apenas un segundo. Fue torpe. Un roce más que un gesto. Labios contra labios, húmedos por el calor y por el miedo. Ninguno de los dos se movió más de lo necesario. Y, sin embargo, todo cambió. Cuando se separaron, ella abrió los ojos. Lo miró lástima. Luego, sin decir nada, salió corriendo entre las columnas, con las zapatillas golpeando el suelo de cemento. Reía. Pero no era una risa feliz. Era como si se estuviera riendo de algo. De él. De ella misma. Del mundo.

Santos no la siguió. Se quedó allí, parado. Mirando el lugar donde había estado, sintiendo que algo dentro se le había roto un poco. No de tristeza, ni de vergüenza. De otra cosa. De conciencia, tal vez. Del peso nuevo de saberse otro.

Desde aquel día, cada vez que bajaba al aparcamiento, lo hacía con un nudo en el estómago. Como si el eco de aquel beso siguiera atrapado allí, rebotando eternamente entre los coches.

Esa noche, Santos volvió a casa con una sensación extraña en el pecho. Se dirigió a su piso andando con el barro impregnado en sus zapatillas, un barro que había removido algo en sus entrañas, un barro que debió quedar

enterrado pero que volvió a emerger de sus recuerdos. No era solo el horror del crimen. Era el regreso involuntario a un tiempo que creía olvidado. Las niñas de entonces. El grupo de las Torres. Los veranos eternos. Se sentó en su escritorio. Abrió su cuaderno. Y escribió, casi sin pensar: "El asesino no ha terminado. Solo ha abierto la puerta. Detrás hay más oscuridad. Más símbolos. Más recuerdos." Luego cerró los ojos, y vio, como en una proyección vieja y temblorosa, a Pilar bailando bajo un toldo blanco, con una cinta roja en el pelo. Era la misma edad que ahora tenía su hija. Y eso le dolía más que cualquier otra cosa.

El pasado había vuelto. Y no venía solo. Y esta vez, venía acompañado de algo que llevaba décadas madurando en silencio, esperando su momento para arder.

“No haya más engañoso que un hecho evidente”. Sherlock Holmes.

Capítulo 3: La torre secreta.

Torre del mar, Lunes Santo de 2025. Lluvia constante.

La lluvia se derramaba como aceite sobre el parabrisas, empañando los perfiles rectilíneos de las Torres de Colón. En el interior del coche, Santos permanecía inmóvil, con los ojos clavados en el edificio como si esperase que este se desmoronase de pronto. Damián tamborileaba los dedos sobre el volante. Alejandro miraba a través de la ventanilla como un adolescente en su primera excursión del colegio, y Oliver jugueteaba con un llavero oxidado.

—Tiene algo... marchito —dijo finalmente Santos, sin apartar la vista—. Como si la torre respirara, pero en un idioma que ya no hablamos.

—¿Pero tú te escuchas, flipao ? Me dan ganas de comprarte una petaca para que no digas más chorradas —bufó Alejandro desde atrás—. O una cita con un psiquiatra.

—No, tiene razón —dijo Oliver, elocuente—. Esta torre parece guardarse un secreto, como si le doliera que la miráramos.... estaba de coña, jajaja, liroliroli...y una carcajada tóxica llenó el vehículo con los cuatro amigos partiéndose de risas nerviosas.

Damián se bajó sin esperar. —Vamos. Antes de que el filósofo se marque otra elegía, ouyea la patata loca.

—Ouye a —gritaron todos al unísono. Ahora seriedad, chicos —añadió Santos con desasosiego.

Tocaron el timbre del piso 3ºB, de la Torre 3.

Pilar abrió la puerta con los ojos hinchados y los labios secos. Su bata azul desgastada parecía un recuerdo de hogar envejecido. El apartamento olía a naftalina y a café viejo. Damián la saludó con una reverencia casi imperceptible. Ella los miró sin sorpresa, como si los hubiera esperado toda la vida.

—Hola, ¿Pilar, verdad? —preguntó Damián amablemente. —No sé si se acuerda de nosotros, fuimos amigos de la infancia. Le presento a Oliver, Alejandro y Santos, yo me llamo Damián. Perdone las molestias pero queríamos hacerle unas preguntas por el terrible hecho que le ha ocurrido.

Pilar les miró a los ojos fijamente mientras les dejaba pasar. A ellos les pareció no estar velando la muerte de su hija.

—Lucía hablaba con alguien que no veíamos —dijo, con la voz como un papel arrugado—. Decía que tenía un amigo que solo salía cuando dormía. Que le pedía cavar un túnel, para encontrar la raíz del árbol. Santos sintió que un escalofrío le subía por la nuca. Ese tipo de frases, dichas con la naturalidad de un recuerdo infantil, solían ser el envoltorio de algo mucho más oscuro.

Los cuatro se intercambiaron miradas de asombro. Alejandro se inclinó levemente.

—¿Qué árbol, Pilar?

—Uno negro, con ramas secas —respondió sin pensarlo—. Dijo que si lo encontraba, podría irse con él. Que allí estaría su madre verdadera.

Oliver se acercó a una mesa en la que descansaba un cuaderno infantil. Dibujos, símbolos. Uno en particular: un árbol esquelético, tallado con insistencia casi violenta.

—¿Este dibujo? ¿Lo hizo ella?

Pilar asintió sin mirarlo.

—¿Sabe lo que representa? —insistió Santos.

—Eso no importa —replicó ella, cerrando el cuaderno—. No soy responsable de lo que mi hija soñaba.

Oliver dio un paso más cerca.

—Pilar, escúcheme bien. Esto no es un sueño. Es un aviso. Y si usted sabe algo, por pequeño que sea, tiene que decirlo. Porque si no, creemos que es posible la muerte de otro niño.

Pilar lo miró por primera vez con ira.

—No me culpen. Yo también fui niña en estas torres. Nadie vino entonces. ¿Y ahora vienen ustedes a salvarnos? Llegan tarde.

Santos dio un paso atrás. Alejandro cruzó los brazos, hastiado.

—Esta mujer miente más que respira.

—Está ocultando algo —susurró Damián—.

Se despidieron de Pilar y se sentaron en un viejo banco donde solían hacerlo 35 años antes, cerca de la piscina. Santos, sin embargo, tuvo que dejarles porque tenía que darle alguna explicación al subinspector Ortega.

Cuando llegó, Ortega, de pie junto a él, lo observaba con dureza. La chaqueta del inspector estaba empapada.

—¿Qué hacías en casa de Pilar? —espetó Ortega.

—Investigando. Como tú —respondió Santos, imperturbable.

—Tú no eres policía. No puedes interrogar testigos. No puedes toquetear pruebas. No puedes ni encender una puta linterna sin que sea delito.

—Tengo ojos. Memoria. Y muchas preguntas sin respuesta.

—¿Y tus amigos? ¿También son aficionados a meterse en investigaciones criminales? ¿O están aquí por nostalgia?

—Están porque saben. Porque han vivido algo que tú no entenderías.

Ortega alzó la voz:

—¡Estás interfiriendo en una investigación oficial! ¡Y lo sabes! No es una caza del tesoro de tus veranos ochenteros, Santos. ¡No sois los puñeteros goonies!. Esto es real. Esto es sangre. Y hay normas.

Santos lo miró con una mezcla de compasión y altivez.

—Tú tienes una comisaría. Nosotros tenemos memoria. Tú buscas pruebas. Nosotros ya las vimos... hace treinta años. Fue entonces cuando Ortega, por un segundo, dudó. Porque algo en el tono de Santos no sonaba a fanfarronería: sonaba a testimonio.

Ortega se alejó bruscamente, sin despedirse.

—No quiero volver a veros en una escena. Si os pillo os meto a los cuatro en el calabozo todo lo que pueda. Me da igual tu historia, Santos. Lo denunciaré.

—Hazlo —dijo Santos, apagando el cigarro que acababa de encender—. Pero me temo que a mis amigos no los podáis ya detener.

Mientras tanto, en aquel banco junto al árbol del amor y la piscina grande de las Torres de Colón, Damián, Alejandro y Oliver recordaban aquel verano del 89.

El grupo, unos ocho chavales de piernas huesudas y hombros al aire, vestidos con camisetas de fútbol y de baloncesto, salía por la puerta trasera de las Torres. El sol lo inundaba todo, y el mar brillaba como un espejo roto. Damián lideraba la marcha, con su habitual aire de general de patio de colegio. Cuando llegaron a la playa se cruzaron con dos chicos. Uno moreno, rechoncho y bajito y otro más alto con ojos grandes, nariz picuda y el pelo a media melena liso hasta su cuello.

Damián se detuvo, sonriendo con astucia.

—¿Os hemos visto cerca de las Torres de Colón? ¿Cuál os gusta más, la 5, 6, 7

u 8?

El bajito miró al más alto, confuso, y salió corriendo como una liebre antes de que Alejandro y Fran pudieran cogerle. El alto, sin embargo, se quedó, cruzándose de brazos y mirando fijamente al que creyó ser el líder.

—Yo voy a la torre a la que vayáis vosotros. Ese cobarde no es amigo mío.

Hubo un silencio. Damián parpadeó, divertido mientras soltaba un escupitajo al suelo.

—¿Y tú cómo te llamas, valiente?

—Oliver.

—Pues bienvenido a la patrulla suicida, Oliver. ¿Sabes nadar?

—Mejor que correr.

Santos soltó una risa corta. Alejandro lo empujó amistosamente y dijo:

—Este me gusta. Tiene cara de tener ideas y de no estar pidiendo una bisssiccleettaaaa!, ime la deaa, me deaa la bisssiccleettaaa!

—¡En er coshe, en mitá la carretera! —gritó Santos.

—Tiene pinta de que le gusta meterse en líos —agregó Damián, dándole una palmada en el hombro. Y eso me gusta.

—¡Tenemos nuevo compañero! ¡Ouyea la patata loca! ¡Ouyea! —gritaron todos.

Nico, con su sonrisa traviesa, se acercó dando pataditas a una piedra.

—¿Y qué hacemos con el otro? ¿Lo ponemos en la lista negra o qué?

imparipicoponespes!

—La lista negra es para traidores, no para cagones. A esos los metemos en la lista de los flojitos, va a tener suerte de no probar mi puño de hierro. —dijo Fran con orgullo.

Lucas, que siempre iba a la zaga, asintió emocionado.

—¡Vamos a dibujar una calavera en la puerta del portal! ¡Como los piratas!

Oliver miraba a todos con una mezcla de asombro y fascinación.

—¿Siempre sois así?

Alejandro se encogió de hombros.

—A veces peores. Pero si aguantas una semana, serás uno más.

—¿Y si no?

—Te tiramos al pilón —dijo Damián con una sonrisa maliciosa, describiendo la fuente oxidada de la entrada. —¡Asúca pa mi cuca!

Rieron todos. Santos le echó un brazo por encima a Oliver.

—Tranquilo, tío. Aquí nadie se libra, pero todos cabemos. Mientras no te chives, claro.

—Ni se te ocurra decirle nada a tu madre —añadió Fran, con solemnidad exagerada—. Lo que pasa en las Torres, se queda en las Torres.

Oliver sonrió por primera vez, sin reservas.

—Entonces... vale. Me quedo.

Y con ese gesto sencillo, se convirtió no sólo en uno más de la pandilla, sino en el punto medio entre Alejandro y Damián, el negociador que necesitaba el grupo.

Caía la noche en las Torres de Colón mientras esperaban a Santos entre cigarrillos y anécdotas de la infancia, cuando Alejandro insinuó que había visto en la piscina, hacía muchos años, el símbolo del árbol que les enseñó la madre de la niña asesinada.

—Este símbolo del árbol... lo vi antes. En una piscina. Tallado en piedra. Hace años.

—¿Qué piscina? —preguntó Damián.

—La de la urbanización abandonada. La que tenía las farolas rotas y el trampolín oxidado. ¿Os acordáis?

—Joder —dijo Oliver—. Aquello era un nido de ratas. Y de recuerdos. Ese lugar guarda cosas. Como Pilar.

Santos tragó saliva. Cerró el cuaderno con lentitud.

—La próxima parada es esa piscina. Lo que mató a Lucía... ya estaba allí.

Damián se inclinó hacia él, con el ceño fruncido.

—¿Estás diciendo que hay alguien, o algo, que lleva décadas aquí, esperando?

Santos no respondió. En su móvil, vibraba un mensaje sin remitente. Sólo dos palabras:

“Vuelve solo.”

Se lo mostró al grupo. Nadie habló. El silencio era más alto que cualquier grito. Era el tipo de silencio que se clava en el pecho, como si hasta el aire supiera que había escuchado algo prohibido.

La luz mortecina de las farolas recortaba sus siluetas con un aire casi fantasmal. Allí estaban, de nuevo juntos, pero no eran los mismos.

Santos había perdido la agilidad del niño atlético que una vez fue. Ahora, arrastraba un leve sobrepeso sobre una musculatura todavía resistente. Su piel morena estaba cruzada por las arrugas del sol y del pasado. El rubio rizado de su infancia se había oscurecido con los años, y en su bigote asomaban canas, como también en las sienes. Sus ojos pequeños parecían aún más cerrados por el peso de la memoria. La nariz chata le daba un aire de boxeador retirado, alguien que ha recibido demasiados golpes para seguir fingiendo que todo está bien.

A su lado, Oliver miraba hacia el suelo con los brazos cruzados. El chaval delgado y desafiante de entonces había engordado con los años. Sus facciones se habían redondeado, pero sus ojos grandes, marrones, seguían igual de intensos, igual de observadores. El pelo liso y oscuro que antes le caía hasta el cuello ahora lo llevaba corto, pero igual de descuidado. Su nariz afilada y curva le daba un aire serio incluso cuando bromeaba.

Alejandro seguía siendo el más altivo. Delgado, fibroso, con el pelo moreno engominado hacia atrás y un brillo en la mirada que mezclaba arrogancia con determinación. Tenía el mismo andar de quien siempre va un paso por delante, como si nada pudiera tocarle. Su camiseta ajustada dejaba ver que no había perdido la forma. Ni la lengua afilada.

Por último, el que siempre fue el líder, el fundador de todo, Damián, que de niño había sido algo regordete ahora era un hombre delgado hasta rozar lo esculpido, pero aun así fibroso. Su rostro seguía siendo tan atractivo como lo era entonces. Las canas se le mezclaban con un pelo castaño claro que llevaba a media melena, y su sonrisa, cuando asomaba, tenía aún ese magnetismo de líder que no se entrena: se nace con él.

Los cuatro, reunidos otra vez bajo la misma sombra, compartían algo que ninguno había podido dejar atrás.

Una deuda. Un misterio. Una culpa.

Santos rompió el silencio con voz grave.

—Si algo nos está llamando... será porque aún no terminamos lo que empezamos.

Alejandro apagó el cigarro contra el banco y asintió.

—Entonces, no volvemos a separarnos.

Damián suspiró, mirando hacia las ventanas oscuras de la torre.

—Lo que pasó entonces... aún vive aquí. Lo siento en los huesos.

Oliver, más serio que nunca, murmuró:
—Y ahora quiere que volvamos. Uno por uno.

El viento se coló entre las torres, levantando un remolino de polvo y hojas secas. La noche se cerró sobre ellos con un zumbido sordo. El pasado ya no era un recuerdo: era una promesa pendiente. Y las promesas, cuando se gestan en la infancia y se riegan con rencor, no mueren: mutan.

Y acababan de romper el silencio.

“Llega a ser el que eres”. Píndaro.

Capítulo 4: Signos rituales.

Torre del mar, mañana del Martes Santo.

La lluvia no había cesado desde la noche anterior. La playa de Torre del Mar era una extensión desolada de barro gris y olas amargas. Las nubes eran tan bajas que parecían colgar de los cables del alumbrado. En el malecón, enfrente de lo que fue en su día El Copo, el subinspector Ortega esperaba con la capucha del chubasquero empapada y las manos cruzadas a la espalda, como un guardián maldito de secretos horribles.

Santos llegó el último. El cigarro colgando de sus labios se consumía lentamente, sin que lo fumara. Solo estaba ahí, como un tic nervioso, una

forma de anclarse. Damián, Alejandro y Oliver ya estaban allí, con los rostros endurecidos por la tensión y la incertidumbre.

—¿Por qué aquí? —preguntó Santos, sin saludar.

Ortega no respondió de inmediato. Caminó unos pasos y se agachó tras una cinta policial. El cuerpo estaba cubierto por un chubasquero amarillo, pero no del todo. Una pequeña mano sobresalía, azulada y torcida. Tenía un corte de una línea recta con dos secantes. A su lado, una figura pintada en el suelo, un símbolo que parecía un cruce entre estrella y espiral, hecha con polvo blanco, como ceniza. No era un dibujo torpe: era un trazo seguro, repetido muchas veces en la mente de quien lo hizo.

—¿Edad? —preguntó Alejandro, quebrando el silencio con voz ronca.

—Ocho años. Como la otra —respondió Ortega sin mirarlos—. Esta vez la madre no ha hablado. Dice que no sabe cómo desapareció. Está destrozada. Dice que ella no vivió en las Torres de Colón. Pero hay cosas... cosas que no cuadran.

Oliver se acercó. Se acuclilló con la mirada afilada.

—¿Y esa mierda de símbolo? —gruñó—. No es normal. No es de aquí. ¿Habéis llamado a alguien que entienda de estas cosas?

—¿Un cura? ¿Una bruja? —ironizó Alejandro.

Ortega lo fulminó con la mirada.

—Lo que sea que esté pasando... es jodido. Lo sabe la Guardia Civil, lo sabe la UDEV, y ahora lo sabéis vosotros. Pero no estáis autorizados. Os lo dije, Santos.

Santos caminó hasta quedar cara a cara con él.

—Lo sé. Pero esto no es una investigación policial. Es más que eso. Es nuestro pasado, Ortega. Algo que dejamos atrás y que ahora vuelve disfrazado de muerte. ¿Es que no ves el corte del antebrazo? Es la segunda muerte, pero esto acaba de comenzar. En la voz de Santos había menos desafío que advertencia, como si hablase desde un lugar donde la autoridad no sirve y las normas no alcanzan.

—No me vengas con tu filosofía de bar, Santos. No tienes jurisdicción, y tus amigos menos aún. Si se entrometen otra vez, os saco a patadas de cualquier escena.

—Haz lo que tengas que hacer —replicó Santos, en voz baja—. Nosotros también lo haremos.

Ortega refunfuñó, cansado. No quería más cadáveres, ni más símbolos pintados en la arena. Pero, en el fondo, sabía que Santos tenía razón: esto no era una cadena de crímenes. Era un eco. Un bucle. Alejandro se retiró varios pasos dirigiéndose al mar y mirando la salida del sol, que dibujaba en el cielo un cuadro de tonos grisáceos y anaranjados. Esa imagen le retrotrajo a su adolescencia siempre recordada.

El sol de agosto escupía su luz dorada sobre las terrazas calurosas de las Torres de Colón. En el patio trasero, el grupo se revolcaba en una guerra de cosquillas que había comenzado como un simple juego y se había convertido en una tradición casi sagrada. Rut, Pamela, Alicia, Miriam y María contra Alejandro, Santos, Damián, Manu y Nico.

Las chicas eran rápidas, implacables. Se colaban por los huecos de los rosales, saltaban sobre las espalderas del jardín, atrapaban tobillos con dedos afilados. Alejandro, en el centro de todo, fingía rendirse para contraatacar como un lobo juguetero.

—¡No me toquéis las costillas, cabronas! —gritaba entre risas, mientras Mónica se colgaba de su espalda.

—¡Por listillo! —le respondía Rut, metiéndole los dedos en el cuello.

Damián, tirado en una colchoneta rota, reía sin fuerzas.

—¿Esto es lo más cerca que vamos a estar del amor?

—Tú cállate, filósofo —gritó Alicia—. ¡Y prepárate para lo que viene!

Pero no todo era juego. Al terminar la tarde, como siempre, llegaba la tensión inevitable entre Alejandro y Damián. Esa lucha muda por el liderazgo, por ser el que más sabía, el que más arriesgaba, el que más mandaba.

—Mañana cruzaremos el río seco o si no palique —dijo Damián—. Hay cuevas al otro lado.

—¿Y si vamos al parque acuático otra vez? —sugirió Alejandro.

—¿Otra vez tú? —bufó Damián—. ¿Tienes ideas propias o solo reciclas las mías? —ayú-ayé

—¿Y tú qué eres? ¿El alcalde del verano, pringado?

Los demás se callaban. La rivalidad era como el calor del mediodía: inevitable, espeso, constante.

Pero cuando los dos se lanzaban esas miradas de cuchillo, el grupo se encogía, como si una tormenta silenciosa se formara entre ellos y todos lo sintieran en los huesos. Nadie hablaba. Nadie reía. Lo sabían: uno de los dos caería, y no sería por diversión. Era una pugna antigua, visceral, que estallaba sin previo aviso y encendía el aire como pólvora.

Y entonces, como dos leones jóvenes disputándose la jerarquía de la manada, se lanzaban el uno sobre el otro. No había insultos, ni provocaciones teatrales. Solo cuerpo contra cuerpo, sudor, tierra, jadeos. Se revolcaban sobre los rosales arrancando hojas y espinas, con los nudillos golpeando carne blanda, con rodillazos torpes y empujones sin técnica. Pero no buscaban herirse: buscaban declararse. Marcar el territorio. Dejar claro quién era cada uno.

Sus peleas eran breves, rabiosas, sin normas pero con una dignidad primitiva. Golpes donde podían ser encajados, como si sus cuerpos recordaran instintivamente que el enemigo era también el hermano. Y siempre acababan igual: exhaustos, con los labios partidos, las camisetas rotas, y esa mirada final, en la que ya no había furia, sino respeto. Entonces, sin decir palabra, se abrazaban con una mezcla de orgullo y derrota, y corrían juntos hacia la piscina para saltar en bomba como dos críos reconciliados por el agua.

Era su ritual. Su forma salvaje de amarse. La guerra necesaria para que existiera la paz, la paz de la victoria y del orden establecido por alguno de ellos.

La lluvia seguía tamborileando sobre los paraguas como un metrónomo fúnebre. Pilar, la madre de la niña, los recibió en su apartamento del bloque 3. Tenía el rostro seco, las manos rígidas, y una expresión que no encajaba con el dolor reciente. Era el rostro de alguien que llevaba demasiado tiempo ensayando la misma mueca para que resultara convincente.

—Gracias por venir. No sé qué más puedo decirles, pero gracias por vuestra preocupación por lo que le ha pasado a mi pequeña.

Oliver la observó desde la entrada. Había algo en su mirada. No la tristeza limpia de quien ha perdido algo. Más bien la sombra de quien lleva tiempo preparando una coartada.

—¿Dónde estaba usted cuando su hija desapareció? —preguntó Damián, directo.

—En casa. Cocinando. Ella jugaba en el patio con otras niñas.

—¿Qué niñas? —preguntó Santos.

—No lo sé. No eran del bloque. A veces vienen del parque.

Alejandro paseaba por el pasillo. Miraba los cuadros, los marcos, los crucifijos. Se detuvo frente a uno: una estrella de ocho puntas tallada en madera oscura. La misma forma del símbolo en la arena, pero más antigua, más pulida.

—¿Esto? —preguntó, señalándola.

—Un regalo —dijo Pilar—. De una amiga.

—¿Quién?

—Sofía. Nos conocimos en un grupo espiritual. Cosas de meditación, nada serio.

Oliver la miró. Sus ojos, siempre tranquilos, eran ahora cuchillas.

—Usted sabe algo —dijo sin rodeos—. No todo. Pero algo. No se le nota el miedo. Se le nota la espera.

Pilar se levantó. Cerró la puerta del pasillo con un gesto brusco.

—No tengo por qué soportar esto. Si la policía quiere interrogarme, que lo hagan. Ustedes... no son nadie.

—Ella lo sabe —dijo Oliver, ya fuera del piso—. Esa mujer oculta algo. Y

no está sola.

—¿Y si tiene que ver con las otras? —preguntó Santos, en voz baja—. Con Raquel. Con Silvia. Ya sabemos que con Sofia.

—Nombres que no suenan limpios —murmuró Damián—. Las madres del otro bloque. Las raras.

—Las que rezaban al sol juntas en la playa. Las que no envejecen igual.

Esa noche, Santos volvió solo a la escena del crimen. La playa, ya sin luces policiales, era un territorio suspendido entre lo real y lo imposible. El sonido del mar era un susurro lento, como si respirara algo antiguo y dormido. Caminó hasta el lugar donde había estado el cuerpo, ahora solo marcado por una sombra más oscura en la arena. Encendió un cigarro con manos tensas. Las palabras de Pilar, el símbolo tallado en la madera, la estrella de ocho puntas... todo vibraba dentro de él como una melodía incompleta que lo empujaba hacia un recuerdo que se negaba a despertar. Entonces lo vio. Una figura.

De pie, más allá del espigón, entre los restos de redes viejas y piedras húmedas. Inmóvil. Envuelta en una túnica negra que ondeaba levemente con el viento, como si flotara más que caminara. Lo observaba. No se tapaba de la lluvia, no parecía mojarse.

Santos entrecerró los ojos. El humo del cigarro le enturbiaba la vista, pero sabía que no era una alucinación. Un destello surgió entonces. Como si la figura abriera los ojos. Dos puntos de luz pálida, helada, brillando en mitad de la oscuridad. Era imposible saber si eran ojos, cristales, o algo más profundo. Y de pronto, no estaba sola. Unos metros más atrás, como

aparecidos de la niebla, surgieron niños. Seis o siete. O tal vez más. Todos delgados, atléticos, con mallas y camisetas negras ceñidas al cuerpo. Jugaban a subirse unos encima de los otros en tono burlesco mientras miraban fijamente a Santos. —chichimonete, chichimonete, sota, caballo, rey... sota, caballo, rey...

Reían, se burlaban, como bufones de la corte que aspiraban a hacer reír al Rey, como espectros en un recreo maldito. Algunos se giraban para mirar a Santos entre salto y salto, con sonrisas torcidas que no llegaban a los ojos. Uno de ellos parecía tener la cara quemada. Otro, los brazos alargados como ramas. Todos lo vigilaban mientras seguían el ritmo del juego como si nada.

Y más allá, al borde del rompeolas, una figura humana enorme le observaba.

O su sombra.

De pie, encorvado ligeramente, con una linterna apagada en la mano. Su silueta apenas se distinguía, pero Santos lo recordaba. No por la ropa, ni por la forma de estar quieto, sino porque algo dentro de su pecho se encogió como lo hacía de niño cuando esa misma figura lo miraba desde la orilla de la playa. Santos tragó saliva. Dio un paso atrás. La figura del espigón se deshizo de pronto en la lluvia, como humo. Los niños dejaron de jugar. Giraron sus cabezas al unísono hacia Santos, como si él acabara de romper el tablero invisible de su juego.

Y entonces, todos desaparecieron. No huyeron. No corrieron. Solo se desvanecieron. El cigarro cayó de su boca. Su pecho golpeaba con fuerza. No era miedo. Era reconocimiento. Algo más profundo. Un eco, un latido que llevaba tres décadas enterrado y que ahora regresaba con la misma cadencia.

Esa figura...

No era nueva.
Ya la había visto.
En los veranos calurosos de los noventa.
Y había jurado olvidarla.

“Los peligros desconocidos son los que inspiran más temor”. Alejandro Dumas.

Capítulo 5: Humo en el sótano.

Torre del mar, tarde del Martes Santo.

La tarde descendía con la lentitud de una pesadilla lúgubre sobre Torre del Mar. Su cielo, de un gris manchado, parecía contener una tormenta que no se decidía a estallar, como si la bóveda celeste se negara a dar paso al horror que se había vuelto cotidiano. Alejandro observaba las fachadas deslucidas de las Torres de Colón mientras exhalaba con rabia un humo denso desde su cigarrillo rubio. Los colores del pasado palidecían frente a la cruel realidad del presente.

—Torre 3. El puto epicentro —murmuró mientras se ajustaba el cuello de la chupa negra retro que llevaba puesta.

—Aquí fumábamos fortunas caglera sueltos como si fueran puros habanos —añadió Damián con la sonrisa torcida.

—Y enterrábamos secretos como si fuéramos sabios —dijo Oliver, con ese tono suyo tan melódico que parecía hacer poesía hasta del polvo.

Habían conseguido entrar con la excusa de buscar archivos de propiedad. Oliver, con su precisa verborrea, había convencido al portero con una mentira elegantemente construida. El edificio era ahora un espectro de lo que fue: pasillos que olían a orín y a humedad, luces que titilaban con una pereza amenazante. Las paredes sudaban historia y los cuatro amigos querían empaparse de ella. Descendieron al sótano. Todos sintieron un pálpito en el corazón mientras Damián sacaba la llave maestra del bolsillo. Una enorme reja de hierro les daba la bienvenida, 35 años después. Las puertas de los trasteros estaban alineadas como dientes mellados. Oxidadas, astilladas. Algunas forzadas, otras cerradas con candados precarios. El silencio no era total. Algo más respiraba allí abajo. O lo parecía.

Damián golpeó una puerta.

—Ésta era la nuestra. Torre 3, trastero 19. —Puso la mano en la madera. Se la veía distinta, como si vibrara con un recuerdo.

Alejandro abrió con una palanca, el candado cedió sin resistencia. Dentro, el olor era una mezcla de rancio, moho y ceniza antigua. La linterna de Alejandro reveló los restos de lo que fueron tardes interminables: una caja de parchís, latas de Fanta vacías, fichas de póker, una baraja sucia. Dentro, un aire rancio los golpeó.

—Huele a infancia podrida, vaya cabrones que estábamos hechos —espetó Alejandro.

—Aquí hacíamos nuestras timbas —prosiguió, con mirada melancólica.

Se dejó caer sobre un cubo de plástico. Y allí estaba: la vieja mesa plegable de plástico, medio rota, y una baraja aún esparcida por el suelo.

—¡Entrad, cabrones, alpiste pa los pájaros! —gritaba Damián, de 15 años, mientras empujaba su montaña de cigarrillos Fortuna sueltos al centro.

—No vale apostar los de tu padre, tío. Eso es trampa —protestaba Alejandro, nervioso.

—¡El humo es humo, chaval! —respondía Damián con esa seguridad insultante.

Oliver, más callado entonces, los observaba con sonrisa socarrona mientras jugaba con un mechero. Santos estaba en una esquina, leyendo el reverso de un cassette de Mecano, sin prestar demasiada atención.

—Ey, Santos, te toca —le dijo Oliver.

—Santos, ¿vas o pasas? —le volvió a preguntar Oliver, sin dejar de hacer girar el mechero.

—Paso —dijo Santos—. Pero dame un cigarrillo de maíz. Y una carta. Que el humo a veces inspira —dijo mientras miraba a la rejilla de salida que parecía la chimenea de un barco de vapor.

La carcajada llenó el trastero como un trueno pequeño. Una de las chicas, Alicia, abrió la puerta.

—Nos vamos a la playa. Sois unos pelmazos, ¿lo sabéis?

—¿Playa? —repitió Alejandro— ¿Y dejar esto, que voy ganando?

—A ver quién puede más, ¿las cartas o las tetas? —dijo Damián, y se puso en pie como un rayo, haciendo crujir la silla plegable.

Alejandro soltó una carcajada y lo siguió sin pensarlo.

Santos suspiró, resignado, mientras dejaba el cassette sobre la mesa como si acabara de perder una batalla.

Oliver se encogió de hombros, pero no tardó en incorporarse. Su mechero cayó al suelo con un tintineo metálico.

—Vamos, pringaos, que se os van a adelantar Manu y Nico —dijo Lucas, que ya estaba en la puerta con una cámara hinchable gigante bajo el brazo.

—¡Hey, Lucas, a mis pies Lucas, así me gusta! —sentenció Damián riendo a carcajadas.

En cuestión de segundos, los siete salieron disparados del trastero, gritando, arrastrando los roscos inflables como si fueran armas de guerra. Eran enormes cámaras de ruedas de tractores, regalo del hermano mayor de Damián, que las conseguía del taller mecánico donde trabajaba. El camino hasta la playa consistía en un desfile de risas, empujones y carreras absurdas. Cruzaron el paseo marítimo como una jauría, con las camisetas colgando de los bolsillos y la adrenalina en los ojos. El agua estaba helada. Una puñalada de hielo directo al pecho. Pero el griterío era fuego.

Las chicas, Alicia, Miriam, María, Mónica y Rita reían desde la orilla mientras fingían espantarse con cada chapoteo.

Nico se lanzó el primero, saltando desde la orilla con los brazos en cruz.

Manu le siguió con un rugido. —Esto va por Miriam, ¡olé!

Damián y Alejandro se peleaban por subir al mismo roscó, como dos gladiadores luchan por una única vida.

Lucas daba volteretas en el agua, mientras Oliver se tiraba de cabeza, directo al centro como si el mar fuera su casa.

Santos, en cambio, se quedó en la arena, conversando con las chicas, como lo hacía también siempre que jugaban a juegos salvajes como el fútbol u otro aún más peligroso, en cuclillas, con los codos sobre las rodillas y la mirada fija en el caos feliz de sus amigos. Bebía la escena como si fuera un recuerdo que aún no quería tener. No se sentía fuera, pero tampoco dentro. Como si lo viera todo

desde el futuro. Siempre salían de allí magullados por el pitorro de las cámaras, con rasguños en las costillas y marcas moradas que lucían luego como medallas. Las chicas tocaban esas heridas con teatral compasión, y ellos fingían que dolía, cuando en realidad era su forma secreta de decir: "Estuve allí. Fui joven. Fui salvaje. Y sobreviví."

Damián quitó una estantería derrumbada y, al fondo, se reveló algo que el tiempo no había logrado borrar.

—¿Qué coño...? —murmuró Alejandro.

Un triángulo, un círculo dentro, y una espiral invertida. Pintado a spray rojo apagado.

El silencio fue total.

—¿Estás diciendo que... ya estaba aquí en los noventa? —preguntó Oliver.

—No lo afirmo. Pero no lo descarto.

—¿Y qué significa? —dijo Damián.

—Aún no lo sé. Pero esto no es grafiti. Es un símbolo de conjuro. De pertenencia.

Cuando salieron del sótano, arrastrando tras de sí un silencio espeso, se refugiaron en un bar de mármol gastado y lámparas de latón polvorientas, donde el eco de la música parecía venir de una década extinta. El local olía a cuero viejo, a sal, a whisky añejo que ya nadie pedía. Las cortinas, pesadas, apenas dejaban pasar la luz de los faroles de la calle. El mar,

apenas visible a través de los ventanales empañados, golpeaba con furia contenida, como si también buscara respuestas. Pidieron unas cervezas y varios chupitos de Jack Daniels. Nadie hablaba alto. Nadie tenía ganas de bromas.

—¿Sabéis qué es lo peor? —empezó Alejandro, con voz ronca, los ojos clavados en el hielo de su vaso—. Que todo esto... huele a nosotros. A lo que fuimos. Como si una parte de nosotros nos estuviera llamando desde el barro.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Santos, con el tono de quien ya conoce la respuesta, pero quiere escucharla en boca ajena. —parece que estás cambiando de opinión eh... eso es símbolo de inteligencia.

—A que esa niña murió con una marca que nosotros ya habíamos visto. En una pared húmeda. En una infancia que fingimos olvidar. Pero estábamos allí. Y ahora volvemos, y vuelve a aparecer. Como un eco que no se cansa de repetir.

Damián lo miró, serio, los nudillos tensos sobre el vaso.

—¿Crees que fuimos nosotros? ¿Que lo pintamos sin saber? Pásame un cigarrillo de maíz.

Oliver giró lentamente la copa entre los dedos, sacó un cigarrillo para dárselo a su compañero de batallas y miró el cáliz como si leyera el futuro en los reflejos del ámbar.

—¿Estás diciendo que... ya estaba allí en los noventa? —murmuró, más como un pensamiento en voz alta que como una pregunta.

—No lo sé —contestó Alejandro—. Quizás lo vimos. Quizás lo soñamos. Pero no es nuevo. No puede ser nuevo.

Oliver apuró su copa de un trago. Luego golpeó la mesa con fuerza contenida.

—Yo os digo algo. No pienso parar hasta saber qué pasa. Aunque tenga que arrastrar a media Torre del Mar por el barro. No pienso volver a Córdoba sin respuestas.

Santos sirvió otro whisky, con el gesto ritual de quien intenta invocar el pasado en el fondo del cristal.

—¿Insinúas que fuimos cómplices? —replicó Damián, con los ojos clavados en su copa, como si temiera levantar la mirada.

—No —respondió Alejandro—. Pero quizás alguien nos lo mostró. Quizás lo plantaron en nuestras cabezas. Y lo olvidamos.

—No lo olvidamos —intervino Santos, sin levantar la voz—. Lo reprimimos. Lo enterramos tan hondo que dejó raíces. Y ahora revientan la tierra desde abajo.

Oliver se incorporó, con una solemnidad nueva en su pesado cuerpo.

—Os lo juro por todo lo que me queda: no pienso irme de este pueblo sin

saber qué carajo ocurre. Aunque me cueste el alma.

Hubo un silencio. Santos sirvió otros chupitos, como si quisiera enterrar en el olvido lo que les estaba ocurriendo. Lo hizo con parsimonia, como si midiera el tiempo con el chorro que caía.

—Ortega me ha mandado un mensaje —dijo por fin, sin levantar la mirada—. Está hartó. Dice que interferimos. Que somos civiles sin jurisdicción.

Alejandro se levantó de golpe, derramando parte de su vaso.

—Pues que le den por culo a su jurisdicción —profirió, dando una vuelta alrededor de la mesa, como un lobo encerrado.

Damián lo miró con los ojos húmedos por algo más que el alcohol.

—Ey —le dijo, bajito, tendiéndole la mano.

Alejandro dudó, pero la agarró. Se la apretaron fuerte, sin sonrisas, sin palabras. Era su manera de pedir perdón por no haber estado antes, por no haber dicho lo que dolía.

—No es tan simple —dijo Oliver, tratando de poner orden—. Estamos removiendo mierda que lleva fermentando desde hace décadas.

—No es mierda —respondió Santos, con la voz más grave que nunca—. Es una raíz. Una raíz podrida que atraviesa todo. Desde nosotros... hasta ellas.

—¿Ellas? —preguntó Alejandro.

—Las madres. Las niñas. Las torres. Todo. Hay algo ahí, algo que no entiende de tiempo. Y está empezando a despertarse.

—Y cuando despierte del todo —añadió Oliver, apenas audible— no buscará sólo a las niñas. Vendrá a por quienes ya conoce.

Oliver se inclinó hacia él.

—¿Y si nunca durmió? ¿Y si lo único que hicimos fue cerrar los ojos?

Entonces, el móvil de Santos vibró sobre la mesa de mármol. Todos lo miraron. Un mensaje.

Ortega.

“Otro niño. Esta vez en la piscina abandonada.”

El silencio se espesó. Los vasos temblaron levemente sobre la madera. Ninguno bebió. Ninguno habló. Solo el mar, al otro lado del cristal, rugía con una verdad antigua. A continuación bebieron hasta que el dolor se volvió insensible. Y cayeron, uno a uno, como si el suelo los reclamara para que soñaran, por fin, lo que habían vivido. Y lo que aún les quedaba por vivir.

“El hombre es un lobo para el hombre”. Thomas Hobbes.

Capítulo 6: Ecos en el agua.

Torre del Mar, Miércoles Santo.

La lluvia no daba tregua. Los cristales del coche empañados por el vaho apenas dejaban ver la verja oxidada de la antigua piscina de la urbanización abandonada desde hacía veinte años. Damián apagó el motor y miró a sus amigos en silencio. Oliver iba en el asiento del copiloto, con el ceño fruncido. Atrás, Alejandro y Santos temblaban por el frío y la situación sosteniendo sendos vasos térmicos de café con alguna que otra gotita de aguardiente. La noticia había llegado como un trueno en la madrugada: otro niño fue asesinado. Esta vez, en un lugar donde todos ellos alguna vez se habían colado a nadar.

—Nos está siguiendo la puta muerte —murmuró Alejandro, con los ojos clavados en la verja—. Como un perro viejo.

—No es la muerte —respondió Santos con un tono seco—. Es algo peor. Es la muerte de un inocente y un mensaje para aterrorizarnos.

—O para recordarnos algo que no queremos ver —susurró Oliver, apenas audible —Como si nos estuvieran empujando hacia un recuerdo que nadie quiere abrir.

Salieron del coche. El barro les llegaba a los tobillos y el viento soplaba con la furia de una tormenta sin fin. La escena del crimen estaba ya acordonada. Ortega no estaba, pero un par de agentes conocidos les miraron con recelo y los dejaron pasar tras una breve discusión y una llamada de Santos a Ortega suplicándole el acceso. El niño yacía envuelto en un chubasquero amarillo

como los anteriores, bajo un toldo improvisado. El color del abrigo brillaba en mitad del barro como una maldición repetida, un faro invertido que sólo atraía desgracias. Alejandro tragó saliva y apartó la vista; había algo en aquel amarillo que le dolía en la memoria, como un cuchillo mellado que insiste en entrar. Ortega llegó lo más rápidamente posible, fumando con desesperación bajo un paraguas raído. Su rostro se iluminó un instante al ver a Santos, para luego ensombrecerse.

—No deberías estar aquí —gruñó—. Pero no tengo más remedio que dejar que me ayudes, sé que sabes más de lo que cuentas.

—Todo a su momento, ahora son conjeturas propias de una serie de misterio que no parece resolverse —respondió Santos, con voz helada—. Dime qué ha pasado. Ortega apartó la lona que cubría el cuerpo. El niño tendría unos diez años, piel pálida, cabello húmedo pegado a las sienes. Estaba colocado en forma de estrella, con los brazos abiertos. En el centro de su pecho, un símbolo marcado a fuego: el mismo triángulo con espiral. En el antebrazo, tres líneas secantes con la perpendicular.

—La madre la denunció desaparecida esta mañana. El cuerpo apareció hace menos de una hora —dijo Ortega, bajando la voz—. Y ese símbolo... otra vez.

—Mismo patrón, misma puesta en escena —añadió Santos, como si hablara más para sí mismo que para los demás—. Esto no es solo un asesino: es alguien siguiendo un guión que ya estaba escrito. Santos tragó saliva. Pensó en el símbolo en el trastero, en los recuerdos que comenzaban a surgir como una corriente subterránea.

—¿Quién era?

—Se llamaba Pedro. Diez años. Era hijo de Sofía, ¿te suena?

Santos asintió lentamente. Un hilo invisible comenzaba a unir nombres del presente con rostros del pasado.

—¡Ouyea la patata loca, al agua, cabrones! —gritó Damián, corriendo hacia la atracción del Kamikaze, en el parque acuático Aquavelis. Era la primera semana de su apertura y habían conseguido entradas gratis del supermercado que colindaba con las Torres de Colón.

Quince chavales con gorras rojas corrían por el parque como una bandada de gaviotas desbocadas. La consigna era simple: desobedecer todas las reglas. Gritaban, se colaban en las colas, se lanzaban en grupo por toboganes para uno solo.

—¡Nos van a echar, loco! —decía Alejandro entre carcajadas.

—Entonces que nos echen como héroes —añadió Oliver, trepando por una roca falsa para lanzarse en bomba a la piscina de olas.

Los socorristas gritaban, silbaban sin descanso, pero los chicos no se detenían. Era verano y se respiraba plena libertad de los años noventa. Ellos eran los reyes efímeros de dicha libertad en un imperio de cloro, risas y sol.

—¡El último que toque el fondo del cubo de agua gigante es un marengo! —gritó Damián.

Y allí fueron todos, con Oliver, Damián y Alejandro en cabeza, cruzando charcos, esquivando adultos furiosos, resbalando, cayendo, riendo como si el

mundo fuera una canción que sólo ellos sabían tararear.

—¡Gorra roja al poder! —rugió Alejandro, levantando el puño al cielo mientras una oleada de agua los empapaba por completo.

Se cambiaban de carril en mitad de las caídas, usaban roscos donde no estaban permitidos, propiciaban las risas, pero también el temor de los adultos que veían a fieras salvajes descontroladas por el parque. Ellos sólo reivindicaban la libertad sin hacer daño a nadie, porque no sabían que el mundo de los adultos estaba dominado por las normas de lo serio. Ellos eran los rebeldes sin causa del momento de oro de las Torres de Colón, hasta que fueron expulsados de la placenta de la diversión sin freno, de la matriz del júbilo y del desenfreno.

—¡Vaya puta mierda! ¡Nos han echao como si fuéramos unos criminales! ¡Y todo por tirarnos en pelotón por el kamikaze! —gritó Damián lanzando la chancleta contra la papelería que rebotaba ruidosamente.

—¡Esto es racismo contra las Torres de Colón, chavales!

—Racismo no, gilipollas, ¡es envidia! No soportan ver tanta clase junta. —dijo moviendo las manos de un lado al otro Alejandro.

—¿Tú has visto la cara del socorrista ese? Como si se hubiera metido un palo por el culo. Menudo subnormal. —dijo Oliver quitándose la gorra roja para abanicarse del calor de Agosto.

Efectiviwonder —aseguró Damián.

—Señores de Aguavelis, disculpen por hacerles el día más divertido. La próxima vez venimos con bastón y reuma, ¿vale? ¡Sois más sosos que una galleta de arroz! —sentenció Oliver con ironía cordobesa.

—No sé qué es peor: que nos echaran delante de las niñas o que me hayan reventado la cinta de los Héroes del Silencio. Eso es delito en tres países. —concluyó Santos continuando la ironía.

—Y que lo digas, tío. Aunque yo lo volvería a hacer. ¿Habéis visto a Alejandro volando de cabeza como si fuera Batman borracho? —preguntó Nico pegándole un manotazo en la espalda a Santos que casi lo parte en dos.

—¡Eh! Era una técnica avanzada, ¿vale? Se llama "el salto del lagarto rojo". Solo para los que no tienen miedo ni de su madre. —espetó Alejandro jovial.

—Tú lo que tienes es el cerebro de un geranio. —le contestó Damián echándose

a reír y dándole un empujón.

—Pero te respeto por loco, tío. A mí me gusta la gente que está chiflada.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Nico. ¿Volvemos al piso a comer filetes fríos o nos tiramos a la playa con los donuts gigantes.

—Yo voto por los donuts. Me da igual si me pilla un medusa. Peor que este día no puede ir.

—Aguavelis... ¡te recordaremos como la dictadura del cloro! —dijo Santos haciendo una reverencia.

—¡Timbas en la torre esta noche! Y que le den por culo a los parques acuáticos. ¡Nosotros ya tenemos nuestra mafia! Los Coloneros no perdonan. —sentenció Damián alegre.

—¡Coloneros o muerte, chavales!

—Coloneros no... ¡COLONAZIS! —exclamó Alejandro.

—¿Qué? ¡Suenas poderoso! ¡El ejército secreto del verano!

—Como lo escuche mi madre, me manda de vuelta a Córdoba.

—Pero da igual. ¡Yo voy donde vayáis vosotros

y todos gritaron:

—¡COLONEROS A MUERTE!

Se alejaron todos a carcajadas por la acera, con el sol brillando sobre los restos de su rebelión acuática.

Año 2000 – Lugar desconocido – Iniciación

Una habitación circular, sin ventanas, bajo la tenue luz de decenas de velas que oscilaban como si respiraran. Las paredes estaban cubiertas por telas oscuras. En el centro, una figura femenina, alta, con túnica roja y un rostro cubierto por un velo negro, permanecía de pie. Cuatro mujeres jóvenes estaban sentadas en cojines alrededor de ella. Tenían poco más de veinte años. Pilar, Raquel, Sofía y Silvia.

—El sacrificio no es dolor —dijo la mujer del velo con voz lenta y grave—.

El sacrificio es llave. Es tránsito. Es elevación.

—¿Y... qué debemos entregar? —preguntó Silvia, visiblemente inquieta, sus dedos retorciendo un pañuelo blanco.

—Vuestra voluntad. Vuestros cuerpos. Vuestros genes.

Las jóvenes se miraron entre sí. La mujer dio un paso al frente y colocó un cuenco metálico en el centro de la sala. Dentro, ardía algo que olía a carne y aceite.

—Cuando llegue el momento, los portadores estarán entre nosotros. Hijos de la carne, pero no de la luz. Vosotras seréis puente. Nodrizas del verdadero Despertar.

Pilar tragó saliva. Su voz tembló.

—¿Y por qué nosotras?

—Porque no habéis sido elegidas —respondió la figura, inclinándose hacia ella—. Os habéis ofrecido. Y en el fondo... lo sabéis. Desde niñas sentís la grieta. Vosotras la abriréis.

Raquel se apartó levemente.

—¿Y qué pasa si alguien no quiere continuar?

La figura rió. No fue una risa humana. Fue como el sonido de una madera quemándose.

—El que mira atrás se queda sin rostro. Aquí no hay caminos. Solo descenso para la ascensión final.

Sofía dejó escapar un sollozo.

—¿Y nuestros hijos... morirán?

La mujer puso un dedo en sus labios.

—No morirán. Se abrirán a una dimensión desconocida de amor y plenitud.

Silencio. Pilar asintió con una lentitud pesada. La primera. Después, las otras tres repitieron el gesto. Una vela cayó al suelo. Nadie la recogió. La habitación estaba iluminada por velas ennegrecidas. Las sombras bailaban sobre las paredes, proyectando figuras extrañas.

—Hoy abandonáis el dolor para abrazar la verdad —dijo la mujer, con voz suave pero inquebrantable—. El círculo os acoge.

Las jóvenes se miraron entre sí, nerviosas, excitadas, confundidas.

—No entendemos del todo esto —murmuró Pilar—. Dijiste que era un

grupo terapéutico.

—Y lo es. Pero las cicatrices no sanan solas. Debéis entregar vuestra herida al fuego. Compartirla con el niño. Sólo él puede purificaros.

En una esquina, parcialmente oculto por las sombras, había un chico con la mirada perdida en un tebeo. Tenía unos diecinueve años. En silencio y de espaldas al encuentro de meditación ocultista.

—¿El niño? —preguntó Raquel, inquieta.

—El hijo de la oscuridad que conoció la luz. Cada una debe confesar su verdad. Luego, entregaréis algo a cambio. Vuestro dolor será su redención. Y cuando él crezca... vosotros también renaceréis.

Silvia rompió a llorar. La atmósfera se volvió irrespirable. Una mezcla de incienso rancio, sudor y miedo llenó la estancia.

—¿Y si no queremos continuar? —preguntó Sofía, temblando.

—Ya habéis entrado. No hay retorno —sentenció la mujer.

—La generación de vida comienza ahora.

—El niño entró en una habitación con Pilar, después con Silvia, con Sofía y, por último con Raquel. Después fue a ver a su madre y rompió a llorar.

El crepitar de las brasas tenía algo de antiguo, casi ancestral. En la terraza elevada del piso de Santos —amplio, con vistas al mar encrespado de la noche— la barbacoa escupía lenguas de fuego bajo los cortes de carne alineados como ofrendas. Alejandro, con una copa de cerveza en la mano y el mandil aún atado, parecía un sacerdote a punto de iniciar un ritual doméstico.

Sara, su mujer, con gesto escéptico y un cigarro largo entre los dedos, debatía con Romi sobre el clima absurdo de esa Semana Santa. Nerea, elegante sin esfuerzo, reía con Alba en la zona del sofá exterior. Las nubes, como espectros grises, se deslizaban sobre la ciudad mientras en el interior cálido del salón se gestaba una conversación más grave.

—¿Sabes qué me preocupa? —dijo Santos, sentado al fin, con el vino agitado en la copa—. Que esto no es solo un asesino. Es algo más antiguo. Un eco que nos alcanza desde los cimientos del pasado.

Alejandro soltó una carcajada breve, seca.

—Hostia, Santos, eso te ha quedado muy Lovecraft. ¿También te crees lo de los Illuminati?

—No lo está diciendo por decir —intervino Oliver, con una seriedad insólita—. Hay símbolos. Viejos. Vimos uno en el trastero. Y lo que describió Santos en el cuerpo de la niña...

Damián chasqueó los dedos.

—Los símbolos, sí. Y yo de chaval pintaba penes en las puertas del ascensor. A lo mejor ahora tengo una secta.

—Sois unos idiotas —dijo Alba desde la barra—. Pero reconozco que todo esto da mal rollo. Y Santos tiene algo en la mirada... no sé. Nunca lo había visto así, y mira que hemos tenido ocasiones, sobre todo con sus enamoramientos...

Santos apoyó los codos en la mesa. Su tono cambió: más firme, más grave.

—Esto es más grande de lo que parece. Ortega nos avisó, sí. Pero él no sabe lo que nosotros vivimos en esas torres. Hay capas. Capas de memoria, de símbolos, de miedo. Algo que estaba latente y que ahora se ha despertado.

Romi se estremeció. Rompió el silencio.

—¿Crees que tiene que ver con vuestra infancia en las Torres de Colón?

Todos callaron. El aire pareció espesar.

Oliver fue el que habló.

—¿Y si todo empezó ahí? ¿Y si los símbolos estaban desde antes?

—¿Y si alguien nos observaba desde entonces? —añadió Santos con voz rasgada—. ¿Y si no es casual que seamos nosotros los que estamos volviendo?

—¿Insinúas que nos están castigando? —preguntó Alejandro, ya sin rastro de burla.

—No. Aún no. Pero creo que esto solo ha empezado.

Desde la parrilla, un chasquido más violento que los anteriores hizo que todos se giraran. Una chispa saltó hacia el cielo nublado. Alba miró el reloj. El mar seguía golpeando los ventanales con insistencia, como si quisiera entrar.

—Chicos... si es verdad que hay algo más —dijo Alba en voz baja—. No deberíais enfrentarlo solos.

—¿Entonces seguimos? —preguntó Damián, con tono serio por primera vez en la noche.

Santos levantó su copa.

—Hasta el final.

Los demás lo imitaron. Nadie sonrió.

Detrás de ellos, en la barandilla de la terraza, algo parecía moverse en la oscuridad, apenas perceptible. Un reflejo, una sombra, un eco de lo que fueron y de lo que están a punto de descubrir.

Alejandro se retiró el delantal con gesto ausente y entró en la cocina para dejar la copa en la encimera. La luz del móvil parpadeó. Notificación.

Un mensaje nuevo. Número oculto.

“Estáis tocando donde no debéis.”

Alejandro se quedó quieto. El móvil vibró una vez más.

“Cada uno de vosotros tendréis vuestro propio abrigo de agua.” Alejandro sintió que la frase le helaba la sangre. No por la amenaza, sino porque, en lo más profundo, sabía que ya había oído esas palabras antes... pero no recordaba dónde.

—¡Pero qué cojones! Alzó la vista. En el cristal del ventanal empañado, por un segundo, creyó ver un triángulo borroso con una espiral grabada desde fuera. Pero al acercarse... solo quedaba el vaho. En la calle, bajo la lluvia, una figura con capucha permanecía inmóvil. Cuando Alejandro parpadeó, ya no estaba. Y el sabor a carne quemada por el miedo llenó el aire de la habitación.

“Para que triunfe el mal, sólo es necesario que los buenos no hagan nada”.
Edmund Burke.

Capítulo 7: Los juegos de los 90.

Torre del Mar, noche del Miércoles Santo.

El crepúsculo caía como un telón de terciopelo sobre la urbanización más elevada de Torre del Mar. El ático de Santos era amplio, diáfano y con una terraza que dominaba la ciudad. Había parrillas encendidas, copas medio llenas y una brisa costera que arrastraba el olor de brasas y mar. Pero lo que parecía una noche de reencuentro distendido escondía una tensión apenas disimulada. Nerea, elegante en su sobriedad, organizaba la cocina mientras lanzaba miradas cómplices a Santos, que vigilaba el entrecot con una pinza de acero. Damián y Alejandro discutían sobre el punto de la carne, mientras éste último servía vino con gesto ceremonioso y Sara lo observaba con ironía. Oliver, sentado en una esquina con Alba, sostenía su whisky de malta entre las manos como si fuera un secreto.

—Os lo digo —dijo Santos, mientras giraba un solomillo—. Lo que estamos viendo no son crímenes cualquiera. Hay símbolos, rituales. Hay historia. Y creo que esa historia comienza con nosotros. Damián bufó. —¿Qué estás diciendo, tío? ¿Que un psicópata se ha puesto nostálgico y ha decidido recrear nuestros veranos con cadáveres?

—No exactamente. Pero hay conexiones. La escena del trastero, las marcas. Todo apunta a que esto no es nuevo. Es algo que se ha estado gestando mucho tiempo.

—O que te estás volviendo un pelín majara —terció Alejandro, con media sonrisa—. Esto tiene que ser una broma pesada de algún amigo nuestro de la infancia. Pienso en Lucas o incluso en Charly, seguro que es alguno de ellos. Nos estamos dejando llevar. Ni que hubiéramos fundado una secta sin

saberlo. Oliver apoyó los codos en la mesa. Tenía el ceño fruncido. —A mí tampoco me parece casualidad. ¿Y si hay alguien que sí se sintió rechazado, o marginado por nuestro grupo? Alguien que no jugó con nosotros. Que nos miraba desde fuera.

Nerea intervino con tono sereno: —¿Y si alguien se quedó marcado? Alguien que no formaba parte de vuestra pandilla y vivió aquello desde el margen. Sabemos lo crueles que pueden ser los niños. Santos asintió, se limpió las manos y se sentó con su copa en la mano. —Tenemos que hacer memoria. Pensad. ¿Hubo alguien? ¿Un niño, una niña que se quedó fuera, que fue objeto de burlas, de desprecio, incluso de violencia? Un silencio espeso se deslizó entre ellos, como si cada uno estuviera abriendo cajones mentales que llevaban décadas cerrados. El crujido de las brasas sonó como un reloj de arena invisible, recordándoles que el tiempo para decir la verdad se agotaba. Todos callaron. El silencio tenía peso de plomo. Alejandro fue el primero en hablar.

—Yo recuerdo uno, aparte de los mondongos, ¡me deaaa la bissiclleeeetaaa! jaja, fuera bromas. Me refiero a Eugenio. Moreno, grandullón, fuerte, siempre con la mirada perdida. Siempre estaba solo o con su madre. A veces lo seguíamos. Le hacíamos bromas. Bromas de mierda. Una vez le dimos un cigarrillo que explotó en su boca. Era muy retraído, creo que tenía cicatrices en la espalda por alguna operación. Y también era muy fuerte, como os decía, siempre salíamos corriendo después de alguna broma por miedo a que nos pegara.

—¿Eugenio? —dijo Oliver—. No me suena.

—Yo sí lo recuerdo —añadió Damián—. Era raro. Siempre nos miraba desde la sombra. Como un cuervo en una esquina.

Romi y Alba intercambiaron miradas incómodas. —¿Y qué fue de él? — preguntó Sara.

—Buena pregunta —murmuró Santos—. Lo descubriremos mañana. Ahora brindemos.

—¡Por la amistad! —gritaron todos.

Mañana del Jueves Santo.

El segundo C de la Torre 4 conservaba la misma puerta de siempre, aunque la pintura marrón se descascarillaba por las esquinas como si intentara desprenderse del pasado. Allí vivía ahora la madre de Eugenio, pero en ese mismo piso, décadas atrás, había habitado un hombre que los niños de la urbanización llamaban simplemente “El Loco”. Un anciano hosco y encorvado, con una mirada torva y una cicatriz mal curada en la mejilla, que una vez, tras lo que llamaron “una confusión con el timbre”, rompió la puerta del piso de Alejandro con un hacha oxidada, vociferando nombres que no eran los suyos. Nadie en la comunidad lo denunció; algunos por miedo, otros por superstición. Ese hombre era, como más tarde supieron, el abuelo de Eugenio.

Cuando llamaron al timbre, se hizo un silencio denso, como si el aire dentro se negara a moverse. La mujer que abrió la puerta era delgada, casi frágil, pero su porte tenía algo marmóreo, inquebrantable. El pelo blanco, recogido con precisión quirúrgica, contrastaba con unos ojos grises y fríos como acero viejo. No parecía sorprendida de verlos.

—¿Eugenio? —repitió—. Mi hijo murió hace años. Cáncer. Lo siento mucho. No queda nada más que su memoria y este piso vacío. Su voz no tembló. Ni siquiera en la palabra “murió”. Era como si pronunciara un hecho sin afecto, como quien recuerda la fecha de un eclipse.

—¿Y no tiene... familia? —insistió Oliver —aparte de usted, digo.

—Ninguna. Buenas noches. El portazo fue un latigazo que les dejó clavados en el rellano unos segundos, hasta que Santos, sin decir nada, giró sobre sus talones y empezó a bajar las escaleras. La puerta se cerró con un chasquido que sonó a sentencia. Los cuatro amigos estaban dentro del coche de Damián, siguiendo a la mujer, que salió al poco tiempo de la injerencia. Cruzó medio pueblo y se internó en una carretera secundaria que conducía a un cortijo alejado. Allí, la vieron entrar en una hacienda con un portón herrumbroso y jardines abandonados.

Oliver sacó los prismáticos. —Hay niños dentro. Cuatro, cinco... no sé. Están jugando a algún juego, parece el pollito inglés o algo parecido. Pero no hay padres. Sólo ella.

Santos apretó los puños sobre el volante. —Tenemos que entrar ahí. —No ahora —intervino Alejandro—. Hay algo... en la forma en que se mueven esos niños. No están jugando. Están... obedeciendo.

Mientras, Alejandro recordaba los juegos y las travesuras de su infancia, en las Torres de Colón allá por los años 90....

Los veranos eran eternos y ardían como brasas en los tobillos. El suelo tórrido bajo las bicicletas, el zumbido de las chicharras y la banda de críos dominando

los aparcamientos de las torres como un reino propio. Las bicis eran animales de guerra: Motorettas de sillín largo y color rojo fuego, Bhs Bicicross y Californias de ruedas de tacos amarillos y azules, Montys con timbres oxidados pintadas a mano en negro y blanco. El grupo se dividía, se unía, competía, se empujaba y se reía como si la infancia fuese un asalto interminable.

—¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres! —gritaba Damián, mientras se lanzaba cuesta abajo con su BH roja, el cuerpo erguido y los ojos encendidos como bengalas.

—¡Vas a abrirte la cabeza, bestia! —bramó Santos, pedaleando justo detrás con el rostro tenso, sujetando su california amarilla y azul como si fuera un tesoro sagrado.

—¡A ver quién deja la marca más alta, cagones! —vociferó Alejandro, con su motoretta chirriando en cada pedaleo.

El primero en impactar fue Nico. El manillar salió volando.

—¡Joder, mi rueda se ha quedado en Cuenca! —se quejó, sacudiéndose el polvo.

Charly se partía de risa desde la acera:

—¡Eso te pasa por meterle aceite de girasol al freno, tarado!

Manu, apoyado contra la barandilla, añadió:

—¡Ponedme uno que no se rompa y os salto la valla en modo ninja!

Fran los grababa con una minicámara de su padre:

—Esto va directo al "Club Megatrix", colegas. ¡Nos hacemos famosos!

Santos, como siempre, estaba dividido entre su brújula moral y su fidelidad a sus amigos.

—Esta vez soy poli... pero no os prometo nada —murmuró mientras se colocaba una gorra de visera al revés.

Josué, con cara de estrategia, dio la orden:

—Lucas, tú flanquea por el lado del aparcamiento. Jaime y yo entramos por la rampa.

—¡No os olvidéis del pasadizo junto al cuarto de contadores! —dijo Noé, que siempre encontraba los escondites secretos.

—¡Somos los buenos, no los aburridos! —gritó Juan, mientras hacía sonar una sirena de juguete.

En el otro extremo del patio, Damián y Alejandro discutían con tono militar.

—Yo mando hoy. Tú fuiste el jefe la semana pasada —dijo Damián, en voz firme.

—Mentira cochina. ¡Lo tuyo fue un golpe de estado! —protestó Alejandro, señalándole con una rama como si fuera una espada.

—¡Callaos ya, que nos pillan! —avisó Oliver, que trepaba un árbol como si fuera un espía soviético.

Nico salió de su escondite con una camiseta en la cabeza:

—¡Soy el ladrón fantasma, cabrones! ¡Nadie me atrapa!

Manu lo interceptó:

—¡Y yo soy el poli con inmunidad diplomática! ¡Bum!

Fran se estrelló contra una papelera:

—¡Yo quería ser rehén! ¡No contéis conmigo pa' correr!

Una fila agachada frente a la pared. Todos encorvados, sudando, respirando fuerte. Los demás se preparaban para el salto

—¡Sota!

—¡Caballo!

—¡Y rey! —bramaron al unísono.

Damián salió disparado como un toro:

—¡Al chichimonete! ¡A volaaaaaaar, malditos caballitos!

Alejandro lo siguió y al caer gritó:

—¡Esto va a hacer historia, chavales!

Oliver, calculador, esperó a que cedieran las piernas:

—¡Si no aguantáis, no lloréis cuando caiga sobre vosotros mi justicia poética!

—¡Esta vez sí que se parte la columna alguien! —avisó Charly.

Santos, vacilante, se preparaba.

—Me arrepiento ya, pero allá voy.

—¡Ya estás dudando, filósofo! —le provocó Nico.

Lucas, desde abajo, gritó con esfuerzo:
—¡Uno más y me cago en mi espalda!

—¡Me estoy convirtiendo en un puto acordeón! —chilló Jaime, aplastado.

Juan aguantaba en silencio, los dientes apretados. Noé soltó:
—¡Como no me dejes respirar, muerdo a alguien!

Y de pronto, todos cayeron en un montón de brazos y piernas, entre insultos y carcajadas. Al fondo, un coche patrulla pasaba, y el grupo se escondió instintivamente tras los arbustos.

—¡No hay delito si no hay cadáver! —dijo Manu, con tono dramático.

Santos miró a Alejandro, luego a Damián.
—¿Os dais cuenta de que no hay ningún sitio más libre que este?

Un silencio breve. Entonces, Alejandro sonrió:
—Y ningún sitio donde haya amigos tan hijos de puta como esta gente, jajaja.

—¡Ahora un palicazo! —gritó Damián calentando los dedos de su mano derecha.

—No, por Dios —dijo Manu comenzando la huida.

Y Alejandro lo cogió por la fuerza, le agarró la mano derecha y Damián comenzó a pegar con los dedos en la muñeca hasta casi hacerlo sangrar.

—Lo que no te mata te hará más fuerte, ahora te toca a ti, y Manu con una lágrima en los ojos comenzó su venganza en la muñeca del líder, como un

soldado raso que se enfrenta en combate a su general para poder ascender en el escalafón del mando.

Después, dolor, risas. gritos. magulladuras. eternidad.

Hacienda abandonada.

Los cuatro bajaron del coche con la cautela de quienes cruzan un umbral invisible. El aire olía a humedad estancada, a retama seca y a algo más antiguo, como si la tierra misma contuviera secretos ocultos bajo su vientre. Frente a ellos, la casa se alzaba como un cadáver de piedra: dos plantas, balcones rotos y contraventanas colgando como párpados vencidos. A través del portón herrumbroso, se adivinaban sombras móviles. Niños. Siete, quizás ocho. Jugaban y cantaban algo casi imperceptible. Uno de ellos llevaba una venda negra en los ojos.

—Este lugar... —susurró Santos, sacando su linterna— no es lo que parece.
—Y Eugenio... —añadió Oliver con voz seca— puede que esté más vivo que nunca. En ese instante, el viento cambió de dirección, llevando hacia ellos un olor que no era ni de tierra ni de humedad. Era el olor dulce y corrosivo de algo que se pudre despacio.

Entonces sonó el disparo. Seco, remoto. Un crujido en el aire.

Alejandro cayó de rodillas con una mano en la cabeza. La sangre le resbalaba por la oreja derecha, brillante bajo la luna como un hilo de rubí.

—¡Joder! —rugió Santos, tirando de él hacia el coche.

—¿Estás bien? —Damián lo sujetó por el hombro—. ¿Fue una bala?

—Perdigones. Me ha rozado. Pero van en serio. Nos estaban esperando.

Todos se agacharon tras el maletero. La segunda detonación partió el silencio como una grieta en el tiempo. Esta vez, los cristales traseros del coche estallaron en mil astillas. La luna tembló en cada fragmento.

—No es un disparo de advertencia —murmuró Oliver—. Están cazando.

—¿Quién coño dispara con cartuchos de escopeta desde una casa con niños dentro? —preguntó Alejandro, apretando un pañuelo contra su oreja.

—Alguien que no está cazando jabalíes —dijo Damián, abriendo el compartimento del coche y sacando una linterna táctica, un bate metálico y una navaja plegable—. Nos quieren fuera. O muertos. Oliver miró hacia la verja: los niños ya no estaban. El patio parecía vacío. Pero las canciones aún flotaban en el aire. Melodías infantiles. Arrítmicas. Desafinadas. Como si las cantara un coro de muertos que aún jugaban a estar vivos.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Damián.

—Sí —dijo Santos—. Sota, caballo y rey. Otra vez. Como en las torres. Como entonces. Alejandro tragó saliva. Por un instante, juraría que entre las notas quebradas de la canción se oía su propio nombre, pronunciado con la voz de un niño que ya no existe. Una figura emergió por el ventanal superior. No era un niño. Era alta. Delgada. Iba vestida de negro y su rostro estaba oculto tras una máscara de madera. Una de esas máscaras antiguas,

de procesión rural o ritual pagano. Sostenía algo en los brazos: una especie de cuaderno grande, de tapas duras y cuero agrietado.

—¿Es... Eugenio? —preguntó Oliver.

—O alguien que quiere que pensemos que lo es —murmuró Santos.

De pronto, la verja chirrió. Se estaba abriendo.

—Nos han abierto la puerta —dijo Alejandro con sorna amarga, la sangre ya seca en su cuello—. Qué hospitalidad.

—O quieren que entremos y no salgamos —dijo Damián.

—Da igual —replicó Santos, con voz firme—. Volveremos. Y mientras el coche arrancaba, ninguno de ellos vio que en la verja oxidada quedaban marcadas, con barro fresco, tres huellas de mano a la altura de un niño. Como si alguien les hubiera dicho adiós.

“La infancia termina cuando sabes que vas a morir”. Michael Wincott.

Capítulo 8: El árbol del amor.

Tarde del Jueves Santo.

La tarde se abrió como una herida cálida en el cielo. Después de días de una bruma espesa y apagada, el sol irrumpía con violencia casi insolente, llenando de oro sucio los cristales empañados de las Torres de Colón. La luz

no simbolizaba alivio, ni redención. Era otra forma subrepticia de interrogación. Los cuatro amigos se habían citado temprano. Aún llevaban en los ojos la sombra de la Hacienda abandonada y el eco del disparo que casi alcanza de lleno la oreja de Alejandro. Santos encendió un cigarro sin decir palabra. Damián jugueteaba con una piedra, girándola entre los dedos como si pudiera tallar respuestas en ella. Oliver, con los brazos cruzados, no dejaba de mirar el cielo. Alejandro no decía nada, pero su oreja aún sangraba levemente, como si el presente quisiera dejar huella.

—¿Qué decís de llamar a Delia, Saray y a Alexandra? —propuso Damián al fin, rompiendo el silencio. Se lo pensó unos segundos—. Mi hermana lo conocía bien. A Eugenio. Estuvieron juntos en el grupo de catequesis. Se decían cosas raras.

—Saray y Alexandra también —añadió Santos, llevándose dos dedos a la nuca—. Siempre decían que ese niño les daba “cosica”. Que no jugaba. Que sólo miraba. Como si llevara dentro algo que no era suyo. Como si fuera mayor por dentro. Media hora después, estaban en el corazón de las Torres, bajo el árbol del amor. Un ficus descomunal que se retorció hacia el cielo como si intentara escapar. Tenía una raíz abierta, en forma de banco natural, donde durante décadas se habían besado adolescentes, escondido cigarros, y enterrado secretos. El aire olía a césped recién regado y a dulce nostalgia. Saray, Delia y Alexandra llegaron sin maquillaje y con gafas oscuras. Pero no podían ocultar la seriedad en sus labios apretados.

—¿Queréis hablar de Eugenio? —dijo Delia al llegar—. Pues hablaremos. —No me gusta volver a ese tiempo —añadió Saray, quitándose lentamente las gafas—. Hay recuerdos que deberían quedarse enterrados... y este árbol siempre me los devuelve.

Se sentaron todos en círculo, bajo la sombra densa del árbol. Por un momento, fue como si regresaran a los noventa: ese espacio en el que el

tiempo era otra cosa y la muerte no era real todavía.

—Era raro —empezó Alexandra, con voz firme—. Muy callado. Siempre solo. Como si esperara algo que nunca llegaba. Pero no era tonto. Al revés. Sabía manipular. Una vez me dijo que me iba a romper el alma si no le dejaba el columpio. Tal cual.

—Con nosotras era... amable —añadió Saray, buscando con la mirada un punto lejano—. Pero tenía esa sonrisa... como si supiera algo que tú no supieras. Algo que no querías saber. Dibujaba todo el tiempo. Cosas que no entendíamos.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Oliver.

—Figuras. Triángulos, espirales, círculos que se abrían hacia adentro. Palabras en otros idiomas, diría yo que incluso inventados. Le pregunté una vez y me dijo: “No son dibujos. Son llaves”.

—Llaves para abrir... ¿qué? —preguntó Damián, con el ceño fruncido.

—No lo dijo —respondió Alexandra, encogiéndose de hombros—. Sólo sonrió... esa sonrisa suya que parecía un corte en la cara. Un silencio espeso se posó entre ellos, como una niebla que no se ve pero se siente. Santos bajó la mirada. A su lado, el rosal crecía salvaje, enredándose en la base del árbol como una vena roja que se perdía hacia la tapia del fondo. Los recuerdos no volvieron. Florecieron.

El rosal crecía espeso en la base del árbol del amor y se enredaba como un recuerdo vivo hasta el kiosko oxidado de Roberta, encajado entre los edificios

con la persiana medio bajada y los cristales sucios de polvo y años. Aquel lugar era un santuario profano: el puesto donde se compraban los palotes, los Bang-Bang, los helados del caluroso verano y también... los primeros cigarrillos.

Pero lo mejor no era el kiosko. Era Paco, el portero. Siempre vestido con un polo blanco que parecía más viejo que él, bien afeitado, y ese caminar lento de quien ya ha corrido demasiado.

—¿Cuántos, niños? —decía con voz de carraca bondadosa, tras pillarlos merodeando con cara de "yo no he roto nada".

—Uno pa mí y uno pa Damián —decía Santos, con voz de actor, inflando el pecho como si el tabaco fuera una medalla.

Pero Paco los miraba con ojos achinados, como si pudiera ver a través de ellos.

—¡Una leche! Lo que vais a fumar son hostias benditas. ¡Sois más malos que un dolor de muelas, cabrones!

Y sacaba la zapatilla. Nunca llegaba a lanzarla, pero la amenaza era parte del teatro. Ellos, como ratas callejeras, salían corriendo, riéndose, haciendo el gesto del "calvo" o gritándole "¡Tronco bajando!" cuando venía algún vecino.

Una vez le untaron la cerradura del cuarto de los contadores con chicle masticado. Otra, le cambiaron la contraseña del walkie que usaba con los otros porteros, dejándole solo con el canal 3, donde sólo hablaban camioneros.

Paco resoplaba, pero en el fondo los quería. Y ellos lo sabían.

El árbol del amor, mientras tanto, era el centro de su pequeño universo. No tenía nombre oficial, pero todos lo llamaban así. Porque allí ocurría todo: los primeros cigarrillos, los pactos de sangre, los insultos y las reconciliaciones.

Pero también los primeros roces, las primeras veces que la piel decía más que las palabras.

María tenía 16 y Santos, 13. Ella llevaba siempre el pelo suelto y una pulsera de hilo rojo en la muñeca. Cuando se sentaban en el banco natural de la raíz, Santos le ponía U2 con la cinta del Achtung Baby que ella le había regalado en el pequeño cassette que no entendía del todo, pero que le hacía temblar la voz.

Una tarde, mientras el sol caía entre las hojas, ella le cogió la mano y se la llevó al pecho. No con brusquedad, sino con lentitud. Él sintió el mundo desaparecer. La tela fina de la camiseta, el latido, el calor. Luego se besaron. Lento. Con los ojos medio cerrados. María le enseñó a besar con lengua. A no tener prisa. A respirar mediante la boca del otro. —No tengas miedo —susurró ella entre beso y beso—. No voy a romperte.

—No me rompes... me haces distinto —respondió Santos, sin saber de dónde le salían las palabras.

Alejandro y Roxana eran otra historia. Ambos tenían ya dieciséis años e intentaban amarse dominándose el uno al otro. Se citaban a escondidas tras el seto del árbol. Y allí, entre risas y empujones, aprendieron a explorarse como quien encuentra el mapa de Borges sin leyenda. Roxana le guiaba la mano por debajo de la falda. Alejandro temblaba, pero obedecía. Era su primera geografía. Su primer "ahí no, ahí sí". Y tras cada encuentro, ambos salían con los ojos como recién nacidos del paraíso.—¿Te asustas? —preguntaba ella, con media sonrisa.

—Me asusto... pero quiero seguir —contestaba él, sintiendo que cada segundo lo alejaba de ser un niño.

Oliver y Alba eran puro diálogo. Hablaban de la muerte, del espacio, de la posibilidad de que el alma fuera un error matemático. A veces se tocaban los dedos, otras veces solo se miraban durante minutos enteros. En una ocasión, Alba se desnudó del todo bajo el árbol. No para seducir, sino para probar algo. Oliver no la tocó. Se sentó frente a ella, y le dijo: "Eres más real que la luna". Y entonces se besaron.

Damián y Davinia, en cambio, eran la tormenta perfecta. Se besaban como si fuera una batalla. Se gritaban, se tiraban piedras de mentira, se empujaban con fuerza hasta acabar rodando por la hierba, uno encima del otro, jadeando de risa y rabia. Un día Damián llegó a casa con un arañazo en la espalda y dijo que se lo había hecho "el amor".

—Te voy a matar —le decía ella, riendo, mientras le mordía el hombro.

—Pues mátame otra vez —contestaba él, tirándola de nuevo al suelo.

Eugenio, mientras tanto, siempre estaba un poco más lejos. Sentado en cuclillas junto a la tapia, con su cuaderno de tapas duras, dibujando espirales, estrellas rotas, y frases en lenguas inventadas. A veces parecía que miraba a los demás como quien observa un experimento. —¿Por qué no vienes a jugar? —le preguntó una vez Delia, desde el columpio.

—Porque ya estáis jugando... y yo sólo escribo las reglas —respondió él sin mirarla.

Nunca habló de amor. Nunca miró con deseo. Pero tomaba notas. Siempre.

Santos lo recordaba ahora con una punzada en el estómago. Miró a Delia, a Alexandra. Quiso preguntarles algo que no sabía cómo formular.

Entonces Oliver rompió el hechizo:

—Nos hemos pasado media vida olvidando —dijo, pensativo, mirando hacia el cielo que se volvía de cobre.

Damián sonrió de lado.

—Ocho cabrones con bicicletas y miedo al futuro. ¿Os acordáis de cómo jugábamos a estrellarnos contra la valla?

Y la memoria volvió como una ola: las bicicletas volando, los codos pelados, las rodillas sangrando, las risas que sabían a sangre y libertad.

—Y las partidas de chichimonete “Sota, caballo y rey”... —rió Santos—. Cómo dolía cuando se te caía encima Charly. Era como un saco de cemento.

—¿Y la vez que Santos se tiró con el roscó por la cuesta y acabó en la fuente?

—¡Callaos ya, joder! —gritó Santos riendo—. Eso fue una trampa. Me empujó Nico. ¡Lo juro!

—Sí, claro... y las palomas vuelan por telepatía —bromeó Alejandro, dándole un codazo.

Las risas fueron un bálsamo. Por un instante, la nostalgia les curó las heridas que el presente no podía.

Pero entonces, Alexandra, con la voz temblorosa, preguntó:

—¿Y si todo esto... empezó ahí?

—¿Dónde? —preguntó Damián.

Alexandra señaló el suelo, justo donde nacía el rosal.

—Aquí. En este árbol. ¿Y si... se sembró algo? Algo que ha estado creciendo todos estos años.

Oliver se levantó, visiblemente incómodo. Sacó el móvil. Tecleó algo.

—Tenemos que volver a la Hacienda.

Alejandro sacó su móvil.

—He estado mirando registros. La Hacienda no está registrada como centro educativo. Es privada. No hay control. No hay inspecciones.

—¿Vamos mañana? —preguntó Damián.

Santos miró al rosal.

—Sí. Pero no vamos solos.

—¿A qué te refieres?

Santos se giró. Tendremos que llamar a Ortega, no quiero que por mi culpa salga alguien más herido.

—Que le den por culo a Ortega —gruñó Alejandro con rabia. Casi me destrozan la oreja. Esto ya es personal. Es cosa nuestra.

Esa noche, la Hacienda parecía respirar. La piedra inerte de sus muros exhalaba un aliento antiguo, denso, que se colaba por las rendijas y se mezclaba con el humo de las velas. En las afueras, el viento zarandeaba las ramas de los cipreses con un silbido apagado, pero dentro todo era quietud. Eugenio caminaba descalzo, como si quisiera sentir cada grano de polvo, cada grieta del suelo, cada memoria fosilizada bajo la losa. Su paso era lento, ceremonioso. Llevaba una camisa blanca empapada de sudor y un pantalón viejo remangado hasta las pantorrillas. Bajo la piel curtida de sus pies, la piedra estaba fría. Cruzó un arco bajo y se adentró en una sala circular, oculta en el corazón de la casa. Las paredes eran de cal agrietada y el techo estaba cubierto por una cúpula deslucida, abierta en el centro como un cíclope. En el suelo, decenas de velas encendidas dibujaban un círculo ritual alrededor de un grupo de niños sentados de rodillas, inmóviles, con los ojos cerrados y las manos juntas, como estatuas de una religión delirante. No rezaban en voz alta. Su oración era muda, hipnótica. Cada uno parecía absorto en un lenguaje interior que no necesitaba palabras. La cera derretida formaba ríos que se deslizaban lentamente por el suelo, dibujando ramificaciones como si fueran raíces. En el centro, sobre un altar de piedra improvisado con bloques irregulares, descansaba un cuaderno infantil de tapas duras. Era rojo, con las esquinas dobladas y manchas de bolígrafo en la portada. Una pegatina medio arrancada dejaba ver lo que una vez fue un nombre.

Eugenio se acercó. Se arrodilló. Lo abrió.

Dentro, dibujos. Dibujos infantiles, con líneas torpes y colores saturados. Había bicicletas bajo un sol desproporcionado. Niños saltando al agua desde una roca. El parque de columpios de hierro oxidado. El kiosko de Roberta. El árbol del amor, grande y oscuro, con corazones cruzados por

iniciales. Y Paco el portero, con su gorra eterna, esbozado en crayón azul. Y, entre esas escenas casi inocentes, algunos símbolos aparecían como errores: ojos en el cielo, cruces torcidas, espirales que se repetían sin explicación, figuras con manos demasiado largas o bocas sin cara. En la última página, escrita con una caligrafía infantil temblorosa, aparecía una frase:

"Nosotros lo llamamos juego.
Él lo llamó invocación."

Eugenio la leyó en silencio. No parpadeó. Cerró el cuaderno con una lentitud reverente. Como quien termina una oración. Su sonrisa apareció entonces, sin alegría. Una sonrisa sin labios. Una mueca de certeza. Se incorporó despacio. Miró a los niños, que seguían orando. Ninguno se movía. Ninguno parecía respirar.

—Ya vienen —susurró.

Una vela se apagó sola.

Y con ella, todo el aire pareció retirarse de la sala.

Oscuridad.

“Tengo que defender mis ideales. El tiempo dirá cuándo podré llevarlos a cabo”. Diario de Ana Frank.

Capítulo 9: Los Estudiantes.

Noche del Jueves Santo.

La noche del Jueves Santo envolvía Vélez-Málaga con su manto de incienso, cera y solemnidad. Las calles adoquinadas vibraban bajo los tambores profundos, como latidos del pueblo entero. El trono de “Los Estudiantes”, cargado de flores moradas y doradas, emergía desde la iglesia de San Juan como un presagio antiguo. La figura de Cristo, serena y al mismo tiempo herida, atada a la columna, flotaba entre un mar de capirotos caídos marrones que se mecían con el vaivén cadencioso de los portadores.

Alejandro, Santos, Oliver y Damián caminaban en silencio por la calle Las Tiendas. Apenas hablaban. Observaban. La multitud se abría como una marea alrededor del trono. Abuelas con peinetas, niños con globos brillantes, turistas embobados con el azahar y la fe ajena. Un costalero lloraba en silencio; una vela goteaba cera sobre el pie de una penitente adolescente que no se inmutaba.

—Tó esto... —murmuró Alejandro—. Tó esto es una peli. Una peli triste de Semana Santa donde sabes que el que muere es siempre el mismo. Pero aun así vienes.

—Porque no se trata de él —respondió Santos, con los ojos clavados en el crucificado—. Se trata de nosotros. Él murió por nosotros, no te olvides. —Ya está pontificando el filósofo, tienes razón, amigo —contestó Alejandro dándole un manotazo por la espalda mientras se encendía un cigarrillo.

—Y, aunque ya la gente no crea apenas, por lo menos nos mantiene unidos conforme a unos valores milenarios —dijo Oliver pidiendo la aprobación de

los demás. Por eso nosotros vamos a hacer lo que debemos. —dijo Damián, terminando con su —“ayúayé”.

Los cuatro amigos se habían citado temprano. Aún llevaban en los ojos la sombra de la Hacienda abandonada y el eco del disparo que casi alcanza a Alejandro. Sus cuerpos estaban en las calles adoquinadas del pueblo que rendía homenaje al caído, pero sus pensamientos seguían flotando entre los muros húmedos y los pasillos rotos donde el pasado respiraba con forma de plomo. Damián se encendió un cigarro a escondidas, cubriéndose con la palma. Oliver lo imitó, mientras seguían el trono hasta la Plaza de las Carmelitas, donde la banda se fundió en un solo quejido de corneta. Luego torcieron por calle Félix Lomas y entraron en la Peña de Los Flamenquitos. El bar era de paredes encaladas y jamones colgando, con fotos antiguas de toreros, vírgenes y cantaoras. A esa hora, había más silencio que jaleo. Solo una pareja mayor comía boquerones en vinagre en una esquina.

—¿Una cerveza, un ron y dos whiskeys? —preguntó Damián, levantando la ceja.

—Que suenen como martillos —asintió Oliver. Se sentaron en la mesa más cercana al ventanuco. Desde allí se veía el lento discurrir del trono de “Los Estudiantes”, alejándose calle abajo como un barco lleno de luz.

—¿Qué estás pensando, Santos? hoy estás especialmente profundo...o distraído, no sé... —le preguntó Alejandro, como si esperara una revelación.

—Nada, en la importancia de las palabras.

—Joder, con lo que nos está cayendo y tú en el cielo... Mientras ambos hablaban, Oliver y Damián se miraban mutuamente de forma cómplice.

—No estoy en el cielo, pienso cómo a un niño se le puede hacer daño desde pequeño etiquetándole con una sola palabra. Gafotas, gordo, retrasado... hoy dicen los críos, malito.

—Ya sé por donde vas, pero eso lo hemos hecho todos y también, puede que casi todos hayamos sido víctimas...

—Pero hay que tener firmeza de carácter y no todo el mundo la tiene. Esa es la cuestión. Las palabras determinan el mundo que nos rodea. — prosiguió Santos dando un sorbo a su whisky sólo.

—Nos pones un ejemplo, dijo Damián con ademán de interés.

—La palabra migración, por ejemplo. ¿Creéis que esa palabra, que se utilizaba en sentido etológico, para los animales, se ha extendido hacia los humanos porque sí, por uso del lenguaje?

—Imagino que hay algún interés de que se diga así y no como se decía antes —masculló Alejandro.

—Bingo, claro está. Hace unos pocos años hablábamos de emigrantes e inmigrantes.

Oliver y Damián se quedaron pensativos. —acláranos el asunto, Santos, por el amor de Dios, qué espesura —dijo Oliver.

—Pues que si le quitamos la raíz “e” o “in” ya no hay un lugar desde donde uno va o desde donde uno viene —dijo Alejandro con seguridad en sí mismo.

—Así es, os dais cuenta de que sin esas raíces desaparecen los Estados, la ley y todo lo que conlleva a las sociedades humanas y que volvemos a ser meramente animales, pura biología.

—Hostia puta —dijo Damián. Nos convertimos en aves, o salmonetes, jajaja, tiene su lógica.

—Joder, qué profundidad —dijo Oliver, tragando saliva, es verdad que las palabras tienen un profundo poder y que no son baladí.

—Macho, cómo hablas, grupo, ¡por la amistad! —dijo Alejandro levantando la cerveza.

—¡Por la amistad!

—Ahora que nos ponemos sensibles, ¿Os acordáis...? —empezó Santos, sin mirar a nadie—. ¿Os acordáis del ruido de las chicharras en Torre del Mar? De las bicis en el aparcamiento de piedras. De los remolinos en la piscina chica, e, incluso en la grande. De los gritos de Nico cuando se tiraba de bomba...

—Del copo y sus mejillones —añadió Damián—. De los veranos que olían a aceite solar, a tang naranja y a tabaco del kiosko. Del bocadillo de nocilla en las tardes de césped y las cosquillas.

—Del kiosko, tío —suspiró Alejandro, inclinándose hacia la mesa—. Roberta no preguntaba la edad. Le dábamos veinte duros y nos daba un montón de fortunas cagaderas.

—Y el árbol del amor... and the lucky lucky lucky —soltó Damián, sonriendo con modesta nostalgia—. ¿Sabéis que sigue ahí? Lo vi el otro día. Más jodido, pero vivo.

Y así, entre sorbos de alcohol y tapas de vigilia, emergió el recuerdo colectivo vivido como una película arrancada del polvo.

La urbanización de las Torres de Colón en los años 80 y 90 era mucho más que un lugar: era un territorio, una patria mínima con sus propias leyes, mitos y rituales. Cuatro torres de diez plantas se alzaban como molinos gigantes, guardianes de hormigón que vigilaban el paso lento de las estaciones. A sus pies, un aparcamiento de piedras blancas crujía bajo las bicicletas y los gritos, mientras una verja baja y oxidada marcaba la frontera entre el mundo real y el suyo.

Había dos piscinas: una redonda, amplia, de color azul eléctrico, donde se gestaban guerras de cloro, saltos bomba y amores de verano. La otra, más pequeña, era para los más chicos... o para los más cobardes o para los remolinos o los kamikazes que se tiraban de cabeza con el riesgo de descalabrarse. El parque metálico, chirriante, ardiente en julio, lleno de secretos en septiembre, era un lugar de pactos y traiciones. El mítico kiosko de Roberta, que vendía tabaco suelto y helados a voces cambiantes, era un santuario laico donde se fraguaban las primeras transgresiones. Y luego estaba el árbol del amor.

Torcido, de ramas bajas y tronco ancho, era como un centinela vegetal de las primeras promesas, los besos robados, las caricias torpes y la superstición de que si te besaban ahí, el verano sería infinito. Todo ese mundo quedaba delimitado por una muralla de piedra que separaba el complejo de los marengos, esos niños del otro lado, morenos de sal, duros como costras, enemigos eternos, leales a códigos propios y siempre dispuestos al combate.

Esa tarde, el cielo estaba encendido, como si alguien hubiera rajado el firmamento con una navaja de fuego. Un calor raro, pretormenta, se pegaba a los muros. En el portal de la Torre 3, Santos y Damián intentaban cambiar una bombilla fundida del techo.

—¡Sube más! —gritaba Damián desde abajo, agarrando la Motoretta que se tambaleaba con cada intento.

—¿Tú qué te crees que soy, Manolo el del ascensor? —bufaba Santos, subido a duras penas con una mano en el techo y la otra sujetando una bombilla grasienta.

—Eres más bien Manolo el torpe, colega. Esa bombilla lleva fundida desde Semana Santa.

—Pues que la Virgen la bendiga entonces. ¡Ay, joder! —Damián soltó un chillido cuando su dedo rozó el casquillo metálico—. ¡Está más caliente que las tetas de Pamelita en la piscina!

—¡No digas eso, que está su hermano aquí! —rió Damián, señalando hacia el patio, donde Alfonso, el menor de los hermanos Rivera, lanzaba petardos con una precisión inquietante.

—¡Me da igual! Rosalía me dijo que si arreglaba esto, me dejaba subir a su casa a ver "Los Inmortales".

—Eso te lo ha dicho a ti y al portero, capullo.

—¡Paco el portero no cuenta! Ese tiene más pelos que vergüenza.

En ese momento, un chispazo seco y azul estalló en el contacto. La electricidad les sacudió como si un dios de cobre y estaño hubiera despertado del sueño. Ambos cayeron al suelo con un golpe sordo.

—¡Hostia puta! —gritó Damián, agitado—. ¡Nos ha dado el rayo del DeLorean, tío!

—El del pasado y el del futuro —respondió Santos, medio aturrido.

Ambos estallaron en risas nerviosas, mezcladas con toses y el olor a plástico quemado. Desde una ventana abierta del tercer piso, se asomó Paco el portero, con su gorra y un cigarrillo colgándole del labio.

—¡Niños! ¡Si os electrocutáis, no podré daros con la zapatilla gratis!

—¿Otra vez jugando con la luz, chavales? ¿No veis que vais a acabar como mi cuñado? Medio calvo y medio tonto. —prosiguió riendo, pero en el fondo, preocupado.

—¿Tu cuñado no era electricista? —preguntó Santos, limpiándose el polvo de los pantalones.

—Sí, por eso mismo. Lo enterramos con una bombilla en la mano. —Paco los miró con falsa severidad, pero no ocultaba su media sonrisa—. Anda, largo de aquí antes de que os saque la guardia urbana. Y nada de tabaco esta vez, ¿eh?

—¡Eres un traidor, Paco! —gritó Damián entre risas—. ¡Antes molabas!

—Y vosotros antes teníais dientes de leche. Todo cambia, niños. Hasta el amor bajo el árbol ese del pecado.

Los chicos se alejaron riendo, con los dedos aún cosquilleando por la descarga y la certeza de que, aunque no lo supieran, algo acababa de empezar a cambiar bajo la superficie de los veranos.

De vuelta al presente, el whisky ya hacía efecto, pero los ojos brillaban más por la nostalgia que por el alcohol.

—Tenemos que volver a la Hacienda —dijo Santos, sin rodeos.

—¿Ahora? ¿Otra vez? —gruñó Alejandro. Descansemos primero.

—Algo no cuadra. Hay niños. Y alguien los está usando.

—¿Y Ortega?

—Ortega ya ha elegido su batalla. Nosotros la nuestra.

Los demás asintieron, uno a uno.

Pero entonces, en la última copa, en el último silencio, vino otro recuerdo, o más bien, una suposición, con todas las pistas que ya habían conseguido, como un relámpago frío que se coló entre los vasos vacíos:

Trece años atrás.

En lo profundo de la tierra, el sótano de piedra húmeda latía como un corazón oscuro. Las velas, ancladas en cráneos pequeños o recipientes oxidados, se consumían lentamente, dejando regueros de cera negra como venas abiertas sobre el suelo. El aire era denso, cargado de incienso amargo y una humedad que olía a óxido y antiguo.

En el centro de la sala, un círculo de sal se quebraba en puntos, como si algo desde dentro quisiera salir. Rodeándolo, cuatro jóvenes mujeres temblaban bajo túnicas abiertas que apenas cubrían su desnudez. Sus cuerpos, vulnerables, no temblaban solo por el frío. Una figura femenina, alta, casi espectral, permanecía inmóvil al borde del altar. El rostro cubierto por un velo bordado con símbolos que no pertenecían a ninguna lengua reconocible. Su voz, cuando habló, parecía venir desde un pozo sin fondo:

—La carne debe conocer el fuego. El fuego, la simiente. Y la simiente... la sangre.

Raquel sollozaba sin consuelo, sus hombros contraídos, los dedos crispados sobre la tela ceremonial.

—No quiero... por favor. No quiero hacerlo... —su voz era apenas un eco en el rincón.

Pilar la miró con ojos asustados, pero también vacíos, como si algo dentro de ella ya se hubiera rendido. Silvia, la mayor, respiraba entrecortadamente, como si su cuerpo quisiera huir pero su alma ya estuviera atada al lugar.

—¿Por qué ahora? —susurró Sofía, tragando saliva con dificultad.

La líder se acercó. Cada paso hacía crujir la sal bajo sus sandalias oscuras.

—Porque es año de luna doble. Porque el ciclo se ha abierto como hace veinte años. Y el niño que nazca llevará la marca. El sacrificio se completa solo cuando nace del deseo que no se quiere. Y esta vez la generación de vida se consumará. Sofía intentó cubrirse con los brazos, como si eso pudiera detener lo inevitable. Un estremecimiento la recorrió cuando los dedos de la figura tocaron su vientre, con una suavidad siniestra.

—Tu vientre no es tuyo. Es del círculo. Y el círculo es llama. Y la llama consume, transforma, y devuelve lo que se le ofrece. Detrás de ellas, una figura masculina emergió desde la penumbra. Alto, cubierto por una túnica de lino basto, con el rostro tapado por una máscara hecha de ramas, piel y hueso. Las chicas fueron conducidas una a una, empujadas, guiadas, forzadas, hacia él. En el aire, un cántico comenzó. Bajo. Guturales sílabas repetidas sin cesar como un mantra antiguo. El idioma no era humano. Las puertas de piedra se cerraron con un sonido sordo, y luego un segundo, más seco: el candado invisible del rito. Todo quedó en penumbra. Y lo último que se escuchó, antes de que el sonido se apagara, fue la respiración entrecortada de las muchachas, el crujido de los pies descalzos sobre la sal, y el murmullo húmedo de una simiente maldita clavándose, como cuchillo, en el cuerpo fértil de las muchachas.

“ Y de pronto me dominó la calma y me quedé sonriendo al brillo de la muerte, como un niño con una chuchería nueva ”. Edgar Allan Poe.

Capítulo 10: El amanecer dorado.

Mañana del Viernes Santo.

La luz tenue del Viernes Santo se colaba por las rendijas de las persianas como un suspiro contenido, como una advertencia que nadie pedía. El amanecer tenía un matiz turbio, ocre, como si el cielo mismo cargara con el peso de un secreto. El aire olía a humedad vieja, a ceniza, a sueño roto. En la casa de Santos, los cuatro amigos despertaban como náufragos en una playa equivocada: entre mantas arrugadas, botellas medio vacías y ceniceros rebosantes de colillas, como pequeños cementerios de la noche anterior. El salón estaba sumido en una penumbra densa, con el suelo cubierto de vasos olvidados, servilletas arrugadas y migas de algo que ya nadie recordaba haber comido. Un disco de Calamaro sonaba muy bajo, como un fantasma obstinado que se negaba a callar. Oliver fue el primero en levantarse, desperezándose como un oso malhumorado. Se rascó la barriga con desgana y escupió una tos seca.

—Joder... Siento que un autobús me ha pasado por encima. Uno que iba lleno.

Alejandro, con los ojos como rendijas, buscaba a tientas la cafetera.

—Eso no es resaca, colega. Eso es la culpa llamando a la puerta.

—¿Qué culpa? —replicó Oliver, dejándose caer en el sofá— ¿La de vivir? ¿La de recordar demasiado?

—La de saber cosas que no deberíamos saber —dijo Alejandro, sin mirarlo, apretando el botón del café como si pulsara una alarma.

Damián, aún con la chaqueta puesta, tirado en el suelo como un maniquí borracho, levantó la cabeza sin mucho entusiasmo.

—Yo he soñado con la piscina chica. Pero no estaba vacía. Estaba llena... de ojos. Solo ojos. Y nos miraban.

Nadie se rió. Solo Santos, sentado en el suelo con la espalda contra la pared, abrió los ojos del todo. Llevaba despierto desde hacía horas, pero no lo había dicho. Su mirada parecía anclada a algo lejano, a una certeza que los demás también intuían.

—Vamos a la Hacienda —dijo, con voz ronca, decidida—. Hoy. Pero con sigilo. Ni una pisada de más. No podemos dejar rastro.

—¿Otra vez? —saltó Alejandro—. ¿Después del susto de la última vez? Mirad mi oreja, joder, ¡me rozaron con perdigones!

—Eugenio no está jugando —replicó Santos—. Y nosotros tampoco deberíamos.

Oliver lo miró, luego bajó la vista. Asintió.

Damián se levantó a duras penas.

—Entonces vamos. Pero si hoy morimos... que no sea sin desayunar.

Un café más tarde, cogieron el coche de Damián, un viejo Volkswagen Golf rojo descolorido, con una cinta pegada al retrovisor que decía “Vive y deja morir”. El motor rugió como un animal viejo y fiel. Tomaron la carretera secundaria que serpenteaba entre los cerros de Vélez y las laderas quebradas de la sierra, entre olivos retorcidos y fincas abandonadas. El cielo era una sábana gris con bordes rojizos. Las nubes parecían a punto de desangrarse. La Hacienda se levantaba al fondo, oculta tras un viejo muro de piedra cubierto de musgo y líquenes, como una cicatriz del paisaje. Dejaron el coche en un arcén polvoriento, y avanzaron a pie por un sendero casi borrado por los años, agachados, con los pasos cuidadosos y la respiración contenida. El viento traía consigo el rumor lejano de algún animal y el zumbido de los cables eléctricos, como si la tierra murmurara algo que nadie quería entender.

—¿Recordáis cuando veníamos aquí en bici? —dijo Damián, sin alzar la voz.

—Sí —dijo Oliver, con un nudo en la garganta—. Pero no era esta Hacienda. O al menos, no la veíamos así.

—Siempre fue esta. Solo que ahora la vemos con los ojos de verdad —murmuró Santos.

Al llegar a la verja trasera, Santos se detuvo de golpe. El resto lo imitó sin preguntar. Algo lo había golpeado desde dentro. No una visión. No un dolor. Un recuerdo.

Se inclinó levemente, rozó el musgo con los dedos.

—Aquí fue... —susurró—. Aquí ocurrió algo. Pero aún no lo recuerdo todo.

Oliver tragó saliva.

—¿Y si no es que lo olvidamos...? ¿Y si alguien nos lo quitó?

Entonces, un crujido seco. Como una rama rota. O una puerta cerrándose lejos. Todos contuvieron el aliento. El aire, de repente, olía a tierra removida y a cera quemada. Y el día, pese a su claridad aparente, se volvió más oscuro.

Año 1993. Verano. Pub Tanaka, El Copo.

La noche olía a sal, a laca barata y a ginebra derramada sobre el asfalto caliente. En el epicentro de la movida torreña, aquella pequeña Babilonia de la Costa del Sol, la juventud de los noventa brillaba como bengalas en la oscuridad: chicas con tops de tirantes y vaqueros desgastados, chicos con camisas abiertas,

pelos llenos de espuma y mochilas de cuero colgando de un solo hombro.

La música dance rebotaba de un pub a otro como un pulso eléctrico: un remix de Snap se mezclaba con Queen y con los graves de una rave improvisada más allá del paseo marítimo. Frente a la playa, el pub Tanaka era uno de los puntos calientes de la noche. Dentro, luces estroboscópicas, neones parpadeantes, columnas forradas de espejos y una pista pegajosa donde todos buscaban algo: una mirada, un roce, un verano para recordar.

Santos tenía trece años recién cumplidos. Había salido aquella tarde noche con Juan, Lucas y Manu colándose en aquel mundo que aún no les pertenecía del todo. Bebía Bitter Kas con pajita mientras fingía que no se moría de nervios. Sonaba una canción, un remake dancero de una canción antigua, *Sweets for my sweet*, de CJ Lewis, que encendía cada hormona del cuerpo a cada acorde como un cipo metálico los fortunas de los años noventa.

Y entonces, la vio.

Primero fueron los murmullos. Luego, el grupo. Alrededor de veinte chicos iban detrás de dos chicas rubias, casi idénticas, que caminaban entre la multitud como si el mundo fuera suyo.

Las gemelas alemanas. Una era más alta y despampanante, quería destacar, mientras que la otra era algo más retraída. Esta última vestía pantalones cortos de lino blanco, una camiseta atada al ombligo y llevaba una mochila roja colgada a la espalda. Era Julieta.

Santos se quedó petrificado.

—Tío, ¿has visto eso? —preguntó Manu, señalándolas con la barbilla—. Son de Alemania o algo así. Van de pub en pub como diosas del Olimpo.

Santos no dijo nada. Solo se giró y la siguió.

Julieta y su hermana entraron al Tanaka, cruzando la pista como un relámpago dorado entre cuerpos sudorosos y vasos con hielos calientes medio llenos. Santos tardó en reunir valor, pero algo lo empujó. Quizá la música, quizá la luz azul que le rozó la cara, o quizá ese presentimiento que uno solo tiene una vez en la vida.

Ella estaba sentada en uno de los bancos acolchados del fondo, riendo con una amiga. Su hermana bailaba. Cuando Santos se

acercó, con el corazón tamborileando en las costillas, Julieta lo miró. Y no apartó la vista.

—Hi... I'm Santos —dijo él, atropellado, sintiéndose idiota al instante.

Ella sonrió. Se quitó un mechón de pelo de los ojos y respondió con un acento dulce:

—Julieta.

—You... dancing?

—Maybe. With you?

Y bailaron al son de Ace of Base. Mientras sonaba aquello de "All that she wants", Santos sintió que le daría todo, su corazón, su mente y su cuerpo. Se tocaron las manos. Ella olía a

bronceador de coco. Él sentía que el mundo se abría debajo de sus pies.

Desde aquella noche, fueron inseparables durante dos semanas. Se citaban en la piscina, se escapaban a ver la puesta de sol junto al árbol del amor. Se besaban en la parte trasera del supermercado mientras reían sin entender del todo lo que decían. Usaban palabras inventadas, dibujos en servilletas, gestos, silencios. Pero se entendían.

Julieta escribía en su cuaderno, le enseñaba palabras en alemán. Él le regaló una pulsera hecha con hilos de colores. Y ella le dio un anillo de plástico azul.

El día que se fue, Santos la acompañó hasta la verja de la urbanización. La hermana ya estaba en el coche. Julieta lo abrazó largo, con los ojos húmedos, y le susurró:

—Ich werde dich nie vergessen.

Luego se marchó. Y con ella se fue algo que nunca volvió del todo. Santos volvió llorando de la otra punta de Torre del mar,

como si el mundo ya hubiera acabado para él, sin darse cuenta de que la vida apenas había comenzado.

Durante meses, Santos le escribió cartas con diccionario en mano. No sabía si llegaban. Ella le contestó, una vez, y dos, hasta que no supieron quién escribió el último. Pero durante

mucho tiempo, cada vez que abría el buzón, lo hacía con el corazón encogido.

Y aún hoy, cuando escucha ciertas canciones o huele a aceite de coco, siente algo que no puede nombrar. Solo recordar. El primer amor.

—¿Santos? —susurró Oliver, acercándose con cautela—. ¿Estás bien, qué te pasa, que estás ennortao?

Santos parpadeó. Tenía la respiración entrecortada y la garganta seca, como si acabara de salir de un sueño que se entremezclaba con una pesadilla que aún no había terminado.

—Sí... Sigamos —murmuró, sin convencimiento.

Saltaron la verja por el lado este, donde el seto estaba más bajo y la verja oxidada cedía con un chirrido que parecía una queja viva. Al otro lado, el huerto estaba completamente reseco, con los surcos agrietados como una piel antigua. Las malas hierbas se alzaban como dedos deformes entre los restos de herramientas oxidadas y una carretilla volcada. El aire estaba quieto, como si el tiempo hubiese contenido el aliento. Avanzaron en fila, pegados al muro trasero de la casa. Los cristales rotos de las ventanas eran como dientes afilados de una boca negra que los observaba. Una ráfaga de aire trajo consigo el olor denso de humedad estancada, de maderas

podridas y algo más: un tufo tenue pero reconocible, como a pelo mojado, como a animales... o niños sudorosos.

—Escuchad... —murmuró Damián.

Desde el interior, a través del silencio quebradizo, se filtró un sonido apenas audible: risas. Risas de niños. No eran alegres. No eran inocentes. Eran rítmicas, lejanas, y tenían algo forzado, casi mecánico. Como si alguien les hubiese enseñado a reír.

—El lugar... está vivo —susurró Alejandro.

—¿De verdad están criando a esos niños aquí? —preguntó Damián, tragando saliva.

—Criándolos... o transformándolos —respondió Alejandro, sin apartar la vista de una de las ventanas laterales cubiertas de hollín. Santos alzó un

brazo para detenerlos. En ese instante, su móvil vibró. Una sacudida brutal en medio de aquella quietud fantasmal.

—Es Ortega —murmuró, apartándose del grupo para contestar.

—Dime —dijo en voz baja, mirando de reojo la silueta abandonada de la Hacienda.

La voz del comisario era tensa, como si llevara horas sin respirar.

—Ha aparecido muerta Sofía. La madre del niño asesinado hace dos días. Se ha cortado las venas. En el mismo lugar donde murió su hijo.

Sofía caminaba sola por el sendero de baldosas rotas que conducía a la piscina abandonada. El silencio era tan espeso que podía oír el roce de sus pasos contra la grava. En la mano derecha, apretaba una hoja doblada varias veces; en la izquierda, una pequeña navaja que reflejaba la última luz del día. La verja oxidada cedió con un chirrido áspero. Dentro, la piscina era un cuenco vacío y agrietado, con charcos verdosos en el fondo y maleza trepando por las paredes. Allí, exactamente allí, habían encontrado el cuerpo de Pedro, su hijo. Se sentó en el bordillo, dejando que los pies colgaran sobre el vacío. El olor a humedad y hojas podridas la envolvió. Sacó la hoja doblada y la alisó sobre su regazo. La letra era suya, apretada pero firme: “Somos culpables. Pilar, Raquel, Silvia y yo. El pacto era real. El pago debía hacerse.” Miró hacia la esquina donde el agua alguna vez brilló azul. Ahora solo había sombra. Una ráfaga de viento agitó la maleza, y por un instante creyó escuchar la risa de Pedro. Se llevó la navaja a la muñeca izquierda. El primer corte fue un relámpago de dolor, pero no dudó. La sangre brotó tibia, buscando el

mismo camino que había seguido su hijo para irse. Repitió el gesto en la derecha. El mareo llegó rápido, dulce.

El cielo giraba sobre ella. Las paredes de la piscina parecían cerrarse para acunarla. Apoyó la espalda contra el borde frío, mirando hacia lo alto.

—Ya voy, mi vida... —susurró con una sonrisa débil.

La última imagen que vio fue una nube oscura que se rompía en dos, dejando pasar un rayo de luz dorada. Luego, nada.

—¿Dejó algo?

—Sí. Una carta. Dice que son culpables. Ella, Pilar, Raquel y Silvia. Que el pacto era real. Que el pago debía hacerse.

—Hay que detenerlas. Hoy. No mañana. Hoy.

—No hay pruebas tangibles —resopló Ortega, frustrado.

—Tienes una confesión. Tienes tres niños muertos. Y ahora una madre

muerta. Protégeles los hijos. Ya. Ortega no respondió. Solo colgó Horas después Pilar, Raquel y Silvia fueron detenidas en sus casas. Todo ocurrió bajo la luz enfermiza del atardecer. Las patrullas entraban sin prisa, pero sin pausa. Los vecinos miraban desde las ventanas como si presenciaran una obra de teatro incomprensible. Nadie gritó. Nadie defendió a nadie. Solo hubo miradas congeladas. A las tres mujeres se les leyeron los cargos que cayeron como losas de cemento. Se las interrogó por separado.

Pilar se mantuvo en silencio, como si llevara años esperando ese momento. Raquel lloró desde que cruzó la puerta hasta que terminó el interrogatorio, repitiendo nombres, pidiendo perdón a alguien que ya no

estaba. Silvia, en cambio, explotó. Se golpeó contra la mesa, se arañó los brazos, gritó hasta romperse:

—¡No era así! ¡No debía pasar así! ¡Nos prometieron otra cosa!

Anocheecer. Llamada.

Ortega volvió a llamar a Santos. Su voz sonaba hueca.

—He hecho lo que me pediste. Pero hay algo más.

—¿Qué?

—Esta tarde... han intentado secuestrar a otro niño, pero los vecinos lo han impedido. Dicen que dos niños de unos doce años vestidos de negro han intentado el rapto pero salieron corriendo.

Santos sintió que la sangre le descendía como mercurio frío por las

piernas.

—¿El niño está bien?

—Sí. Pero por el camino de la huida encontramos un impermeable amarillo.

—¡Dios mío!

Esa noche. Azotea del edificio de Oliver.

El viento era caliente, cargado de incienso, humedad y un fondo tenue de azufre. Desde lo alto del edificio alquilado, las calles de la ciudad parecían dormir. Pero no descansaban. Estaban vigilando. Esperando.

Los cuatro amigos se sentaron en círculo, en silencio, mirando al

horizonte sin luna.

—No creo que esté matando por venganza —dijo Santos, finalmente.

—¿Entonces por qué? —preguntó Alejandro, con voz ronca.

—Por ritual. Porque hay una lógica dentro del delirio. Porque hay una fuerza más antigua que nuestras culpas. Y porque está loco, ninguna

situación traumática del pasado puede llevar a un hombre a cometer estas atrocidades sin que la culpa le corra. Oliver se giró lentamente.

—¿Y el chubasquero amarillo?

Santos apretó los dientes. —Es una marca. Un símbolo de justificación.

—¿Y quién lo reparte? —susurró Damián, casi con miedo a conocer la respuesta.

Santos levantó la mirada al cielo. Ni una estrella. Solo una negrura inmensa, palpitante, como un pozo sin fondo.

—Eugenio —dijo.

Y entonces, a lo lejos, sonaron risas de niños... en mitad de la noche.

“La confianza de los inocentes es la herramienta del mentiroso”. Stephen King.

Capítulo 11: La puerta del miedo.

Tarde del Viernes Santo.

La Hacienda de Eugenio no era una casa. Era un tumor anclado en la tierra, una úlcera viva en mitad del monte seco, como si la propia ladera hubiera vomitado una estructura infecta, abandonada por Dios y olvidada por los hombres. No tenía tejado, sino una costra de tejas rotas que palpitaban al viento; no tenía ventanas, sino ojos muertos por donde la oscuridad se asomaba para espiar el mundo. Las vigas del techo crujían como huesos fracturados, y el polvo no era polvo: era piel, era descomposición, era miedo seco acumulado en capas. La madera de las puertas estaba agrietada, cubierta de símbolos tallados con clavos oxidados: runas, cruces invertidas, palabras antiguas que ningún idioma moderno se atrevía a pronunciar. Rodeada de encinas solitarias y piedras blanquecinas como fémures enterrados a medias, la finca no parecía construida, sino sembrada, como una semilla del infierno que había germinado en un campo sin cruz. Desde lejos, podía parecer una ruina rural; desde cerca, era una trampa viviente, un altar disfrazado de morada. Y dentro... dentro el aire no se respiraba: se tragaba. Olía a humedad, a hollín, a moho, a metal oxidado, a miedo antiguo. Un miedo que se colaba por la piel como un escalofrío sin causa. Allí vivían los niños.

O lo que quedaba de ellos.

Ocho sombras humanas, algunas rescatadas del error y otras engendradas para la corrección. En realidad, habían sido arrancadas a la fuerza de orfanatos marginales, familias rotas, refugios desbordados. Todos menores de diecisiete. Ninguno lloraba. No sabían ya cómo.

Eugenio no los educaba.

Los deshacía.

Cada amanecer comenzaba con un silbido seco y metálico que les helaba los huesos. A las seis en punto, tenían que ducharse con agua helada. No podían hablar. No podían mirar. Después, marchas por el monte, ejercicios

físicos, ayunos prolongados. Si uno se caía, no lo ayudaban: lo golpeaban. Si alguien dudaba, lo encerraban en el sótano sin luz durante días.

—Esto es el método —decía Eugenio—.

—Esto es la purificación —repetían ellos.

Desde la sala principal, la madre de Eugenio, una figura de otro siglo, los observaba desde una mecedora roída por los años. Tenía el pelo largo, blanco como la cal, los ojos grises, hundidos como monedas perdidas, y un rosario colgado del cuello hecho de huesecillos humanos, recolectados —según decía— de infantes no bautizados.

—Hay que quebrarles el alma —susurraba con la voz hueca, sin emoción—.

—Solo cuando estén rotos... pueden ser llenados con la llama verdadera.

A los niños se les instruía con imágenes, vídeos rituales, grabaciones clandestinas de lo que Eugenio llamaba "la herejía moderna": madres permisivas, curas progresistas, profesores con empatía. Los tachaba de "corruptores", de "contaminadores".

El mundo debía ser limpiado de corruptos que habían educado a los que le habían hecho daño. Cada niño tenía asignado un objetivo. Un nombre. Una dirección. Una fecha.

Los más avanzados eran Iker y Gael.

Ya habían matado.

Tres días antes. Playa de Torre del mar, cerca del Copo. Atardecer.

El cielo era una sábana de niebla púrpura. La bruma marina lo cubría todo, como si la costa entera hubiera decidido esconderse del crimen que estaba a

punto de ocurrir.

Una niña de ocho años, Luisa, de camiseta azul y zapatillas rotas, jugaba solo entre las rocas, recogiendo conchas, canturreando una canción inventada. Sus padres estaban lejos, en una sombrilla, distraídos por la charla, por el móvil, por el aburrimiento.

Desde una duna cercana, Iker y Gael lo observaban.

Sus rostros eran máscaras. No de maldad, sino de vacío absoluto. Como si alguien hubiera arrancado su humanidad con pinzas calientes y en su lugar hubiese dejado algo más frío, más útil.

Iker se acercó primero. Sonrió. No fue una sonrisa humana. Fue un gesto aprendido.

—¿Quieres ver algo guay? —preguntó.

El niño lo miró, dudando. Pero a esa edad, la curiosidad vence al miedo.

Gael venía detrás. En el bolsillo, una navaja. Lo condujeron tras una roca grande, donde una caseta pesquera abandonada lanzaba su sombra como un manto oscuro. Iker sacó algo de su bolsillo: un muñequito de goma, pequeño, sucio.

—Se llama Tobías. Dile adiós.

El niño frunció el ceño, desconcertado.

—¿Por qué?

Gael respondió, abriendo la navaja.

—Porque te vas a ir con él.

No hubo gritos. Solo un jadeo, un temblor, un susurro ahogado. El filo entró limpio, la sangre salió sin sonido, y la arena, caliente, la absorbió con una lentitud casi piadosa.

El cuerpo cayó de lado, como si el niño se hubiera dormido.
Pero los ojos seguían abiertos.

Iker sacó con cuidado el chubasquero amarillo de una mochila. Se lo puso al cadáver, botón por botón, como si lo preparara para ir a clase.

Gael cerró los ojos y recitó la frase que Eugenio les había enseñado:

—Uno más para la puerta. Uno menos en la mentira.

Luego se alejaron caminando por la bruma, sin mirar atrás.

En la Hacienda, esa misma noche, Eugenio encendió una vela negra en una habitación sin ventanas. Colocó una piedra blanca sobre un círculo trazado con sangre de conejo. La piedra tenía un símbolo grabado a mano: una espiral dentro de un triángulo.

—Uno más cerca —murmuró, sin mover los labios—.

—Uno más cerca de abrir la puerta del miedo.

Eugenio se arrodilló frente a los dos chicos, que esperaban rígidos en fila.

—¿Sintieron miedo?

—No, señor —dijo Iker.

—¿Culpa?

—No, señor.

—¿Deseo de hacerlo otra vez?

Los dos asintieron.

Eugenio les acarició el cabello. Detrás de él, su madre susurraba:

—Ellos son los nuevos profetas.

Las bicicletas yacían tiradas como cadáveres cansados. Las camisetas sudadas colgaban de los hombros, los brazos raspados por los juegos, por las caídas, por la infancia sin consuelo. La pandilla de los Torres de Colón corría por el descampado, levantando polvo seco bajo las chanclas de goma y las zapatillas sin cordones.

Era un día cualquiera del verano. Calor. Cigarras. ColaCao a medio disolver. Chicles Bang Bang en el bolsillo trasero. Y rabia. La rabia flotaba como una niebla invisible.

En la zona trasera, junto al muro que separaba a los marengos de las Torres, atado al árbol de la guerra, habían se encontraba el marengo disidente del día. Flaco, moreno, camiseta rota, pies descalzos llenos de polvo y sangre. Llamarse Ismael no le había servido de nada.

Los chicos lo rodeaban como una manada salvaje. La risa no era alegre. Era cruel.

—¡Eres un chorizo! —gritó Charly, con la voz rota por la edad y la impunidad.
—¡Tú y tu madre robáis en las sombrillas, so sucio! —añadió Nico, escupiendo al suelo.
—¡Mi madre te vio cogiendo el cartón de leche del Día! ¡Ladrón! —dijo Damián, agitando los puños.

Santos estaba al fondo, con los brazos cruzados.
No hablaba. Miraba el suelo.
El mismo suelo que, horas antes, había servido para enterrar sus canicas.

Pero Alejandro no. Alejandro iba delante. Siempre delante. Enérgico. Serio. Líder.

Con una rama en la mano, se acercó al niño atado y le señaló la frente.

—Esto es por entrar en las Torres, marengo.

—Te vamos a enseñar a no volver más.

—Aquí mandamos nosotros —añadió Oliver—.

—¡La patrulla de los Torretas! —coreó Lucas.

El niño no lloraba. Sabía que era un juego, donde ese día había perdido la partida. Aunque el miedo lo hiciera encoger los hombros y esconder el rostro entre las rodillas.

Damián fue el primero en lanzar un insulto directo:

—¡Chivato!

Luego vino otro:

—¡Cerdo de playa!

Y otro:

—¡Mojón con patas!

Y otro más:

—¡No tienes ni padre, asqueroso!

Los insultos se convirtieron en cántico, como si una liturgia de odio se hubiera instaurado allí, bajo el mismo árbol donde, un verano atrás, Santos había besado por primera vez a Julieta.

Ahora ese mismo árbol era escenario de la humillación.

La infancia convertida en teatro de crueldad.

Alejandro fue quien soltó el nudo de la cuerda.

—Ya vale. Ha aprendido.

El niño cayó al suelo, no se levantó. Se quedó allí, hecho un ovillo, temblando, sin voz.

—¡Venga, que mi madre me mata! —dijo Nico, mirando el reloj Casio de velcro.

—Tranquilo —respondió Alejandro, dándose la vuelta—. Hoy hemos hecho justicia.

Corrieron cuesta arriba, hasta la tapia que separaba su mundo de las calles bajas del barrio pesquero. Subieron como conquistadores. Desde allí, comenzaron a cantar.

—¡De las Torres de Colón, no, nos moverán!

—¡De las Torres de Colón, no, nos moverán!

—¡No, no nos moverán!

El grito rebotaba entre las paredes como una burla al silencio.

El marengo seguía allí, abrazado a sí mismo. Solo. Sucio. Olvidado. Hasta que Oliver le tendió la mano, y le dijo: —Has sido muy valiente, anda, vete, nos vemos en la siguiente batalla.

Alejandro estaba sentado en su coche con olor a cuero y a pasado. La playa frente a él parecía vacía, pero aún quedaban las marcas de los pies pequeños en la arena, las cintas policiales rotas agitándose con el viento, y el leve perfume salado de la muerte reciente.

El mar estaba en calma. Cerró los ojos. Lo golpearon como un alud: los recuerdos de aquel verano del 93, el marengo llorando atado al árbol, su risa de entonces, la rama en su mano, el orgullo infantil.

Ahora, ya hombre, no se compadecía a sí mismo, todos los niños eran crueles, y siguen siéndolo. Él sólo era uno más, con firmeza de carácter.

—¿Y si esto empezó mucho antes? —murmuró.

No esperaba respuesta. Pero la puerta del copiloto se abrió con un quejido seco. Era Santos, con la barba desordenada y las ojeras tan profundas como sus silencios.

—¿Has oído? —preguntó, sin saludar.

Alejandro asintió.

—Los verdugos son niños —replicó Santos, mirando al horizonte.

Ambos se miraron, sin palabras durante unos segundos.

La culpa ya no era abstracta. Tenía nombres, fechas, cadáveres.

—Esta noche —dijo Santos al fin, como quien dicta sentencia—. Entramos. De verdad. Todos.

Alejandro se pasó la mano por la oreja herida. El sudor era frío.

—Y si no salimos...

—Que al menos sepan que lo intentamos. Que intentamos arreglar lo que se fue fraguando en la infancia. Se quedaron en silencio. En la radio del coche sonaba “Entre dos aguas”, fino, casi imperceptible. En la playa, las gaviotas volaban en círculos. Y en la Hacienda, muy lejos aún, una luz parpadeaba entre los árboles, como si algo o alguien supiera ya que los estaban esperando.

“La valentía es el punto medio entre la cobardía y la temeridad”.
Aristóteles.

Capítulo 12: Coma.

Madrugada del Viernes Santo. Noche cerrada.

La madrugada se abría como una herida lenta sobre los tejados de Vélez-Málaga. El aire traía el olor a penitencia: cera derretida, incienso consumido y sudor seco bajo las túnicas de los penitentes. Era la hora sin nombre, cuando los pasos se arrastran más que caminan y los ojos, ya cansados, miran hacia el suelo como buscando perdón o descanso. Todas las procesiones del Viernes Santo se habían recogido. Todos los tronos, menos uno. La Soledad o Servita avanzaba como una sombra entre los muros encalados y los callejones retorcidos del casco antiguo. Sin banda. Sin tambores. Solo el roce rítmico de los varales, el crujido leve de la madera antigua y el murmullo apagado de rezos personales. El trono, cubierto de terciopelo negro, era tan sobrio como majestuoso. Sobre él, la Virgen de la Soledad, la cara pálida, las manos entrelazadas, el rostro tallado en pena

silenciosa, parecía flotar más que avanzar. Llevaba una diadema de plata, no de reina, sino de viuda eterna. No lloraba. Ya no podía.

A su alrededor, un puñado de penitentes encapuchados caminaban descalzos, arrastrando cadenas que resonaban como un lamento metálico entre las paredes estrechas. Portaban faroles con velas temblorosas, y cada paso parecía contar los segundos de un mundo que ya había pasado su juicio. Desde las ventanas, pocas luces. Algunas ancianas observaban en silencio, con mantillas negras aún puestas y los labios moviéndose en oraciones inaudibles. Un niño pequeño preguntó en susurros: —¿Mamá, por qué va sola esa Virgen?

La madre no respondió. Nadie respondía nunca a esa pregunta.

Al fondo, la calle de las Monjas era apenas una grieta de sombra. Allí, agazapados entre dos portones, Oliver, Damián y Alejandro esperaban en silencio. Vestían de oscuro. Llevaban mochilas con linternas, guantes, herramientas. No cruzaban palabra. Santos llegó unos minutos después. No hizo falta hablar. Solo asintieron. Mientras la procesión pasaba como un susurro fúnebre frente a ellos, los cuatro se escabulleron entre los callejones, como viejos ladrones con una deuda antigua. Nadie los vio. O, si alguien los vio, no quiso mirar.

La Hacienda los esperaba.
Y esta vez, no habría regreso fácil.

Los cuatro caminaban en silencio por un camino de tierra que serpenteaba entre casas rurales y cultivos abandonados. Las linternas apagadas, las mochilas medio vacías, la decisión unánime.

—No me gusta esto —murmuró Santos—. No es que me dé miedo, pero...

—Sí te da miedo —respondió Alejandro con media sonrisa.

—Claro que me da miedo, joder. Pero lo que pasa ahí dentro me da más.

La Hacienda de Eugenio se alzaba imponente bajo la luna. Una silueta agria contra el campo dormido. Por fuera, parecía una finca tradicional andaluza. Por dentro... por dentro, lo que se cocía era otra cosa.

En ese preciso momento, en el interior de la hacienda Eugenio impartía su clase nocturna. En una habitación sin ventanas, ocho niños formaban una media luna, sentados en el suelo sobre esterillas. Miraban a Eugenio con la atención que solo se tiene hacia un dios o un verdugo.

—¿Por qué se mata? —preguntó Eugenio, con voz baja, pero firme.

—Para limpiar el mundo —respondió uno de los niños.

—¿Y quién merece morir?

—Los que hacen daño. Los que no ven.

Eugenio sonrió. Caminó entre ellos como un predicador. Vestía de negro, con un medallón colgado al cuello. Detrás de él, un tablón mostraba dibujos

en tiza de cuerpos humanos marcados con círculos rojos en zonas vitales: cuello, pecho, sien.

—¿Qué hay que sentir antes de apretar?

—Nada.

—¿Y después?

—Tampoco.

Los niños repitieron como un mantra. Sus voces, suaves, aterradoras.

En el patio, otro de los adolescentes limpiaba un cuchillo con esmero. En la cocina, dos más pelaban patatas en absoluto silencio. Toda la casa respiraba obediencia y miedo.

—Por aquí —susurró Damián, bordeando la verja oxidada.

Pero antes de cruzarla, luces verdes y azules estallaron a sus espaldas.

—¡Al suelo! ¡Quietos!

Era Ortega. Llegaba con cuatro guardias civiles.

—¿Estás loco? —le gritó a Santos— ¿Pensáis que esto es una película? ¡No tengo una orden de registro! ¡Os dije que no volvierais aquí!

—¡Ortega, escúchame! ¡Hay niños dentro! ¡Los está entrenando como asesinos!

—¿Tienes pruebas?

—¡No! ¡Pero lo hemos visto! ¡Sabemos lo que hace!

—¿Lo habéis visto? ¿Dónde están los niños? ¿Dónde están las pruebas?

Silencio.

—Estáis detenidos por allanamiento de morada. Los cuatro. Esto es un escarmiento. No me queda más remedio.

El fuego crepitaba en la arena oscura, lanzando chispas al viento cálido del verano. En torno a la hoguera, los hermanos mayores de los chicos bailaban, bebían, fumaban y gritaban con los pies mojados por la espuma del mar. El mar brillaba como una lengua de alquitrán bajo la luna. Aquello no era una fiesta, era un rito.

Las moragas eran leyenda.

Unos metros más atrás, sentados sobre piedras calientes y envueltos en toallas húmedas, estaban Damián, Santos, Oliver, Alejandro, Juan, Lucas y

Manu. Todos entre los nueve y los catorce años, con los ojos como platos y el corazón latiendo al ritmo del radiocasete sin tapa que escupía música techno.

Una litrona de cerveza daba vueltas entre ellos como si fuese oro líquido.

—Tío, ¿has visto esos condones volando? —susurró Alejandro, señalando una figura translúcida que flotaba como un globo absurdo con forma fálica.

—Joder qué panda, algún día haremos moragas mejores que esta —bromeó Santos.

—Superaremos a estos cabrones —rió Damián.

—Eso no es un condón, es una medusa galáctica —intervino Manu, y todos se carcajearon.

—¡Lucas! —gritó Juan de pronto—. ¿Tú llevas tabaco? Me muero por un piti.

—¿Yo? ¡Si lo dejé ayer! —dijo Lucas—. O sea, hace media hora. Mira a ver si Nico tiene.

—Nico está bailando con su prima. Que parece que se la va a comer —dijo Manu, con voz teatral.

—¡Shhh! ¡Mirad! —dijo Oliver, señalando una pareja que se besaba con furia junto al agua—. Esa es la hermana de Luis... ¡y no es Luis con quien está!

—Esto es Sodoma —rió Alejandro.

—Y Gomorra —remató Lucas.

El olor a porros, chorizos asados y colonia barata flotaba en el aire como un hechizo sucio. El grupo de niños observaba el desenfreno con una mezcla de fascinación y miedo. El mundo de los mayores parecía un territorio libre, salvaje, casi peligroso. Pero también irresistiblemente atractivo.

—Algún día seremos nosotros los que montemos esto —dijo Santos, serio.

—Sí, tío. Pero con música buena, no esta mierda de marcianos —se quejó Damián.

—Y sin condones voladores, por Dios —dijo Lucas.

Rieron todos.

Y por un momento, la noche se congeló en su gloria absurda y perfecta.

Cinco años después la hoguera, ahora alimentada por palets robados del supermercado de la esquina de las Torres, ardía con más fuerza. El círculo ya no era de niños. Ahora eran ellos los dueños de la noche, con vasos de plástico llenos de ron, casetes de "El Último de la Fila" sonando en bucle y la playa entera como refugio adolescente.

—¡Dale al volumen, coño, que esta es la de "Las hojas que ríen"! —gritó Alejandro, y Manu subió la rueda del radiocasete hasta que la arena vibró.

Damián bailaba alrededor del fuego, eufórico, con la camiseta desabrochada y un vaso de ron en la mano.

—¡Rut! ¡Deja de beber ya, tía! —le gritó, medio riendo, medio preocupado.

Rut, su chica de aquel verano, bailaba como poseída, los ojos brillantes, las mejillas rojas. Se subió al hombro de Oliver, chilló algo ininteligible, se lanzó al mar como una sirena desbocada y volvió empapada, riéndose a carcajadas.

—¡Soy Neptunaaa! —gritó, tropezando.

—Rut, por favor... —insistió Damián.

Pero ella no le escuchaba. Tragaba más ron. Bailaba. Reía.

Y de pronto, cayó.

Primero de rodillas. Luego de lado. El vaso se rompió en la arena. Ella no se movía.

—¡Eh! ¡Rut! —Damián fue el primero en llegar. Se arrodilló a su lado, la zarandeó—. ¡Rut, abre los ojos, coño!

El silencio fue inmediato. La música paró. Todos corrieron. Oliver, pálido, miraba sin saber qué hacer. Manu corrió hasta el chiringuito abandonado. Lucas gritaba que había que llamar a una ambulancia. Alejandro no hablaba. Solo miraba.

—¡Una cabina! ¡La del Paseo! —gritó Nico.

Santos y Damián corrieron con ella en brazos entre la arena y las rocas, esquivando botellas, toallas, colillas, con la respiración cortada. Desde la cabina marcaron el 061. La ambulancia llegó justo a tiempo. El médico habló de coma etílico. Les preguntó la edad. Les advirtió sin levantar la voz, pero con una firmeza que dolía más que los gritos.

Damián no volvió a organizar una moraga en muchos meses.

Pero cada vez que la luna llena brilla sobre la playa, cada vez que la música vieja suena en un cassette perdido, el recuerdo vuelve. Y duele pero también embriaga.

En la cárcel de Alhaurín la celda olía a sudor antiguo, a cuerpos vencidos por el encierro, a mantas ásperas cargadas de polvo humano. El aire estaba viciado. Denso. Los tubos fluorescentes del techo zumbaban con intermitencia, como si también ellos quisieran escapar. El eco de unas risas lejanas de otros presos rebotaba en las paredes, junto con el golpeteo metálico de una puerta que se cerraba una y otra vez, siempre al mismo ritmo, como un reloj de locura. Damián estaba sentado en el banco de hormigón, la espalda encorvada, con una manta raída sobre las piernas y los ojos inyectados de rabia.

—Esto no es justicia —gruñó, como si la palabra le supiera a óxido. —Esto es España. Aquí el que roba un bocadillo va a la cárcel, y el que roba millones... acaba de ministro.

Alejandro, apoyado contra la pared, respondió sin levantar la voz. —En la España de hoy los feministas gerentan lupanares, qué vas a esperar.

—Eso ya lo vió Orwell en 1984 —masculló Santos temblando cabizbajo. —El ministerio de la paz es el de la guerra y así con todo. Los que intentan hacer el bien en la cárcel y los que hacen el mal en la calle.

Oliver, en el suelo, con la cabeza entre las manos:

—Y lo peor de todo, los niños siguen muriendo. —¿Te encuentras bien,

Santos?, estás temblando.

—A ver si te va a dar un delirium tremens —dijo Alejandro levantándolo del suelo. Santos apenas podía coordinar los pasos. Le castañeaban los dientes y las manos se le abrían y cerraban como si intentara atrapar algo invisible. Un sudor frío le empapaba la nuca y la camiseta. Cada pocos segundos se llevaba la lengua a los labios resecos, pero la sed no se iba. El olor a lejía vieja y orines resecos le provocaba arcadas. Se levantó e intentó pasear en círculos, cogiéndose a la cintura de Alejandro.

—¿Y la prensa? Silencio. ¿Los jueces? Colapsados. ¿Los políticos? De vacaciones eternas, sin pensar en el pueblo, sólo en enriquecerse —rabió Damián encendido.

—Tienen miedo de actuar —murmuró Oliver. Damián lo miró con una sonrisa triste.

—No, campeón. Tienen miedo de perder votos. Eso es lo único que les importa. Ni los niños, ni los muertos, ni nosotros. Solo el poder.

Alejandro, con el mono carcelario arrugado, buscaba en los bolsillos un cigarro que sabía que no estaba ahí. Frotaba los dedos compulsivamente, como si pudiera liar uno imaginario. Oliver mordía el filtro de un cigarrillo apagado, mascando con rabia el cartón blando. Damián se pasaba la lengua por los dientes, inquieto, como si masticara humo fantasma. La abstinencia se les pegaba al cuerpo como una segunda piel, tan áspera como las mantas de la celda. Alejandro se encogió de hombros, estaba más pendiente de la salud de Santos que de la conversación sobre la política del país.

—Antes, al menos, se robaba con estilo. Robaban y te pedían perdón en latín. Ahora te escupen en la cara y te insultan si te atreves a quejarte.

Oliver se levantó y golpeó la pared con el puño cerrado.

—Y nosotros aquí encerrados. Por intentar hacer lo que ellos tendrían que

estar haciendo.

Se hizo un silencio denso. Largo. Como un luto sin cuerpo.

Solo se escuchaba el zumbido de los tubos y un grillo que, inexplicablemente, había sobrevivido al invierno carcelario en alguna grieta.

Desde el pasillo, una voz ronca gritó algo ininteligible, seguida de un golpe contra los barrotes. Un guardia contestó con desgana. La rutina del encierro no se detenía, ni siquiera para la rabia.

Santos se detuvo.

—¿Volveríais a hacerlo?

Damián no dudó.

—Mañana mismo, pero tú no estás en condiciones.

—Tranquilo, sólo es un pequeño mareo, se me pasará.

—Sí —añadió Alejandro.

Oliver lo dijo entre dientes, con una rabia seca:

—Joder que sí.

Nadie sonrió. Nadie bajó la mirada. El eco de esas tres palabras quedó flotando en la celda como un juramento silencioso, más fuerte que cualquier

ley. Afuera, el grillo seguía cantando, como si ignorara que en esa celda se acababa de firmar otra guerra.

La playa estaba desierta, extendida como un desierto de plata bajo una luna marchita que colgaba sobre las rocas como una lámpara rota. El mar apenas respiraba; sus olas, tímidas, lamían la orilla y se retiraban sin dejar espuma. Entre la arena húmeda y fría, las brasas apagadas de antiguas moragas seguían enterradas como huesos calcinados de una fiesta extinguida. Dos niños, vestidos con mallas negras y camisetas entalladas, cavaban en silencio junto a un espigón oxidado que crujía con el viento. Las palas de plástico, azules y rojas, parecían juguetes robados a un verano muerto. Tenían los rostros serios, tensos, con una concentración que no pertenecía a su edad. Cuando el agujero fue lo bastante hondo, uno de ellos sacó de una mochila una caja de metal, fría y pesada. Antes de bajarla a la arena, la acarició como si fuera un animal vivo. Con cinta adhesiva negra, la sellaron. El aire salado se mezcló con el olor químico de la cinta recién cortada.

En su interior un cuaderno de tapas duras, manchado y doblado en las esquinas. Dibujos torpes de armas, cruces invertidas, niños ahorcados. Fuego. Mucho fuego, garabateado con ceras rojas y naranjas. Nombres tachados, uno tras otro, como si hubieran sido borrados de la existencia.

Uno de los niños habló sin mirar al otro, con la voz plana de quien repite algo aprendido:

—Papá dice que falta poco.

El otro, con un hilo de duda en la voz, preguntó:

—¿Y qué pasará después?

—Que todos se acordarán de nosotros.

El silencio cerró la frase como un candado oxidado colgado de un puente lejano.. Desde la colina que dominaba el mar, la figura de Eugenio observaba. El humo de su cigarro ascendía en espiral, lento, como si rezara hacia lo alto. Llevaba un abrigo largo, negro, que se agitaba apenas con la brisa. En la mano derecha sostenía un reloj de bolsillo sin agujas, la tapa abierta, dejando ver un cristal agrietado que reflejaba la luna. Su voz grave, calmada, casi litúrgica, se derramó sobre la playa, arrastrada por el viento: —El ciclo se abre... El miedo ya no duerme.

El oleaje, antes manso, comenzó a golpear las rocas con una fuerza repentina, y en la colina, Eugenio sonrió apenas, como quien ve cumplirse una profecía.

“ Si de verdad vale la pena hacer algo, vale la pena hacerlo a toda costa. ”
G.K. Chesterton.

Capítulo 13: Juegos de guerra.

Mañana del Sábado Santo.

A la mañana siguiente dejaron los barrotes de la cárcel por los de la verja de la Hacienda, que crujieron como si lloraran en un idioma oxidado, al ser empujados por las manos de Alejandro. El sonido se extendió por el campo como una grieta en la calma. Los cuatro amigos volvían al lugar donde se gestó la herida original. El corazón podrido del mapa. El útero infame donde todo comenzó y donde, de alguna forma, algo seguía latiendo. El aire

tenía un sabor mineral, agrio, como el aliento de una tumba recién abierta. Un cielo ceniciento se curvaba sobre la colina como una losa suspendida. El camino hacia la casa estaba enmohecido por el rencor. Las piedras parecían haber mutado en pequeños y mudos epitafios.

—¿Te parece que huele... distinto? —preguntó Oliver, con voz ronca de no haber pegado ojo.

—No. —Santos caminaba con las manos en los bolsillos, la mirada clavada en la silueta de la casa—. Huele igual. A culpa. A miedo acumulado. A ese silencio espeso que se adhiere a las paredes como moho. Damián se detuvo un instante y señaló con el mentón la fachada.

—¿Ves esas manchas? No estaban ahí antes. Como si la casa hubiese empezado a sangrar por dentro.

—O a llorar —añadió Alejandro—. Aunque una casa como esta solo llora fuego o sombras.

Los cuatro se acercaron a la entrada. Nadie habló cuando la puerta cedió con un gemido casi humano. Entraron despacio, como si cada uno temiera que el suelo no reconociera ya sus pasos, o que sí lo hiciera y los condenara por ello. Dentro, el tiempo se había coagulado.

El aire era denso, detenido, cargado de partículas invisibles que parecían flotar en suspenso, como si aguardaran algo.

Las habitaciones estaban vacías, pero no silenciosas: el eco de antiguos gritos, llantos y pasos pequeños parecía haberse impregnado en los muros.

En el antiguo salón principal, una lámpara rota colgaba del techo como un esqueleto de araña. Los tapices habían desaparecido. El altar profano estaba desmantelado, pero no limpio: quedaban trazas de sal seca, de cera derretida, de símbolos apenas perceptibles grabados en el suelo. Santos se

agachó junto a uno de ellos.

—Esto no era solo superstición. Aquí hubo geometría del dolor. Arquitectura del rito. Pensamiento oscuro, sistemático.

—No hay nadie —dijo Damián, deslizándose por el pasillo como un espectro—. Ni Eugenio. Ni su madre. Ni los niños.

Oliver pateó una silla carcomida.

—¿Dónde coño están? ¿Cómo desaparece una familia entera? ¡Una puta casa llena de monstruos!

—No eran una familia —dijo Santos con voz pausada y suave—. Eran una célula terrorista. Un nido oscuro del mal. Y han migrado.

Damián lo miró, inquieto.

—¿Emigrado, no? ¿Hacia dónde?

—Buena apreciación. No lo sé. Pero esto no fue un abandono. Fue un éxodo. Ritual. Planeado.

—A ver, se han ido porque estaban acorralados, joder, tanta palabrería, macho. —Dijo Alejandro mirando a Santos con una sonrisa irónica.

Subieron al piso de arriba. Todo estaba cubierto de polvo, pero cada cama estaba perfectamente hecha, como en una maqueta. Sobre una de las almohadas, un mechón de pelo infantil. En la pared, dibujos hechos a carboncillo: niños sin boca, adultos con alas de murciélago, una figura central envuelta en llamas, rodeada por una corona de ojos.

Alejandro se detuvo ante el único espejo intacto.
Se miró y no se reconoció.
O peor: se reconoció demasiado.
Detrás de su reflejo, por un instante, creyó ver a Eugenio.
Pero cuando se volvió, no había nadie.

Bajaron de nuevo al salón.

—¿Y si esto no ha terminado? —dijo Oliver, encendiendo un cigarro con dedos torpes.

—No ha hecho más que empezar —contestó Alejandro.

—¿Y si todo lo que hicimos no sirvió de nada?

—Sirvió para retrasarlo —respondió Damián con amargura—. Lo cual ya es algo. Los demonios no se vencen. Se aplazan. Se cansan.

Santos se acercó a una estantería vacía. Solo un libro quedaba allí. Un cuaderno infantil, de tapas duras, con una etiqueta que decía:
“Clase de 2ºA. Finca Nueva. Curso 1987”

Lo abrió.

Dentro, dibujos.

Todos iguales: una caja. Un pozo. Un fuego. Un niño con los ojos completamente negros.

Y palabras mal escritas, pero claras:
"Él ya sabe hablar"

Santos cerró el cuaderno.
Se giró hacia los otros.
—No están muertos. Ni escondidos. Se están preparando.

En ese momento, Alejandro sintió algo. Un picor en la nuca. Instintivamente, se giró hacia la ventana. Más allá de los cristales rotos, entre los matorrales que rodeaban la Hacienda, algo se movía. Un crujido leve. Una presencia. Un parpadeo de lo imposible.

—Quietos. —susurró.

Los cuatro se acercaron con cautela. Apartaron la cortina raída.
Y allí, entre la maleza, lo vieron.

Un niño. De no más de once años. De pie. Inmóvil.
Ropas oscuras y sucias.
Cabello revuelto.
Y unos ojos imposibles: completamente negros. Sin iris. Sin pupila. Sin alma.

Los miraba sin miedo.
Con una seriedad antigua.
Como si los conociera desde antes de nacer.
Como si supiera algo que ellos aún ignoraban.

Y entonces, el niño sonrió.

Una sonrisa leve.

Matemática.

Precisa.

Como una hoja que se desliza por el cuello del tiempo.

Y desapareció entre los arbustos.

Vélez-Málaga, octubre de 2013

La tormenta había cesado, pero el aire aún olía a ozono y a presagio. Las nubes, pesadas, se arrastraban por el cielo como bestias heridas, cubriendo el sol con su vientre de plomo. El campo que rodeaba la antigua Hacienda, ese paraje inhóspito que nunca terminó de ser domesticado, yacía cubierto de charcos terrosos y matorrales torcidos por el viento. Raquel avanzaba descalza. La bata de hospital, aún húmeda por la tormenta y manchada de sangre seca en los bordes, se pegaba a sus muslos como una segunda piel, tibia y ajena. Caminaba sin prisa, con la mirada clavada en un punto fijo delante de ella, los ojos vacíos, como si su alma se hubiese extraviado horas antes en los pasillos fríos del hospital comarcal. En sus brazos, un recién nacido envuelto en una toalla vieja de color marfil. No lloraba. No se movía. Y sin embargo, no dormía.

Observaba.

Miraba con unos ojos imposibles: completamente negros, como dos pozos de brea. No eran oscuros, eran la negación misma de la luz. No brillaban. No parpadeaban. No pedían nada.

Raquel pensó:

"Esto no es mío. No soy su origen, ni su destino. Fui solo el canal. Fui tierra abierta. Él... era semilla ajena."

El aljibe apareció frente a ella como un monolito enterrado, un ombligo seco en la piel del mundo. En su infancia, los niños solían arrojar piedras allí dentro y contar los segundos hasta que el eco regresara. Ahora, solo ofrecía silencio. Un silencio tan profundo que parecía roer los bordes del tiempo. En voz baja, temblorosa, como si le costara pronunciar cada palabra se repetía a sí misma:

—No eres mío. Nunca lo fuiste.

No hubo respuesta.

Pero el niño siguió mirándola con esa fijeza que no pertenece a la infancia.

Entonces, desde el límite del campo, surgió una figura. Avanzaba lentamente, como arrastrada por el viento.

Era Silvia. Demacrada. Con la ropa sucia, los labios resecaos, los ojos profundamente hundidos. Había envejecido décadas en meses. Parecía un espectro escapado de una pesadilla compartida.

—Lo buscan, Raquel. Ya no puedes esconderlo.

—dijo voz sonaba hueca, como si viniera desde otro tiempo.

—Que lo intenten. Ya no tengo miedo.

—Es tu hijo...

Raquel se volvió hacia ella. Una sonrisa amarga, de esas que no llegan nunca a los ojos, se dibujó en sus labios partidos.

—No, Silvia. No es *mi* hijo. Es *su* hijo. Yo solo fui... tierra. Él, la semilla.

—No parí un niño. Parí una herencia maldita.

Silvia asintió, despacio. En su gesto había algo más que tristeza: había complicidad, desesperanza... resignación.

—¿Sabes que Pilar se marchó? Dicen que está en Valencia. Que no recuerda nada. Ni su embarazo. Ni el parto. Nada.

Raquel la miró por fin. La boca se le torció en una risa rota.

—Ojalá yo pudiera olvidar.

Pero hay cosas que el cuerpo no olvida. Aunque la mente intente borrar.

Entonces, sin previo aviso, el bebé.. sonrió.

Una mueca mínima.

Pero extraña.

No era la sonrisa de un neonato. Era la de alguien que recordaba demasiado.

La de quien contempla el mundo como un objeto que ya ha poseído antes.

Raquel lo abrazó con fuerza, apretándolo contra su pecho con una mezcla de ternura y terror.

Torres de Colón, verano del 90.

La ciudad hervía bajo una luz amarilla, espesa, casi venenosa. Las Torres de Colón, con sus fachadas grises y balcones llenos de toallas, antenas y tendederos, se alzaban como fortalezas baratas, asediadas por el calor. Los coches ardían en los bordes de las aceras y el plástico de los columpios quemaba la piel. El sol lo cubría todo con una pátina sucia, como si el tiempo se hubiera detenido en una postal barata de los noventa. En los descampados entre bloques, donde los matorrales crecidos y las vallas rotas dibujaban un mapa de supervivencia infantil, un grupo de niños se entregaba a la invención de armas improvisadas. No jugaban a vaqueros o indios. Jugaban a la guerra. Jugaban a cazar. Alejandro y Damián, de trece y catorce años, se agachaban sobre una tabla de palé. Con clavos robados del taller de Paco el portero y

gomas de bicicleta cortadas con navajas de feria, ensamblaban una suerte de ballesta torpe pero peligrosa: un cazagatos.

—Si lo clavas aquí, salta más —murmuró Damián, con los dedos sucios de resina y sangre seca.

—¿Y si lo llamamos "cazapájaros"? —sugirió Alejandro, sin levantar la vista.

—O... "cazagatos" —añadió Damián, esbozando una sonrisa torcida.

Ambos rieron.

Una risa hueca. Nerviosa. Inocente en su forma, brutal en su contenido.

A unos metros, Juan y Rita aparecieron mojados de la piscina con sus chanclas y toallas a la espalda. Ambos, mellizos y siempre a la gresca como buenos hermanos. Ella era amable y cariñosa, él decidido y valiente en conseguir algún día tener un grupo que encabezara las Torres de Colón.

—¿Tenéis tabaco? El de mi primo se ha mojado.

—Joder, macho, te vas a morir como el tío Gilito... —dijo Alejandro vehementemente mientras le daba el último que tenía detrás de la oreja. Lucas, con la cara manchada de barro y una sonrisa sin dientes, alzó un globo lleno de un líquido turbio.

—¡Esto es una bomba de peste! —gritó—. Mi hermano, el ligón, dice que huele como los pies de mi padre.

Manu, sentado en una piedra, se partía de risa. Tenía la gorra ladeada y un repertorio interminable de chistes de tetas y culos.

—¡Que alguien avise a los marines! ¡Aquí se está gestando la Tercera Guerra Mundial! —gritó Damián orgulloso de su herramienta. El grupo estalló en carcajadas. La tierra, caliente, crujía bajo sus pies. Las risas eran escudos. Armas también. Pero entonces, Alejandro se quedó en silencio. Sostenía la ballesta en las manos. Observaba el clavo oxidado en el centro. La cuerda de nailon tensada. El ángulo perfecto.

A pocos metros, sobre un alambre oxidado, un gorrión se posaba sin sospecha. Todo estaba preparado. Sus dedos se aflojaron. La ballesta cayó al suelo con un golpe sordo.

Damián lo miró, extrañado.

—¿Qué pasa? ¿No quieres disparar?

Alejandro no respondió. Bajó la mirada. Había visto algo. No en el gorrión. En él mismo.

Algo que no quería ver.

Algo que, muchos años después, recordaría mientras apuntaba con una pistola de verdad.

“ Dame un niño y lo moldearé para cualquier cosa”. B.F. Skinner.

Capítulo 14: Veranos azules.

Vélez-Málaga, bosque junto a la Hacienda. Noche anterior.

La luna apenas asomaba entre las nubes rotas. Un viento helado, antiguo, afilado, casi consciente, recorría el campo. Y en la espesura del bosque, dos figuras pequeñas avanzaban a tientas. Uno jadeaba. El otro, simplemente,

lloraba. Eran los hijos de Silvia y Raquel. Gael e Iker. Los únicos que quedaban del maleficio. Nacidos para hacer justicia por los niños olvidados, sólo querían ser niños. El hijo de Silvia, enjuto, nervioso, lleno de moretones, llevaba una chaqueta vieja dos tallas más grande. El otro parecía salido de otro tiempo: cabello oscuro como hollín, piel pálida, y unos ojos imposibles. Negros. Sin iris. Sin fondo.

—No pares —dijo el mayor, con la voz rota—. Si nos encuentran, nos matan. Como a las niñas...

Pero el más pequeño no contestó.

Solo caminaba. No había emoción en su rostro. Solo un silencio abismal. Detrás de ellos, la sombra de Eugenio y los demás niños ya se cernía. No corría. Nunca corría. Caminaba como si la tierra le cediera el paso. Como si su sola presencia bastara para que el bosque se inclinara hacia él. Llevaba su abrigo de cuero. Y la escopeta al hombro. Tiempo atrás, la Hacienda había sido un santuario para lo impensable. Allí, bajo rituales disfrazados de pedante pedagogía, Eugenio convenció a las madres, Silvia, Raquel, Pilar y Sofía, de que sus hijos no eran un castigo, sino un arma sagrada. Que el dolor que sufrieron había dado fruto a una nueva generación: niños elegidos, puros, nacidos del trauma, moldeados para castigar a otros niños crueles, a los torturadores, a los abusadores. Serían su séquito, su espada.

—Vamos a purificar el mundo, —decía Eugenio en las sesiones—. Niño por niño. Gota por gota. Las madres, rotas, confundidas, heridas, quisieron creerle. Pero Eugenio tenía un problema: no todos los hijos obedecían. Los niños, la hija de Pilar, de ojos grises y voz musical; el hijo de Sofía, con tartamudez de pequeño y pecas en las mejillas, se negaron a lastimar a nadie. Decían que no querían venganza. Que no eran armas. Eugenio decidió dar ejemplo y les hizo matar. Dijo que fue una señal. Que los débiles corrompen el espíritu. Las madres no supieron oponerse. Pilar se lo

creyó a pie juntillas. Sofía tuvo que suicidarse. Raquel y Silvia se replegaron en su dolor, tragándose el odio como si fuera barro. Pero guardaron el plan en secreto: salvar a sus hijos.

Y esa noche, por fin, escapaban.

Los dos niños llegaron a un claro del bosque. El mayor jadeaba, con las manos ensangrentadas por las zarzas. El pequeño se detuvo. Miró al cielo.

—¿Crees que está muerto? —preguntó el mayor.

—¿Quién?

—Dios.

—No. Pero está ciego.

Fue entonces cuando Eugenio apareció.

Como si lo invocaran.

—¿A dónde vais, mis criaturas? —dijo, con voz grave, paternal—. ¿Abandonáis vuestra misión?

El mayor dio un paso atrás. Gritó:

—¡Asesino! Nunca seremos como tú.

Eugenio suspiró. Alzó la escopeta y disparó.

El cuerpo del mayor se arqueó, y cayó como un saco vacío. Un gemido seco. Ni un pájaro se movió. El Niño de Ojos Negros no se inmutó. Lo miró a los ojos.

Y Eugenio vaciló un segundo antes de disparar al otro, pero ya no estaba

Horas después, Eugenio envolvió en plástico el cadáver y lo echó en el maletero de su Land Rover Defender.

Comisaría Provincial de Vélez-Málaga. Sala de entrevistas 4A.

El aire estaba enrarecido, como si los muros hubieran absorbido demasiadas confesiones para seguir siendo neutros. El reloj de la pared marcaba las 3:47 de la madrugada. Silencio de profundidad quirúrgica. Nadie dormía en el edificio.

En la mesa, Silvia, Raquel y Pilar. Tres rostros distintos, pero unidos por un mismo rictus: el del remordimiento innegociable. Frente a ellas, el subinspector Ortega, sin corbata, sin prisa, sin pestañear. Tenía el bloc abierto, la grabadora encendida, y la voz afilada como bisturí.

—Vamos desde el principio —dijo Ortega, sin levantar la mirada—. ¿Cuándo empezó todo?

Raquel fue la primera en hablar. Su voz era grave, áspera, como de garganta raspada por años de silencio:

—En 2009. Nos prometieron una forma de redención... un camino. Eugenio hablaba de un plan para cambiar el mundo. Una especie de justicia paralela. Nosotras... estábamos rotas, cada una a su modo.

Silvia suspiró, cerrando los ojos.

—Éramos vulnerables. Nos dijeron que formaríamos parte de algo grande. Eugenio... él sabía cómo entrar. En la mente. En el cuerpo. En el alma.

Ortega levantó una ceja.

—¿Cómo se formalizó todo eso? ¿Qué querían de vosotras?

Pilar tembló. Su voz era la de un fantasma que aprendió a hablar de nuevo.

—Nos embarazaron. Pero varios años después de nuestro adoctrinamiento. Todos, o casi todos, por el mismo hombre. Ritual, lo llamaban. Hablaban de “semillas justas” para crear un ejército de justicia, para castigar a los que hacían daño a otros niños. Abusadores. Matones. Padres violentos.

—¿Quién era ese hombre, el que las dejó embarazadas, Eugenio? — preguntó Ortega pensativo.

—Eugenio es impotente, es la única posible explicación a su carácter maniático. —él intentó violarnos pero no pudo y años después el hombre que nos violó se parecía, pero no era él.

—Habrá que darle caza también —masculló el subinspector perturbado por la situación.

Raquel murmuró:

—Eugenio decía que el mundo estaba enfermo... y que solo los hijos del dolor sabrían cómo corregirlo.

Silvia asintió con amargura:

—Pero no bastaba con darlos a luz. Él... necesitaba controlarlos. Para imponer su voluntad, mató a dos de ellos.

Ortega alzó la mirada por primera vez.

—¿Cómo? ¿A quiénes?

Pilar no pudo evitarlo. Rompió en llanto. Su voz entrecortada fue un látigo:

—Mi hija. Tenía ocho años. La escuchó decir que no quería obedecerle. Que no quería hacer daño a otros. La mató en mi cara. Y después... Pedro, el de Sofía. No le tembló el pulso. Dijo que era el precio del equilibrio.

Silencio. Ortega tragó saliva y anotó sin pestañear.

—¿Y los demás niños?

Silvia respondió con la voz hueca:

—Fueron criados en la Hacienda, aislados. Eran ocho. Los llamaban los Ocho Justos.

—¿Y el niño que ha escapado?

—Es el hijo de Raquel, estoy segura —dijo Silvia, mirando a su amiga—. El de los ojos negros. Desde pequeño supimos que era distinto.

Raquel bajó la cabeza, como si la sombra del niño la observara incluso desde la memoria.

—No habla mucho. Pero lo entiende todo. Y no siente miedo. Ni dolor. A veces pienso que no es humano del todo. Pero... es mío. Aunque yo no lo haya elegido.

Ortega cerró el cuaderno.

—¿Y por qué me lo cuentan ahora?

Pilar levantó la cabeza, los ojos rojos pero firmes.

—Porque se ha soltado. Porque Eugenio ya no los controla. Porque lo que venga ahora... será peor.

Silvia completó:

—Y porque el que ha escapado... no va a esconderse. Ha visto la muerte, ha olido la traición. Ahora es libre. Y no sabemos qué parte de él era semilla... y qué parte era tierra.

Ortega se quedó inmóvil. Respiró hondo.

—¿Creen que puede matar?

Raquel, sin titubear:

—No lo sabemos, lo que sí sabemos es que Eugenio ya ha destruido su vida. Ojalá lo encuentren sano y salvo. Pero tengan cuidado, tiene sembrada la semilla del mal en su interior.

Torres de Colón, verano de 1992

El terral de poniente subía los termómetros más de diez grados con respecto a días anteriores y se respiraba como vapor desde las losetas calientes. Las chicharras vibraban en los pinos que rodeaban la urbanización, componiendo una sinfonía monótona y eterna. En el césped de la piscina, bajo la sombra rugosa del árbol del amor, un grupo de niños jugaba al Tapé, una invención suya, mezcla de cartas, reflejos y golpes rápidos sobre la mano del otro.

—¡Tapé! —gritó Rita, estampando su palma contra la baraja improvisada.

—¡Eh, trampa! ¡Aún no se había dado la vuelta a la carta! —saltó Damián, señalándola con un dedo casi teatral.

—¡Pero se veía clarísimo! Dos reyes. Venga ya. Eso cuenta.

Alejandro, con su bañador rojo y amarillo hasta las rodillas y su fluflú para echarse aceite y ponerse, si cabe, más moreno y con el flequillo impecable, engominado hacia atrás, recogía las cartas con una parsimonia hecha a conciencia.

—El Tapé tiene normas. O respetamos el orden, o esto se convierte en una jungla —dijo sin levantar la vista.

—¡Tío, eres el notario de este grupo! —se burló Manu, con su gorra ladeada y un chicle inflado entre los labios—. Venga ya, no te tomes tan en serio unas cartas dibujadas a boli. Alexandra, sentada con las piernas cruzadas sobre una toalla, apuntó:

—Alejandro tiene razón. Lo divertido es ganar bien. Como en la vida.

—¿En la vida? —Juan, tumbado de espaldas, giró la cabeza—. En la vida gana el que tiene más cara y menos vergüenza. Y si no, que me lo digan a mí: sin paga, sin tabaco, y aún así sobrevivo. Santos, que hasta entonces había estado repartiendo las cartas con precisión quirúrgica, levantó una ceja.

—Sobrevives a costa nuestra, querrás decir. Ayer me quitaste medio paquete de chicles.

—Me lo diste por compasión.

—¡Lo robaste mientras me ataba los cordones, sinvergüenza!

Manu, muerto de la risa, intervino:

—Tú dile que es Robin Hood y que roba para los pobres, verás cómo se viene arriba. Rita le lanzó una mirada entre divertida y molesta:

—Juan, ¿quieres dejar de gorronear? Hasta el bocata de nocilla de Santos te lo has comido ya.

—¡Eh! ¡Un mordisquito, sólo! Santos tiene para alimentar a un colegio entero. Santos frunció el ceño y escondió el bocadillo que aún le quedaba bajo la camiseta como un tesoro.

—A ver si aprendes a traer lo tuyo. Y a pagar, que ya tienes edad para no vivir del cuento —dijo Damián haciendo de jefe de la manada.

—¿Edad? ¡Pero si somos niños!

—Pues empieza a comportarte como uno y deja de pedir cigarrillos cada diez

minutos —saltó Alejandro, con tono paternalista.

Juan, ofendido, se incorporó:

—Un cigarrito no hace daño a nadie. Además, fumo solo por rebeldía.

—Sí, claro. Y comes por revolución proletaria —ironizó Alejandro. Las risas explotaron. Santos se levantó, sacudiéndose las migas del pantalón.

—Yo voy al kiosko de Roberta. ¿Alguien quiere algo? Juan alzó el dedo sin dudar.

—Yo quiero un Donut, un Flash de cola y lo que te sobre de calderilla.

—Pero si no me das nada, ¿cómo voy a tener calderilla?

—La fe mueve montañas, amigo.

Manu, riendo, gritó mientras Santos se alejaba hacia el seto:

—¡Cuidado con Paco! Que como te vea cruzar por los matorrales, te mete una bronca de las tuyas. Y como invocado por su nombre, Paco el portero asomó la cabeza por detrás del seto con su sempiterna camisa de rayas manchada de grasa y un cigarro apagado colgando del labio.

—¡Eh! ¡No se pasa por ahí, Santos! ¿Cuántas veces lo tengo que decir? Santos ni se giró. Solo levantó la mano en señal de paz y siguió su atajo. Juan se recostó de nuevo, mirando al cielo.

—Yo no sé cómo vamos a vivir en un mundo lleno de Pacos. Hacen cumplir reglas

absurdas con pasión religiosa. Manu le lanzó una pelota a la barriga.

—Menos poesía y más jugar. Venga, nueva ronda. Y esta vez, nada de trampas. Rita ya tenía las cartas listas. Alexandra sonreía, relajada, observando como si todo fuera una obra de teatro escrita solo para ellos. Alejandro, silencioso, miraba su reflejo distorsionado en el plástico de una botella vacía. A lo lejos, las voces de niños en la piscina. El olor a cloro. El verano entero suspendido en un instante perfecto. Y entonces, sin que ninguno lo advirtiera, alguien más llegó. Desde la verja trasera, caminando con pasos tranquilos, Eugenio, un niño fuerte, alto, pálido y con mirada ausente, observaba la escena con su chubasquero amarillo cubriéndole el cuerpo. Iba de la mano de su madre, una mujer alta, de rostro inexpresivo y cabello blanco. Ella no hablaba. Él tampoco. Se quedaron al borde de la piscina, entre los setos y el sol, mirando cómo reían los demás. Cómo jugaban, se empujaban, se insultaban con ternura. Cómo eran felices. Ninguno de los niños notó su presencia. Eugenio los miraba como se mira un cuadro ajeno. Inaccesible. Silencioso. Y la madre, con los ojos fijos en el árbol del amor, apretó su mano con fuerza.

“El mal ético por excelencia es el asesinato”. Gustavo Bueno.

Capítulo 15: Policías y ladrones.

Sábado Santo por la mañana, después de registrar la Hacienda de Eugenio.

La madrugada, en lo alto del cerro, se fundía como cristal fulgurante derretido en fuego, tiñendo el horizonte de un rojo herrumbroso que no anunciaba salvación, sino eco. El aire olía a óxido, a piedra caliente y a un sudor seco, rancio, que parecía emanar del propio suelo. La Hacienda, con sus muros ennegrecidos y sus ventanas vacías, seguía siendo un escenario de horror pero también de ausencia, donde la nada fluía como un torrente de

sangre. Las paredes se habían tragado los gritos, y ahora sólo devolvían silencio. Los cuatro amigos caminaban entre las ruinas del jardín seco. Los arbustos crujían como huesos bajo los pies. El silencio, casi sagrado, sólo se rompía con los ecos de su respiración. Sus sombras se alargaban grotescas sobre la tierra rota, como si quisieran escapar de sus cuerpos.

—Está vacía —dijo Oliver, deteniéndose junto a una estatua rota de San Sebastián, cuyas flechas habían sido arrancadas y cuyos ojos parecían implorar desde la piedra erosionada. Completamente vacía. No han dejado ni una manta. Ni un cuenco.

—Como si supieran que veníamos —murmuró Damián, ajustándose la mochila con la espalda rígida.

—O como si quisieran que viniéramos —añadió Santos, más para sí que para los otros, mientras acariciaba el anillo oxidado que llevaba colgado del cuello desde los trece años.

Alejandro no dijo nada. Sus pupilas eran dos esquirlas de tensión clavadas en el paisaje. Miraba los árboles. El seto al este. El pozo al fondo.

Fue entonces cuando lo vio.

—Quietos. Ahí hay algo —susurró, levantando la mano como un centinela en alerta. Todos se giraron al mismo tiempo. En mitad de los matorrales, a escasos diez metros, dos ojos negros como tinta hervida los observaban con la frialdad de quien ya ha visto todo y no espera nada. Un niño. Delgado. Mugriento. Con la camiseta rasgada y los labios agrietados.

No tenía miedo. Ni esperanza. Sólo presencia.

—No os acerquéis demasiado —dijo Santos en voz baja—. Tiene... algo.

—¿Algo? —preguntó Damián, frunciendo el ceño—. ¿Cómo qué?

—No sé... como si supiera más que nosotros.

El niño no se movía. Sus ojos no pestañeaban. No era mirada: era interrogación permanente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Oliver, dando un paso adelante, con las manos visibles.

—Iker, pero nunca nadie me llamó así —respondió el niño, con una voz tan serena que resultaba antinatural—. Sólo tenía un número. Era el siete. Pero ya no lo soy. Ahora soy lo que queda.

—¿Dónde están los demás? ¿Dónde está Eugenio? —insistió Alejandro.

—Se fueron hace tres noches. Subieron al norte.

—¿Y tú? ¿Por qué no estás con ellos?

—Porque huí. Con otro niño. El cinco.

—¿Y dónde está él? —preguntó Damián, cada vez más tenso, agachándose a la altura del niño, que seguía inmóvil, con la tierra pegada a las uñas y los pies desnudos.

—¿Nos puedes llevar? —dijo, Santos, con voz suave pero firme—. ¿Puedes mostrarnos dónde está el otro niño?

El niño asintió sin emoción.

—No está aquí —murmuró—. Eugenio no lo dejó en el campo. Dijo que este lugar ya había absorbido demasiada muerte.

—¿Entonces? —preguntó Damián, adelantándose, tenso.

—Está en las Torres de Colón.

Los cuatro amigos se miraron. Alejandro entrecerró los ojos.

—¿Las nuestras?

—Torre dos. Piso diez. Hay un cuarto pequeño. Cerrado con candado. Nadie entra nunca.

—¿El de los contadores del ascensor? —preguntó Santos, incrédulo.

El niño asintió lentamente.

—Allí está. Lo llevó de noche. Yo lo seguí. No me vio. Lo metió dentro, abrió el suelo con una maza y echó cal. Dijo que los muertos que no

merecen entierro deben quedar cerca de donde fueron creados.

Oliver retrocedió un paso, como si la idea le provocara vértigo.

—¿Cómo coño nadie ha notado eso? —dijo, con la voz rasgada.

—Porque ese cuarto siempre estuvo cerrado. Hasta los técnicos lo evitaban. Decían que se oían cosas. —El niño miró a Santos—. Vosotros jugabais cerca, ¿no?

Santos tragó saliva.

—Sí... justo al lado. Donde repartíamos las cartas para jugar a la brisca o al tapé. Donde Paco el portero nos regañaba por colarnos entre los setos.

—Allí está él. El cinco. Aún con su camiseta roja. Aún con los ojos abiertos. Un silencio grueso como el plomo cayó sobre el grupo. El niño levantó la vista, y por primera vez, la luz de la mañana le cruzó el rostro. Estaba marcado. No por cicatrices visibles, sino por un conocimiento atroz.

—Eugenio dijo que cada muerte era un sello. Que con cinco sellos, podría abrir el ciclo.

—¿Qué ciclo? —susurró Alejandro.

—El de los hijos del dolor. Los que deben limpiar el mundo de los que

dañan a los suyos. A nosotros.

—¿Y tú creías eso?

—Nos convenció de que tenía poderes —respondió el niño sin dudar—. Nos decía que podía oírnos desde cualquier parte. Que si hablábamos mal de él, si dudábamos, los sueños se volverían contra nosotros.

—¿Y era cierto? —preguntó Oliver, escéptico. El niño los observó detenidamente.

—Yo lo intenté. Un día. Pensé contra él. Lo maldije en silencio.

—¿Y qué ocurrió?

—Al día siguiente, apareció en mi cuarto sin abrir la puerta. Sin hacer ruido. Me miró, y dijo: “Sé lo que soñaste.”

Todos tragarón saliva.

—Podía estar en dos lugares a la vez —añadió el niño en voz baja—. Lo vi. Lo juro. Lo vi hablando con nosotros y al mismo tiempo subiendo al aljibe. Era como si pudiera doblarse... como si fuera más de uno.

Santos sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Y tú qué crees? ¿Tenía poderes?

El niño negó con la cabeza.

—Ahora sé que no. Que todo era miedo. Que nos lo metió dentro. Que nos hizo verlo donde no estaba. Pero cuando vives así... ya no sabes qué es real y qué no.

—¿Dónde está ahora?

—A una hora de aquí. En una nave industrial, en el pueblo de Dílar, Granada. Está en ruinas. Pero por dentro... por dentro arde.

—¿Y por qué nos ayudas? —preguntó Alejandro.

El niño lo miró con gravedad.

—Porque si no les detenéis... ellos no lo harán nunca. Porque este era como mi hermano. Y ahora no tiene ni tumba ni nombre. Solo barro y olvido. Oliver se arrodilló. Le puso una mano en el hombro. El niño no se apartó.

—Eres valiente. Tranquilo, ya estás a salvo.

—Ahora sí —dijo, rompiendo a llorar y abrazándose fuertemente a él.

Justo después se quitó la camiseta llena de barro.

—Lo tengo grabado en la piel.

En su pecho, cicatrices antiguas, como rutas talladas con cuchilla. Era un mapa. Un testimonio. Un grito silencioso.

Y entonces, en el silencio final, el niño murmuró algo que quedó flotando en el aire como presagio:

—Él ya sabe que venís. Tened cuidado, parece un fantasma... pero se le puede matar.

Y por primera vez... sonrió.

El sol caía a plomo sobre el cemento agrietado y las piedras sucias blanquiazules del aparcamiento de las Torres de Colón. Eran las seis de la tarde de un agosto pegajoso y rubio. En el centro del recinto, donde el calor rebotaba como una maldición, los dos grupos se encaraban, formando un círculo irregular de camisetas sudadas, chanclas rotas y rodillas llenas de costras.

—A ver, gilipollas, hoy ganamos nosotros —gritó Damián, con el pecho inflado como un gallo de pelea. Llevaba una camiseta del Unicaja rota por el cuello y un palo de escoba como si fuera una espada.

Alejandro y Oliver se reían a su lado. Nico y Lucas daban vueltas como hienas nerviosas. Fran masticaba chicle con la boca abierta.

—Los buenos somos nosotros, aunque estemos hasta los huevos de serlo —dijo Manu, dando una patada a una piedra.

—Tú lo que estás es hasta los huevos de perder siempre, payaso —se burló Fran.

Noé, Josué, Juan, Charly y Santos formaban el grupo contrario. Llevaban brazaletes hechos con cintas de zapatillas para distinguirse como “los polis”. Juan ya había pedido tabaco dos veces y un flash sabor cola.

—Charly, dile algo a estos mataos, que se creen los dueños del barrio —dijo Josué, cruzándose de brazos.

—Hoy vais a besar el árbol, ratas —espetó Charly, señalando el árbol de la guerra, donde colgaba una cuerda raída lista para atar al primer “ladrón” pillado.

Santos, de brazos cruzados, se había quedado callado.

—Santos, tío, ¿vas a jugar o qué? —le preguntó Manu.

—Es que me jode que siempre seamos los buenos, ¡coño!

—Eso. Yo quiero ser malo —saltó Manu, aprovechando la ocasión.

—¿Qué pasa, que os mola el rollo de pegar y robar? —bromeó Juan cogiendo por la nuca a Santos.

—No, pero los polis somos unos pringaos. Ni tabaco, ni respeto, ni hostias. Somos los tontos del barrio.

Damián sonrió y alzó el palo como un cetro.

—Si os pasáis a nuestro bando, os dejamos llevar las esposas de mentira y guardar los cigarros.

Juan se acercó y dijo:

—Dejadlos, si van a cambiar de bando que sea por pasta. Yo solo cambio si me dais veinte duros y un bocadillo de nocilla.

Santos sacó medio bocadillo de nocilla envuelto en servilleta y se lo pasó a Manu.

—¿Esto sirve como soborno?

—Sirve para que no me raje contigo —dijo Manu entre risas, mientras le daba un mordisco.

—Vale, venga, a jugar ya, que se va la luz —gritó Charly.

Empezó la carrera. Los ladrones corrieron por la urbanización, escondiéndose detrás de los contenedores, los setos y el muro que separaba las Torres de los marengos. Los policías salieron tras ellos, chillando, saltando, empujándose. El polvo se levantaba como humo de batalla.

Unos minutos después, Lucas fue capturado y atado al árbol del de la guerra con una cuerda deshilachada.

—No me dejéis aquí, cabrones, que pican las hormigas —gritaba.

Desde la esquina del jardín de la piscina, una figura pequeña y silenciosa apareció. Un niño de pelo oscuro, ojos quietos, y un chubasquero amarillo abrochado hasta el cuello. Caminaba con su madre, que llevaba un vestido negro y una bolsa de tela.

Se detuvieron junto a la valla. El niño observaba. La risa de los demás no le afectaba. No se movía. No hablaba.

Nadie reparó en él. Nadie supo jamás cuánto observó. Ni cuánto recordó.

El aire de la mañana del Sábado Santo era fresco, casi demasiado limpio para el barro moral que impregnaba todo lo que tocaban esos días. Ortega llegó a la Hacienda en su Citroen de la policía gris, solo, con la chaqueta arrugada y los ojos cargados de insomnio. Cuando cruzó la verja oxidada, los vio a los cuatro: Alejandro, Santos, Damián y Oliver. Junto a ellos, de pie, el niño de los ojos negros. El niño no habló mucho, solo lo justo. Caminó hacia Ortega y, sin alzar la voz, dijo: —Gracias por no dejarme solo. Ortega asintió con gravedad y le abrió la puerta del vehículo. El niño subió sin mirar atrás. Mientras el motor rugía y las ruedas levantaban polvo del camino, Ortega pensaba en lo que ese pequeño había visto. O en lo que quizás era. Al fondo, los cuatro amigos se quedaron en silencio. Damián fue el primero en romperlo:

—No podemos esperar más. Esta noche, entramos. Oliver sacó un cuaderno del bolsillo trasero y lo abrió sobre el capó del coche de Damián, garabateando esquemas con un rotulador rojo.

—Según las indicaciones del niño, la nave industrial está justo aquí, cerca del río Dilar.

—Y tiene acceso por dos lados —añadió Alejandro—. Uno por la rambla y otro por un camino forestal abandonado. Podríamos dividirnos. Damián abrió el maletero del coche. Había dentro una caja con cables, linternas, cinta americana, una navaja multiusos, clavos oxidados, una barra de hierro y una garrafa de gasolina a medio usar.

—Esto parece el taller de MacGyver con resaca —bromeó, y luego, más serio—. Nos jugamos mucho. Pero si hay más niños...

—No podemos fallar —dijo Santos.

Pasaron la tarde escondidos en un cobertizo de obra a las afueras de la urbanización, organizando el equipo, preparando rutas de escape, y elaborando códigos de comunicación por señas. Mientras tanto, Ortega conducía hacia el centro de menores. El niño dormía en el asiento trasero, envuelto en una manta térmica. Cuando llegaron al cruce de la antigua vía del tranvía, el comisario frenó en seco. En medio de los railes, yacía un cuerpo. Pequeño. En posición fetal. Sin zapatos. Con un chubasquero amarillo. Ortega salió del coche. Caminó despacio. El rostro del niño no tenía heridas visibles. Pero estaba muerto. Las manos unidas como en rezo. Los ojos, abiertos de par en par. Desde el coche, el niño de los ojos negros abrió los suyos. No lloró. No habló. Pero en su rostro vislumbró otra vez miedo, y se escapó. Mientras, el cielo se ennegrecía sobre Vélez-Málaga. Y la noche del Sábado Santo prometía sangre.

“El mal es la ausencia del bien”. San Agustín.

Capítulo 16: Nave maldita.

Noche del Sábado Santo.

El cielo, teñido de un naranja mortecino, se derramaba sobre los campos resecos junto a la Hacienda de Eugenio. El aire olía a humedad vieja y a incienso lejano, arrastrado por las procesiones del Sábado Santo. Santos se mantenía de pie, con los hombros rígidos, mientras veía a Ortega avanzar hacia él con paso rápido y el ceño fruncido.

—Ha vuelto a pasar —dijo Ortega, sin siquiera saludar desatando su rabia—. Otro cadáver. Chubasquero amarillo. Igual que el primero, y que el segundo, igual que en el intento de secuestro, ¡me cago en la puta hostia! Y encima se ha escapado el niño. Santos sintió cómo algo se contraía en su estómago, pero su rostro siguió impassible.

—Escucha bien, Santos —prosiguió Ortega, mirándolo fijo—. Si no me dicen todo lo que saben, tú y tus amigos volverán a la cárcel. No me importa quién caiga por el camino.

El viento se coló entre los cipreses que flanqueaban el camino a la hacienda. Santos tragó saliva recordando las palabras de Iker. —Eugenio está en una nave industrial abandonada... en Dílar, Granada. Ortega anotó algo en su libreta y chasqueó la lengua.

—Bien. Ya tengo lo que necesito. Ahora, los cuatro... a casa. No se muevan. Quiero tenerlos localizados. ¿Entendido? Los amigos asintieron con docilidad, fingiendo acatar la orden. Ortega se alejó con paso decidido, perdiéndose entre las sombras que comenzaban a alargarse. Cuando el

inspector ya estaba fuera de oído, Oliver dejó escapar un suspiro y murmuró:

—¿De verdad vamos a quedarnos quietos?

—Y una polla como una olla —balbuceó Damián en silencio. Alejandro miró el horizonte, donde la luz del día se extinguía lentamente. En su mente, la imagen de la nave en Dílar se dibujaba con claridad.

—Claro que no —dijo, con una media sonrisa que no alcanzaba los ojos—. Esta noche entramos, por mi oreja.

—Yo no estoy tan seguro, chicos —dijo Santos mirándoles fijamente. Creo que estoy enfermando.

—Eso es tu hipocondría, —dijo Oliver agarrándole por la cintura. No te preocupes, nosotros nos encargamos, como siempre hemos hecho. El tañido lejano de una campana marcó la hora. El Sábado Santo se hundía en la noche, y con él, cualquier esperanza de que las cosas terminaran bien.

El sol se derramaba sobre Las Torres de Colón como si Dios hubiera volcado un cubo de luz dorada desde el firmamento. La piscina chica olía a cloro, crema solar y risas de críos. En un banco, junto al agua, Manu, Juan, Lucas, Nico, Alejandro, Santos, Jaime y Damián devoraban chocolatinas y botellas de Coca-Cola. Las envolturas brillaban como trofeos.

—Tío, esto es gloria bendita —dijo Manu, con la boca llena y los dedos manchados de chocolate.

—Gloria bendita, mis cojones —replicó Juan—. Esto es porque hemos sido unos cracks.

—Sí, cracks robando cascos del súper —se rió Nico, levantando su botella como si fuera un brindis—. ¡A por los cinco duros más fáciles de la historia!

—Bueno, fáciles... —bufó Lucas—. Casi nos pilla el viejo del almacén.

—¡Pero no nos pilló! —dijo Alejandro, dándole una palmada en la espalda—. Y encima comemos gratis.

Santos, con una chocolatina a medio terminar, sonrió:

—Gratis, gratis... si contamos las hostias que nos darían nuestras madres si se enteran, esto nos sale carísimo.

—¡Que no se van a enterar, coño! —soltó Jaime, mordiéndole un extremo a la chocolatina de Damián, que pegó un grito.

—¡Eh, capullo, esa era mía! —protestó Damián, empujándolo.

—Calla, que la has dejado derretir —le respondió Jaime con media sonrisa burlona.

Kake y Kike, con un par de mordiscos rápidos, ya estaban de pie.

—Vosotros seguid engordando, que nosotros vamos a hacer deporte —dijo Kake, sacando pecho.

—Sí, deporte mis pelotas, eso no sirve para nada, es malo para la salud del adolescente —gritó Nico mientras ellos corrían hacia el césped del árbol de la guerra con su balón y sus abdominales.

—¡Y os vais a comer una hostia cuando se os caiga en la piscina! —añadió Juan, a carcajadas mientras intentaba quitarles el balón para tirarlo a la misma.

Cuando la última gota de Coca-Cola se acabó, alguien propuso:

—A la piscina chica, iremolino!

Entraron como una manada. Rodearon a Lucas, lo alzaron como si fuera un muñeco de trapo y empezaron a menearlo hacia arriba y hacia abajo del agua formando un montón de olas como comienzo de un ritual repetido cada verano. A continuación empezaron a girar, chapoteando y empujando el agua con fuerza. Las olas chocaban contra los bordes, y Lucas gritaba entre risas y salpicones:

—¡Me vais a ahogar, cabrones!
—¡Cállate y flota! —gritó Alejandro.

Desde la tarima, el socorrista Jorge se levantó, cruzado de brazos.
—¡Eh, panda de salvajes! ¡Se acabó el puto circo! —rugió.
—¡Venga, Jorge, que esto es cardio! —bromeó Santos, pero apenas tuvo tiempo de reírse: Jorge se lanzó al agua de un salto, provocando una ola que los cubrió a todos.

—¡Al abordaaaje! —gritó Jorge, vapuleándolos entre empujones y revolcones hasta que salieron como podían hacia el borde, riendo y tosiendo.
—¡Abuso de autoridad, cabrón! —le gritó Manu mientras se agarraba a la escalera.

En ese momento, Alejandro, con el pelo pegado a la cara, vio a los mondongos, como él los llamaba desde que un día ellos quisieron hacerse amigos del grupo pidiéndole prestada su bicicleta. Eran tres hermanos, considerados raros por el resto del grupo, que iban con sus sombrillas y toallas corriendo hacia la verja trasera que daba a la playa.
—¡Me dea la bissiqueetaaa, mondongo cabronazo! —vociferó, saltando fuera de la piscina y persiguiéndolos mientras corrían asustados echándoles agua a presión con una pistola de V.

En el banco junto a la piscina grande, Delia, Alexandra, Saray y Rita observaban la escena como quien mira un documental de animales salvajes. Delia dio una calada a su cigarro negro y sonrió.
—Mira que son tontos, tía.
—Tontos y feos —añadió Saray.
—Bueno, feos... —intervino Rita—. El Damián no está tan mal.
—¡Puaaj, qué dices! —se rió Alexandra—. Si parecen todos gremlins recién mojados.

Mientras tanto, desde la terraza, la voz de la madre de Santos cortó el aire:
—¡Saaantos! ¡Sube ahora mismo! ¡Y no vengas chorreando!

—¡Que no estoy chorreando! —mintió él, mientras el agua le goteaba por los codos.

En el rellano de la Torre 1, los padres de Santos y Alejandro jugaban al dominó con otros especímenes del mundo adulto. El chasquido seco de las fichas acompañaba las risas graves y las discusiones por las jugadas.

—No cuentes que te estoy viendo —dijo el padre de Alejandro, sonriendo.

—Cómo voy a contar si apenas veo bien, no serás tú quién hace trampa —respondió el de Santos, con media ceja levantada.

—Aquí el único que cuenta es tu hijo Santos, que viene a quitarte otros veinte duros —intervino uno de los vecinos, y todos estallaron a carcajadas. El sol seguía bajando despacio, y la tarde olía a sal, cloro y travesuras. Los gritos de los niños, el chasquido de las fichas de dominó, el humo del cigarro negro y el eco de las olas se mezclaban en un murmullo que parecía eterno. Santos, sentado en el borde de la piscina con los pies dentro, miraba a sus amigos empapados, a Jorge aún riéndose y al cielo que cambiaba de dorado a violeta. Nunca pensó que esas tardes se acabarían. Ni que algún día los mismos rostros estarían sentados frente a él, más viejos, más cansados... y con demasiadas cosas que contar, y puede que callar.

—Eh, Santos, ¿en qué coño piensas? —le gritó Alejandro desde el agua.

—En que algún día nos vamos a meter en un lío gordo... —contestó con media sonrisa.

—Pues ese día, que nos pille con Coca-Cola y chocolatinas —remató Manu, y todos rieron.

El recuerdo se diluyó como espuma, y la luz del atardecer volvió a ser la de otro tiempo. El eco de esas risas quedó atrás, sustituido por el peso de lo que estaba por venir. El Golf rojo descolorido de Damián rugió débilmente al arrancar. La pintura estaba arañada por mil batallas pasadas, el salpicadero lucía una grieta que parecía un relámpago seco, y el interior olía a un cóctel agrio de gasolina, humo del tabaco rubio y ambientador de pino barato. Oliver, en el asiento del copiloto, tenía los pies sobre el salpicadero como si aquello fuera un viaje de domingo. Santos y Alejandro iban atrás,

encajados como piezas sobrantes en un maletero, sintiendo cada bache en la espalda.

La carretera hacia Dílar se extendía oscura, retorciéndose como una serpiente dormida. Solo el haz amarillento de los faros cortaba la negrura, dibujando curvas que parecían tragarlos en un túnel sin fin. Durante unos minutos reinó un silencio pesado, hasta que Alejandro habló, como si necesitara expulsar un pensamiento que lo roía.

—¿Sabéis? Siempre he pensado que la vida es como conducir de noche... ves un poco más allá de donde están las luces, y todo lo demás es oscuridad.

Oliver lo miró de reojo y resopló.

—Joder, qué poético. ¿Y la muerte?

—La muerte es cuando se apagan las luces —respondió Alejandro, sin apartar la vista del cristal, donde su reflejo parecía un extraño.

Santos tragó saliva, y su voz se quebró.

—La muerte es cuando las luces siguen encendidas, pero tú no estás al volante. Dormir sin soñar.

—No me jodas, tío, que me estáis rayando —cortó Damián, intentando sonreír—. La muerte es quedarse sin gasolina en mitad de un puto desierto. Oliver sonrió de medio lado.

—Pues hoy vamos directos al desierto, ¿no?

—Hoy vamos a encender las luces hasta el final —sentenció Alejandro.

El Golf abandonó el asfalto y se internó en un camino de tierra. El traqueteo hizo que las linternas y las cuerdas de la mochila tintinearan en el maletero, como huesos en un saco. A lo lejos, recortada contra una luna turbia, la silueta de la nave industrial emergía como un gigante dormido, pero vigilante a su vez.

—Ahí está... —murmuró Santos, sintiendo un nudo helado en el estómago —. ¿Y si no salimos?

—Entonces que nos entierren aquí mismo —dijo Oliver, sin rastro de ironía.

Damián apagó el motor. El silencio posterior no fue ausencia de sonido: era un silencio que respiraba, que acechaba. Las puertas se abrieron con un crujido metálico, y el aire frío les cortó las mejillas. Se colgaron las mochilas y caminaron hacia la verja oxidada, dejando atrás el mundo conocido.

La nave se alzaba ante ellos, inmensa, cubierta de placas de chapa que gemían con cada ráfaga de viento, como un animal herido. El olor era una mezcla de óxido, humedad y algo más... algo que no querían identificar. Bajo la luz temblorosa de sus linternas, las sombras se estiraban, retorcidas, como si quisieran tocarles los tobillos.

—Última oportunidad para echarse atrás —murmuró Santos.

—No hay marcha atrás —dijo Alejandro, ajustando la linterna a su muñeca—. No esta vez.

Avanzaron, esquivando montones de chatarra y maderas podridas. La luz oscilante proyectaba figuras que parecían moverse por sí mismas. De pronto, Oliver se detuvo en seco.

—Eh... decidme que eso ha sido un reflejo.

A unos veinte metros, bajo una bombilla desnuda que chisporroteaba, estaba Eugenio. Quieto. Mirándolos, con las manos cruzadas detrás de la espalda.

—Ahí está —dijo Damián, apretando la mandíbula.

Dieron un paso... y una voz idéntica a la de Eugenio resonó detrás de ellos:

—¿A dónde creéis que vais?

Se giraron. En lo alto de una pasarela metálica, iluminado desde abajo, otro Eugenio. Sonriente. El primero seguía delante, idéntico. Santos sintió que el aire se le atragantaba.

—No puede ser... —susurró Oliver—. No puede haber dos...

El Eugenio de arriba se inclinó.

—¿No podéis elegir? —preguntó burlón—. Yo puedo decidir por vosotros.

Entonces, una tercera figura mucho más menuda cruzó corriendo un pasillo lateral. La luz parpadeó, y de pronto hubo pasos en todas direcciones, respiraciones que no les pertenecían, ecos de risas deformadas. Damián giró sobre sí mismo y vio fugazmente a Eugenio reflejado en un cristal... pero al volver a mirar, ya no estaba.

—¡Atentos! —gritó Alejandro.

Demasiado tarde: el suelo bajo Oliver cedió. Una trampilla disfrazada de tablas podridas se abrió, y una red de cuerda gruesa se disparó hacia arriba, atrapándolo y elevándolo con un crujido de poleas. Quedó colgando a seis metros, balanceándose sobre la nada.

—¡Bajadme, joder! —pataleó Oliver.

Damián corrió hacia él, pero un chasquido eléctrico iluminó las barandillas de los pasillos con un destello azul. La descarga lo hizo gritar y caer de rodillas. Santos dio un paso atrás... y algo frío se cerró sobre su tobillo: un lazo de cable que tiró de él hacia un pasillo angosto. Fue arrastrado a golpes contra las paredes, mientras la risa de Eugenio resonaba desde todos los rincones.

Desde el techo, una cadena se soltó y liberó una lluvia de bidones llenos de chatarra. Alejandro esquivó dos, pero el tercero lo golpeó en el costado, lanzándolo contra un contenedor. El estruendo fue tan fuerte que las vigas vibraron.

—¡Pensad, pensad! —gritó Alejandro, medio aturdido—. ¡Cortad las cuerdas de Oliver! ¡Usad las linternas en las vigas, buscad los anclajes!

Pero la luz parpadeó de nuevo, y en ese destello Alejandro vio algo imposible: ambos Eugenios, en diferentes puntos, observándolos, asintiendo entre ellos como si fueran piezas de un plan que ya estaba escrito.

Santos fue arrastrado hasta una trampilla abierta. Un tobogán de chapa oxidada lo engulló en la oscuridad, gritando y rebotando en las paredes hasta perderse. Oliver se balanceaba cada vez más alto, intentando alcanzar con los pies un travesaño. Damián, temblando, buscaba desesperado en su mochila algo afilado. Alejandro giró sobre sí mismo, linterna en mano, intentando anticipar la siguiente trampa... pero todo lo que encontró fue otra sombra de Eugenio, inmóvil, justo detrás de él. Santos descendía a toda velocidad por el tobogán de chapa oxidada. El metal frío raspaba su ropa y le arrancaba chispas de dolor en los codos. El chirrido agudo del deslizamiento le taladraba los oídos. La pendiente se retorció como una serpiente, lanzándolo a ciegas en giros y caídas. A cada curva, sentía que podía romperse el cuello. La oscuridad era total, salvo por algún destello fugaz de luz roja filtrándose por rendijas en la chapa.

De pronto, el tobogán se abrió en una caída libre y Santos impactó contra un colchón empapado que olía a moho y sangre seca. El aire se le escapó de los pulmones. Se incorporó como pudo, jadeando. Estaba en una sala baja, iluminada por un solo tubo fluorescente que parpadeaba a intervalos. Las

paredes, de bloques húmedos, estaban cubiertas con dibujos infantiles de Eugenio.

Una risa suave y pegajosa resonó por encima de él. Levantó la mirada. En lo alto de una rejilla oxidada, otro Eugenio lo observaba, ladeando la cabeza como un cuervo curioso.

—Bienvenido a la planta baja —susurró, y luego desapareció entre las sombras.

Arriba, Oliver seguía colgando de la red, balanceándose como un pez atrapado. Damián, aún temblando por la descarga, buscaba a tientas en la mochila algo con filo. Encontró una vieja navaja multiusos. La abrió con los dientes y comenzó a cortar las cuerdas, pero cada vez que lograba seccionar una, la red se tensaba de nuevo desde arriba, como si alguien la estuviese controlando.

—¡Nos está mirando! —gritó Oliver, señalando hacia el techo. Alejandro alzó la linterna y lo vio: Eugenio, o su sombra, colgado de una cuerda como un murciélago, sonriendo con los ojos abiertos de par en par. En cuanto la luz lo tocó, desapareció como humo.

—Damián, suéltalo ahora o será tarde —dijo Alejandro.

Una vibración profunda recorrió el suelo. Desde un rincón oscuro, una fila de chicos vestidos con ropas de trabajo empezó a avanzar lentamente sobre raíles ocultos, bloqueando la salida. Tenían la cara cubierta por sacos de arpillera y de cada uno colgaba un cartel que decía “NO HAY SALIDA”.

—Genial... —murmuró Damián—. Es como un puto parque temático del infierno.

Alejandro miró alrededor, intentando pensar como Eugenio. Si había una trampa, también había un mecanismo para desactivarla. Vio un panel eléctrico, oxidado pero con luces verdes parpadeando, a unos cinco metros.

—Cubre, voy al cuadro —dijo, y echó a correr.

Un chasquido metálico sonó justo a su lado: un lazo de cable descendió del techo e intentó cerrarse sobre su cuello. Alejandro se tiró al suelo a tiempo y rodó hasta el panel. Abrió la tapa de una patada y vio un amasijo de cables. Sin pensarlo, arrancó tres al azar. La nave entera se sacudió como un animal herido. Las luces se apagaron un instante... y la red que sostenía a Oliver cedió de golpe.

—¡Aghhh! —Oliver cayó sobre Damián, derribándolo.

Pero no hubo tiempo para celebrar. De las sombras surgieron pasos rápidos. Una figura se movía en el borde de la luz de la linterna de Alejandro. Era Eugenio... y, detrás de él, otro más. Ambos avanzaban coordinados, como si fueran el mismo cuerpo.

—Por allí —jadeó Alejandro, señalando una escalera lateral.

Subieron de dos en dos los peldaños, oyendo las pisadas detrás, cada vez más cerca. Al llegar a la pasarela, vieron una trampilla abierta en el suelo.

Un zumbido subía desde abajo. No era eléctrico... era agua.

—¿Es... un río? —preguntó Oliver, asomándose.

No era un río. Era un canal estrecho que cruzaba bajo la nave, un viejo desagüe industrial, y el agua corría con fuerza. Damián sonrió, casi con alivio.

—Si saltamos, nos saca de aquí.

—O nos ahoga —replicó Alejandro.

Un golpe seco detrás los interrumpió: los dos Eugenios estaban ya en la pasarela, a menos de cinco metros, caminando en paralelo, con esa sonrisa imposible.

—Decidid rápido —dijeron a su vez, con la misma voz.

Sin pensarlo más, Alejandro agarró a Oliver por el hombro y saltó. Damián los siguió. El agua helada los engulló y el mundo se convirtió en espuma y golpes contra las paredes.

Arriba, Eugenio los miraba desaparecer, con una expresión que no era ni victoria ni derrota. Solo de paciencia.

Santos, en la planta baja, oyó un estruendo lejano y el rugido de agua. Miró hacia un túnel lateral: un resplandor blanco se acercaba a toda velocidad...

seguido del griterío de sus amigos.

—¡Santos, agáchate! —oyó la voz de Alejandro.

Él lo hizo justo cuando una ola de agua sucia, con Damián y Oliver flotando como muñecos, lo arrastró por el suelo. Intentó agarrarse a algo, pero el agua los llevó a todos hacia otro túnel, más estrecho, más oscuro, donde la risa de Eugenio sonaba todavía más cerca.

El canal era un monstruo de hormigón y agua helada que los tragaba sin compasión. La corriente los empujaba a ciegas, golpeándolos contra paredes resbaladizas y tubos oxidados que sobresalían como dientes afilados y rotos. El eco multiplicaba el rugido del agua y los gritos, convirtiéndolos en un único sonido salvaje.

Alejandro logró asomar la cabeza lo justo para respirar antes de que otra ola lo sumergiera. Vio un resplandor lejano: el final del canal, quizá una salida... o quizá otra trampa.

—¡No frenéis! —gritó, aunque el agua se tragó su voz.

Unos metros más atrás, Oliver trataba de mantener a Santos a flote; este tosía y escupía agua, golpeando con los codos a cada choque. Damián nadaba a contracorriente, intentando alcanzar algo que flotaba río abajo: una tabla de madera. La atrapó y la empujó hacia Oliver.

La corriente se estrechó de repente. El canal formaba un cuello que los obligaba a alinearse uno detrás de otro, como fichas en una máquina. Fue

entonces cuando lo vieron: una reja de acero bloqueando el paso. Entre los barrotes, el agua salía disparada hacia la oscuridad exterior.

—¡Nos vamos a estampar! —rugió Damián.

Alejandro buscó a su alrededor y vio, sobre la reja, una compuerta lateral apenas entornada. Si conseguían subir allí, quizá...

—¡A esa puerta, a la izquierda! —ordenó.

La corriente los empujaba demasiado rápido. Oliver, con un impulso desesperado, se aferró a una tubería que cruzaba el canal y, aprovechando la inercia, empujó a Alejandro hacia la compuerta. Este logró engancharse al marco, tirando de Santos. Damián llegó en el último segundo, arrastrando a Santos del tobillo antes de que la corriente lo arrancara.

La puerta se cerró de golpe detrás de ellos, como si alguien la hubiera empujado desde fuera.

El pasillo en el que habían caído estaba en penumbra. El agua goteaba de las paredes y formaba charcos que reflejaban una luz trémula procedente de más adelante. Avanzaron despacio, jadeando, hasta que el pasillo desembocó en una sala enorme y circular.

En el centro, iluminado por un único foco cenital, estaba Eugenio. Solo uno. Sin duplicados, sin sombras paralelas. Vestía un traje oscuro, impecable, como si nada de lo anterior hubiera sucedido.

A su alrededor, colgaban del techo más de una docena de jaulas vacías. O casi vacías: dentro de algunas, se movían figuras encorvadas, demasiado oscuras para distinguir. El aire olía a hierro viejo sanguíneo y nauseabundo.

—Habéis llegado muy lejos —dijo Eugenio, y su voz se expandió en todas direcciones, como si las paredes la escupieran de vuelta—. Y aún no habéis entendido nada.

Alejandro dio un paso al frente, con el cuerpo temblando.

—¿Qué quieres de nosotros?

Eugenio sonrió. Con un gesto lento, señaló las jaulas. En ese instante, las luces de cada una se encendieron, revelando maniquíes con sus rostros. Cada uno de ellos, replicado a escala real, atrapado en metal.

Oliver retrocedió, horrorizado.

—No... no es posible.

—Siempre ha sido posible —replicó Eugenio—. Solo hacía falta que volvierais.

De pronto, el suelo de la sala comenzó a girar, como una gigantesca plataforma circular. El agua de sus ropas se mezclaba con el aceite que

rezumaba del suelo, haciéndolo imposible de pisar sin resbalar. La velocidad aumentaba.

—¡Es una centrifugadora! —gritó Damián—. ¡Quiere lanzarnos contra las paredes!

Santos, medio arrodillado, vio un panel de control en un lateral, protegido por una jaula metálica. Una cadena lo rodeaba, y en la cerradura colgaba una llave... a unos tres metros de altura, balanceándose.

—¡Esa llave! —señaló Santos.

Damián miró la altura, miró las jaulas colgantes y luego a Oliver.

—Si me impulsas, puedo cogerla.

La plataforma giraba tan rápido que moverse era un acto de equilibrio imposible. Oliver esperó a que el giro los llevara cerca de una de las jaulas colgantes, saltó, y con la inercia impulsó a Damián hacia arriba. Este rozó la llave con la punta de los dedos... y en ese momento, una cadena se tensó desde el techo, atrapando su pierna en el aire.

Eugenio no se movió. Solo los miraba, con una paciencia inquietante.

—Decidme —dijo—, ¿cuántos de vosotros queréis realmente salir de aquí?

Damián colgaba boca abajo con la llave apretada en la mano, mientras la cadena lo izaba hacia las vigas ocultas en la penumbra. Sus amigos lo veían elevarse, impotentes, mientras el suelo giraba cada vez más rápido. El aire se llenaba con un silbido agudo, mezcla de metal, viento y la risa sorda de Eugenio.

—¡Lánzala! —gritó Alejandro, cubriéndose la cara del aire que le azotaba.

—¡Si la pierdo, estamos muertos! —replicó

Damián, intentando calcular el momento exacto.

El giro de la plataforma lo hizo oscilar en un arco amplio. Justo cuando pasaba sobre ellos, soltó la llave.

Fue un segundo eterno: el destello metálico girando en el aire, cayendo en cámara lenta... hasta que Santos se lanzó de rodillas, arrastrándose por el suelo aceitoso, y la atrapó a escasos centímetros del borde.

—¡La tengo! —gritó, y sin esperar, se arrastró hacia el panel de control.

La jaula metálica que protegía el cuadro era estrecha, pero la cerradura cedió con un chasquido. Santos tiró de la puerta, luchando contra la fuerza centrífuga, y alcanzó los mandos. El primero que vio estaba marcado con un símbolo de rayo.

—Espero que sea este... —susurró, y bajó la palanca.

Un estruendo mecánico recorrió la sala. La plataforma desaceleró bruscamente, lanzando a todos hacia adelante. Damián cayó de golpe desde lo alto, rodando por el suelo, jadeando y con el tobillo ensangrentado.

—¡Vámonos! —ordenó Oliver, ayudándolo a levantarse.

Pero Eugenio seguía en el centro, intacto, de pie sobre el suelo que aún giraba lentamente. Su voz retumbó, grave, como si las paredes mismas hablaran:

—Siempre os habéis creído libres. Pero aquí, cada puerta lleva a otra jaula.

Con un movimiento apenas visible, accionó un mando oculto en su manga. Desde las paredes, trampillas se abrieron y de ellas salieron chorros de agua a presión que comenzaron a inundar la sala. En segundos, el agua les llegaba a las rodillas.

—¡Esto es su plan B! —alertó Alejandro—. ¡Buscad una salida alta!

Santos vio una escalera oxidada que subía a un ventanal. No parecía del todo estable, pero era lo único.

—¡Allí! —señaló.

El grupo se lanzó hacia la escalera, el agua ya a la cintura. Subían de dos en dos los peldaños cuando un estrépito metálico les hizo mirar atrás: Eugenio había desaparecido. Solo quedaba su risa, rebotando en las paredes, más lejana pero aún presente.

Al llegar arriba, Damián golpeó el ventanal con la barra de una jaula caída. El cristal estalló hacia afuera, dejando entrar el aire frío de la noche. Uno a uno, se deslizaron por el marco y cayeron al tejado. El agua seguía subiendo dentro, golpeando con fuerza el marco roto.

Alejandro fue el último en salir. Antes de hacerlo, miró abajo: el agua ya cubría todo el suelo... y, bajo la superficie turbia, juraría haber visto el rostro de Eugenio mirándolo, inmóvil, como una fotografía sumergida.

Saltó.

Rodaron por el tejado y bajaron al exterior, empapados, heridos y con la respiración cortada. Afuera, la nave se alzaba oscura y silenciosa, como si nada hubiera ocurrido. Solo el eco lejano de esa risa seguía flotando en la noche.

—¿Y ahora qué? —preguntó Oliver, todavía temblando.

Alejandro miró el horizonte.

—Ahora... ahora corremos antes de que decida abrir otra puerta.

“Quien se arrepiente de sus actos es doblemente miserable”. Benito Espinoza.

Capítulo 17: Escape del terror.

Madrugada del sábado, continuación.

El aire de la madrugada era cortante, pero a ninguno le importó: lo respiraban como si fuera la primera bocanada después de ahogarse. El suelo crujía bajo sus botas empapadas mientras rodeaban la nave industrial, alejándose, exhaustos, sin mirar atrás.

—Solo un poco más... y volvemos al coche —jadeó Damián, cojeando ligeramente.

Pero cuando llegaron al claro donde lo habían dejado, el golpe fue como una patada en el estómago.

El Golf rojo estaba irreconocible. Las ruedas, reventadas. El parabrisas, hecho añicos. La carrocería cubierta de arañazos profundos, como si una garra enorme la hubiera rasgado. Los faros pendían de los cables como ojos arrancados. Y en el capó, grabadas con algo afilado, dos palabras: SIN SALIDA .

Nadie habló. Solo se escuchaba el viento moviendo las ramas cercanas.

—No es posible que haya hecho todo esto en el tiempo que hemos estado dentro... —murmuró Oliver, aunque en su voz había más miedo que incredulidad.

Alejandro escaneó el terreno. El camino de tierra por el que habían llegado estaba bloqueado por un árbol caído, enorme, imposible de mover.

—Si queremos salir, tendremos que atravesar el bosque —dijo, señalando hacia la línea oscura de pinos que se extendía más allá.

—¿Y si nos espera allí? —preguntó Santos.

—Si nos quedamos aquí, nos encuentra seguro —replicó Damián.

No había más que discutir. Se ajustaron las mochilas y se internaron en el bosque. El suelo estaba cubierto de hojas secas y ramas rotas, y el aire olía a resina y a tierra húmeda. Al principio, el silencio era total, pero pronto empezaron a escuchar cosas: un chasquido lejano, como de madera tensándose; un roce metálico apenas perceptible; un murmullo que no venía de ninguno de ellos.

El primer aviso llegó cuando Oliver pisó una raíz demasiado recta. Un “click” seco y una cuerda invisible se tensó a la altura de sus tobillos. Antes de que pudiera reaccionar, una serie de flechas improvisadas salió disparada desde un lateral, clavándose en el tronco a centímetros de su cabeza.

—¡Joder! —exclamó, tirándose al suelo.

—Esto está lleno de trampas... —dijo Alejandro, agachándose para examinar el mecanismo—. Madera, poleas, disparadores. Como si hubiera tenido meses para montarlo.

Santos levantó la linterna hacia el dosel de ramas. Entre las sombras, vio algo que le heló la sangre: una silueta inmóvil, observándolos. No se movía, pero su forma era inconfundible. Eugenio.

—Nos está guiando —susurró Santos—. Sabe exactamente por dónde vamos a pasar.

No tardaron en toparse con la siguiente trampa: un tronco suspendido a varios metros de altura, balanceándose suavemente. Damián lanzó una piedra hacia adelante para probar el terreno... y el tronco cayó con una violencia brutal, partiendo en dos el lugar donde habrían estado.

—No es solo para asustar —dijo Alejandro—. Esto es para matarnos.

Avanzaron en fila, cada uno fijándose en dónde pisaba el de delante. Pero el bosque parecía tener vida propia: raíces que se enroscaban como serpientes, ramas que se quebraban en el momento exacto para dejar caer piedras, pozos camuflados con hojas.

En un claro más amplio, se detuvieron. Delante de ellos, el suelo estaba cubierto de hojas secas en un círculo perfecto, demasiado perfecto. Alejandro lanzó otra piedra y el suelo cedió, revelando un foso con estacas afiladas en el fondo.

—Pasamos por los bordes, pegados a los árboles —ordenó.

Cuando lo estaban bordeando, una voz surgió de la oscuridad:

—Siempre elegís el camino más largo...

Era un niño vestido de negro y con la cara maquillada para el combate, parado en la rama de un pino, a más de cuatro metros de altura. La luz de la linterna apenas iluminaba su rostro, pero la sonrisa era la misma de siempre.

De pronto, un silbido cortó el aire. Una red de cuerda cayó desde arriba, intentando atraparlos a todos. Saltaron en distintas direcciones. La red atrapó solo a Santos, arrastrándolo hacia el tronco, donde un mecanismo comenzó a izarlo lentamente.

—¡Cortadla! —gritó, pataleando.

Damián y Alejandro corrieron hacia él, pero del suelo saltaron de repente trampas de oso, cerrándose con un chasquido a centímetros de sus pies. Oliver, buscando un hueco, vio una especie de senda más estrecha que parecía librarse de las trampas... pero en el extremo, entre los árboles, se adivinaba la figura de Eugenio, esperándolos en silencio.

—No hay salida... —dijo, y el bosque entero pareció susurrar esas mismas palabras.

Santos se balanceaba atrapado en la red, colgando a dos metros del suelo. La cuerda crujía con cada tirón que daba, y los nudos le mordían la piel de los brazos. Damián intentaba cortar las ligaduras con su navaja, pero cada vez que lograba avanzar unos centímetros, un silbido en el aire anunciaba otra amenaza: ramas que se quebraban, piedras que caían, trampas que se cerraban con un chasquido metálico.

—¡Nos está cazando! —gritó Oliver, buscando un hueco seguro para moverse.

Alejandro, con la linterna en la boca, localizó el sistema que levantaba la red: una polea atada a un árbol enorme. Sin pensar, corrió hacia allí, esquivando las trampas de oso camufladas con hojas. Con un salto, agarró la cuerda principal y tiró con toda su fuerza hacia el lado opuesto, aflojando la tensión. Santos cayó de golpe al suelo, rodando entre la hojarasca.

—¡Vamos, vamos! —ordenó Alejandro.

No habían dado diez pasos cuando un sonido grave, como un tambor lejano, comenzó a retumbar en el bosque. Venía de todas partes, pero parecía moverse con ellos. A cada golpe, el eco se multiplicaba, confundiéndolos.

—Se está comunicando consigo mismo —murmuró Santos, mirando alrededor—. O con su doble.

De pronto, el bosque explotó en caos. De los árboles cayeron troncos colgantes que bloquearon el camino. Desde un lateral, una pared

improvisada de ramas y zarzas se cerró como una compuerta natural. La única salida visible era un sendero estrecho hacia la derecha.

—¡Por ahí! —gritó Damián.

Se lanzaron a correr, pero el sendero resultó ser una trampa perfecta: el terreno descendía y se estrechaba, obligándolos a correr en fila india. Oliver iba delante, Alejandro detrás de él, luego Santos y por último Damián.

En mitad de la carrera, algo invisible a la altura del pecho golpeó a Oliver como una soga de acero, lanzándolo hacia atrás. Alejandro apenas tuvo tiempo de esquivarlo antes de que una segunda cuerda se cerrara sobre sus tobillos y lo hiciera caer de bruces.

Santos, frenando en seco, escuchó un crujido sobre su cabeza. Levantó la mirada y vio una figura oscura encaramada a una rama... Eugenio, con los ojos brillando como si reflejaran la luz de la luna.

—Dividir para cazar —dijo, y tiró de una palanca de madera.

El suelo bajo Alejandro y Oliver cedió de golpe, tragándolos en un agujero profundo cubierto de ramas. Santos intentó acercarse, pero un tronco horizontal giró como un molinillo, golpeándolo y lanzándolo hacia un terraplén. Damián lo siguió, cayendo rodando entre raíces y piedras.

Cuando se detuvieron, jadeantes y magullados, no había rastro de Alejandro ni de Oliver. El bosque estaba en silencio absoluto... hasta que, muy cerca, la voz de Eugenio rompió el aire:

—Ahora sí... empezamos.

Alejandro recobró el sentido con un hilo de luz filtrándose desde arriba. Estaba en un pozo circular, con paredes de tierra reforzadas por maderas podridas. A su lado, Oliver intentaba incorporarse. Al fondo del pozo, contra una de las paredes, había un viejo reloj de péndulo, parado a medianoche.

—¿Qué... es esto? —preguntó Oliver, respirando con dificultad.

El tic-tac comenzó de repente, lento, profundo, como si viniera desde dentro de la tierra.

Alejandro tragó saliva.

—Creo que... tenemos un tiempo límite.

Desde la boca del pozo, la silueta de Eugenio apareció, recortada contra las copas de los árboles. Sostenía algo en la mano: un manojo de llaves que hizo tintinear, antes de dejarlas caer en la oscuridad... muy lejos de su alcance.

—Corred —dijo, y desapareció.

El sonido del péndulo era hipnótico, pero no reconfortante. Cada golpe contra el aire resonaba en sus huesos como si contara al revés, acercándolos

a algo que ninguno quería imaginar.

Alejandro alzó la linterna hacia las paredes. No había ni una sola raíz sólida a la que agarrarse, solo tablones podridos que se deshacían al tocarlos. El suelo estaba húmedo y frío, y en las esquinas, insectos brillaban con destellos verdes como ojos diminutos.

—Tenemos que encontrar las llaves —dijo Oliver, mirando hacia arriba—. Si están aquí abajo...

—No están —replicó Alejandro, con voz seca—. Las ha tirado fuera del alcance. Quiere que gastemos fuerzas buscando para que, cuando llegue lo que sea que va a pasar, estemos agotados.

Un ruido metálico interrumpió sus pensamientos. Era como una cadena arrastrándose, cada vez más cerca. Luego, un chasquido. Desde unas rendijas en la pared, empezó a filtrarse agua. Primero en hilos finos... luego en chorros cada vez más intensos.

—No, no, no... —murmuró Oliver, retrocediendo contra la pared.

Alejandro miró arriba y vio que, colgando de una cuerda, había un pequeño cubo de metal. Lo empujó con un palo y dentro encontró... una lima.

—Esto... —la alzó para que Oliver la viera—. Si podemos cortar una de las maderas de la pared, quizá podamos hacer hueco para salir antes de que el pozo se llene.

El agua ya les llegaba a los tobillos. Y el péndulo seguía marcando, implacable.

Mientras tanto, Santos escupió tierra y se incorporó. El golpe contra el terraplén lo había dejado aturdido, pero no roto. A su lado, Damián intentaba localizar el camino de regreso hacia Alejandro y Oliver, pero la niebla se había cerrado entre los árboles como una muralla.

—No veo nada... —susurró Damián.

Un crujido los hizo girarse. De entre la bruma surgió un muro de madera que no estaba allí antes, formado por troncos encajados unos sobre otros. Tenía un único portón en el centro, abierto.

—Esto es una invitación —dijo Santos, encogiéndose—. Y no me gusta nada.

El portón se cerró detrás de ellos en cuanto lo cruzaron. El interior era un pasillo estrecho de troncos, con el suelo cubierto de hojas. Avanzaron con cautela... hasta que una soga se tensó bajo los pies de Damián y lo lanzó hacia arriba, dejándolo colgando boca abajo.

—¡Córtame! —gritó, balanceándose.

Santos buscó en el suelo algo afilado. Encontró un machete oxidado clavado en una raíz. Lo arrancó, pero en cuanto lo hizo, una compuerta lateral se abrió y dejó caer un tronco que rodó por el pasillo. Santos se tiró

al suelo a tiempo; el tronco pasó a centímetros de su cabeza y golpeó a Damián, dejándolo inconsciente.

Un aplauso lento resonó desde arriba. Santos levantó la mirada y vio a Eugenio, agachado sobre el muro, con una rama en la mano.

—Te has salvado... pero solo un turno más —dijo antes de perderse entre las sombras.

Santos bajó a Damián, respirando rápido.

—No te me mueras ahora —susurró—. No puedo atravesar esto solo.

Al mismo tiempo, el agua ya les llegaba a las rodillas a Alejandro y Oliver. Este, con las manos entumecidas, sostenía la lima mientras Alejandro arrancaba pedazos de madera podrida de la pared. La abertura era mínima, pero suficiente para meter un pie.

De pronto, un ruido hueco resonó bajo el agua. Algo estaba moviéndose en el fondo del pozo. Una burbuja grande subió hasta la superficie... y luego otra, y otra.

—Dime que eso es solo aire atrapado —pidió Oliver.

Pero Alejandro ya sabía que no lo era.

Algo más estaba subiendo con el agua, que ya les rozaba la cintura cuando la primera sombra se movió bajo la superficie. Era alargada, irregular, y se deslizó entre sus piernas con un roce frío como un cuchillo. Oliver soltó la lima y retrocedió, pero Alejandro la atrapó antes de que se hundiera.

—No hay tiempo —dijo, y con un golpe arrancó el último tablón podrido. Empujó a Oliver primero, ayudándolo a colarse por el hueco, y luego trepó tras él. Salieron jadeando a un túnel húmedo que descendía en espiral.

La risa de Eugenio resonaba en algún punto delante de ellos, siempre a la misma distancia, como si los esperara.

Mientras, Santos arrastraba a Damián, todavía aturdido, por un pasillo de madera. El aire estaba cargado de humo y olor a cuerda quemada. Detrás, algo crujía con pasos lentos. Giró la cabeza y vio a Eugenio avanzando, sin prisa, arrastrando una cadena por el suelo.

—Corre... —murmuró Damián, recobrando el sentido.

Al final del pasillo, una compuerta metálica se cerró de golpe, atrapándolos. Antes de que pudieran reaccionar, el suelo bajo sus pies cedió y cayeron en la oscuridad.

Cuando despertaron, los cuatro estaban juntos. Una luz amarilla parpadeaba sobre ellos, colgada de un cable que se balanceaba. El lugar olía a óxido y humedad. Las paredes eran de bloques húmedos y había barrotes gruesos delante.

—Bienvenidos a casa —dijo una voz.

Dos figuras se recortaron contra la luz: Eugenio... y otro idéntico. El hermano gemelo. Vestían igual, se movían igual.

—No podéis imaginar lo fácil que ha sido traerlos hasta aquí —dijo uno.

—La verdad, siempre estuvisteis en mi trampa desde que pusisteis un pie en Dílar —añadió el otro.

Oliver apretó los puños.

—¿Por qué? ¿Por qué todo esto?

Los dos se miraron y sonrieron al mismo tiempo.

—Porque yo no tuve infancia —respondió el primero—. Solo golpes, miradas y silencio.

—Y vosotros... risas, bicicletas, veranos en la playa... —el segundo escupió la palabra como si le quemara—. No os merecáis nada de eso.

—¿Ambos no tuvisteis esa infancia o solo uno de los dos? —preguntó Santos mirando fijamente, como si ya no tuviera nada que perder, al que creía que era el Eugenio auténtico.

—Mi hermano no se crió conmigo ni pasó lo que yo, pero cuando nos conocimos quiso vengarse también por mí.

—Otro chiflado eh, esto va a ser esos putos genes —profirió un Damián golpeado, magullado y enrabietado.

—Sois unos violadores y asesinos, no os hagáis las víctimas —dijo Oliver con voz hueca por el dolor.

—Así es, hacerse la víctima es la peor forma de manipulación, habéis hecho mucho daño a niños inocentes simplemente porque no tuviste ni los cojones ni la fuerza de carácter que hay que tener para hacer amigos y salir adelante —masculló Santos, ya sin temor alguno.

Los dos Eugenios se miraron mutuamente como si fueran uno solo y después simplemente dijeron: “vais a saber lo que es perder”, al unísono, y se marcharon. Al momento, Alejandro dio un paso adelante, pero un sonido metálico lo detuvo. La compuerta trasera de la celda se abrió con un chirrido, y en la penumbra apareció un niño. Tenía la cara sucia, los ojos abiertos como platos. Era Iker, que había escapado del coche policial para ayudar a acabar con Eugenio.

—Venid... rápido —susurró, empujando la compuerta lo justo para que pudieran pasar.

Los cuatro no lo dudaron. Alejandro, el primero, vio cómo Iker le daba una pequeña escopeta recortada de dos cañones y la cogió sin pensar. Le preguntó si estaba cargada, apuntó hacia el hermano de Eugenio.

—Por todo lo que me habéis hecho pasar, cabrones —dijo pensando en aquel cazagatos de su infancia, que no pudo disparar, y apretó el gatillo. El disparo retumbó en la sala, lanzando al hermano contra la pared.

Eugenio no corrió. Se arrodilló junto al cuerpo de su hermano, lo sostuvo unos segundos... y luego miró a los cuatro con una calma que helaba. Detrás de él, en la penumbra, se perfilaba la figura de una mujer mayor, encorvada, con los ojos apagados: su madre.

—No vais a atraparme —dijo, sacando un revólver de la chaqueta—. Ni a ella.

Sin apartar la vista de ellos, colocó el cañón bajo su barbilla. La mujer hizo lo mismo.

—Id al trastero 14 de la Torre dos —continuó, con voz firme— Allí encontraréis mi verdadera venganza. Para que sepáis que todo lo que os quité... es poco comparado con lo que os puedo quitar.

—¡No lo hagas! —gritó Alejandro, adelantando un paso.

Pero ya era tarde. Dos disparos retumbaron al unísono. Los cuerpos cayeron hacia atrás, y el silencio llenó la sala.

Los cuatro se miraron, sin aliento. Y entonces, sin decir nada más, salieron corriendo hacia la noche donde acababa de llegar el subinspector Ortega con dos patrullas policiales.

“Nada te asemeja tanto a Dios como perdonar a quien te ha ofendido”.
Santo Tomás.

Capítulo 18: Hijos de la inocencia.

Domingo del Resucitado.

El subinspector Ortega apareció en el lugar de los hechos con la cara pálida y los labios apretados.

—Se acabó —dijo con voz grave—. Vamos.

Sin dar explicaciones, hizo un gesto a dos agentes uniformados que esperaban detrás. Los esposaron con suavidad, más como precaución que como arresto, y los guiaron fuera del lugar donde habían estado retenidos. Afuera, dos coches patrulla aguardaban con los motores en marcha.

—Llévanos a la Torre Dos. Trastero 14 —dijo Alejandro, con voz cargada de tensión.

—A la Torre Dos. Trastero 14 —respondió Ortega sin mirarlo—. No hay tiempo que perder.

El trayecto fue silencioso. En el asiento trasero, Alejandro observaba las luces de la ciudad deslizándose por la ventanilla, cada destello acompañando el latido acelerado de su corazón. Oliver no apartaba la vista del suelo; Santos mordía el interior de su mejilla hasta hacerse daño;

Damián miraba el reloj una y otra vez, como si la aguja pudiera darle alguna certeza.

Cuando los coches se detuvieron frente al bloque, el edificio se erguía oscuro, sin una sola luz encendida. Ortega bajó primero y los condujo hacia la entrada lateral. Un portero medio dormido en una silla se limitó a apartarse sin hacer preguntas.

El sótano olía a humedad rancia y a polvo acumulado durante años. Las paredes desconchadas reflejaban el parpadeo irregular de los fluorescentes. El silencio era tan espeso que cada paso sobre el suelo de cemento sonaba como un disparo lejano.

—¿Seguro que...? —intentó preguntar Oliver.

—No estoy seguro de nada —lo interrumpió Ortega, con los ojos fijos adelante—. Solo os advierto que os preparéis para lo peor.

El pasillo se estrechó hasta terminar en una puerta metálica pintada con el número 14 en rojo desvaído. Ortega sacó una llave de su bolsillo, la sostuvo un instante en el aire, como si dudara.

—Cuando abra... —empezó a decir, pero no terminó. La cerradura giró con un chasquido que resonó más de lo debido.

El interior estaba oscuro. El haz de la linterna de Ortega barrió las paredes llenas de cajas viejas, muebles cubiertos con sábanas, y al fondo... cuatro figuras inmóviles, sentadas en el suelo.

Alejandro sintió que el mundo se estrechaba. Dio un paso y luego otro, con el corazón martilleándole el pecho. Santos y Damián lo siguieron, como arrastrados por una misma corriente invisible.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, vieron que eran cuatro niños. Tenían las muñecas atadas por delante y mordazas de tela gris. Sus cabezas caían hacia un lado, los cabellos sucios pegados al rostro.

—Por Dios... —susurró Alejandro, arrodillándose, son nuestros hijos.

Con manos temblorosas, tocó el cuello del primero. Un latido débil, pero claro, le golpeó la yema de los dedos. Alzó la mirada con los ojos vidriosos.

—Vivos. Están vivos.

Ortega se agachó junto al segundo niño y cortó las ataduras con su navaja reglamentaria. Todos respiraban, aunque con dificultad, y tenían cortes y hematomas por todo el cuerpo.

En el suelo, entre ellos, había un sobre con el nombre de los cuatro amigos escrito a mano. Lo abrió despacio. Dentro, una nota breve, escrita con letra firme:

*"No pude salvar a mi hermano ni a mí mismo, pero puedo salvar lo que vosotros no debéis perder.
Que no crezcan como yo."*

Firmaba: Eugenio .

Los cuatro ayudaron a sus respectivos hijos a ponerse en pie. Al salir del trastero, el aire de la calle parecía más frío, pero también más real. El amanecer empezaba a colorear el horizonte.

—Vamos a casa —dijo Alejandro.

Y esta vez, nadie discutió. Cada uno llevó a su hijo a salvo mientras ensoñaba un recuerdo de su infancia, aquella que les hizo ser como son, para bien o para mal, porque la infancia es nuestra patria, como ya alguien escribió.

Alejandro tenía a su hija envuelta en una manta, todavía medio dormida, apoyada contra su pecho. Subió las escaleras despacio, con cada paso sintiendo el peso de la noche que acababa de terminar. Frente a su puerta, se detuvo. Sus ojos se quedaron fijos en el pomo y, por un instante, no estaba allí...

En una tórrida tarde de agosto de 1988, en las Torres de Colón, zona de la ducha entre la piscina chica y la grande, el vapor del agua caliente se mezcla con el olor a cloro y colonia juvenil. Alejandro, con apenas once años, se queda en un rincón, mirando fijamente a sus tres hermanos mayores, los "gentleman", ducharse y arreglarse. Los tres se movían con esa seguridad que él creía exclusiva de los héroes.

—¿Esta camisa o la blanca? —preguntó uno, sacudiendo una prenda de rayas.

—Esa de rayas te queda mejor —dijo otro, echándose gomina en el pelo frente

al espejo de mano empañado—. Hoy hay que arrasar en el Copo.

—¿A qué pubs? —preguntó el tercero, abrochándose el cinturón.

—Cruza la Calle, Blue Bar, Bribón... y si queda tiempo, Tanaka, Tuna o Chic —enumeró con una sonrisa cómplice.

Las risas y el sonido del agua llenaban el lugar. Alejandro no perdía detalle: cómo se enjabonaban, cómo se peinaban, cómo se perfumaban antes de salir. Todo le parecía una ceremonia secreta.

—Algún día... —murmuró, apenas audible— yo también seré así.

Uno de sus hermanos le revolvió el pelo al pasar.

—Claro que sí, enano —dijo—. Pero primero, crece.

El sonido de la llave girando lo trajo de vuelta al presente. Empujó la puerta y entró, cerrando con suavidad para que su hija siguiera durmiendo.

Damián salió del coche patrulla con su hijo abrazado a la cintura, aferrado a él como si pudiera desaparecer en cualquier momento. El portal de su casa estaba tal como lo recordaba, con el mismo felpudo raído de siempre. Tocó el hombro del niño y, por un instante, lo vio de otra forma...

Una tarde de verano de 1992, el sol caía fuerte sobre la calle.

—Venga, Santi, Nico —dijo Damián, con tono de conspirador—, vamos a hacer

una fiesta esta noche. Id al super y traed algo bueno.

—¿Y tú? —preguntó Nico.

—Yo me quedo preparando todo. Pero llevad a Santos, que no se diga, and th lucky, lucky, lucky.

Minutos después, ya estaban los tres en el supermercado. Santi empujaba el carrito vacío, Nico revisaba los estantes y Santos miraba las etiquetas como si leyera en otro idioma.

—Eh... —murmuró Santi—, ¿tenéis dinero?

—Yo no. ¿Tú? —dijo Nico.

—Ni una peseta.

Se miraron. Y sonrieron.

—Cogemos una chocolatina, la metemos en el bañador... y luego la devolvemos — propuso Nico, conteniendo la risa.

Santos frunció el ceño.

—Eso es robar.

—No, es... un préstamo rápido —bromeó Santi.

Pero antes de que pudieran siquiera terminar el plan, una mano pesada se posó

en el hombro de Nico.

—Acompañadme, chicos —dijo un guardia de seguridad con voz grave.

Los llevó a una pequeña sala sin ventanas. El silencio era espeso, roto solo por el crujir de la silla cuando se sentó a llamar por teléfono.

—Ya vienen vuestros padres.

Cuando la puerta se abrió, entró la madre de Damián. Saludó brevemente a la madre de Santos, con una disculpa rápida, y sin perder un segundo empezó a repartir zapatillazos como si fueran bendiciones urgentes.

—¡A la cama! ¡Y sin rechistar! —tronó mientras ellos corrían escaleras arriba.

El presente volvió de golpe. Damián inspiró hondo y entró en casa, sintiendo que cada escalón borraba un poco de las sombras de esa noche.

Oliver fue el penúltimo en marcharse. El coche patrulla se alejó, dejándolo solo en la acera. Llevaba a su hijo de la mano; el niño miraba hacia arriba, con los ojos aún húmedos. Al llegar a la verja del jardín, se detuvo, atrapado por una imagen que emergió sin permiso...

Año 1999. Una nave industrial, pero nada que ver con el terror que viviría décadas después en Dílar. Luces de colores improvisadas, altavoces retumbando y un olor mezclado de cerveza, humo y juventud. Sus amigos Santos, Manu, Juan y Fran, junto con un grupo de amigos cordobeses, se movían de un lado a otro preparando la sorpresa.

—¡Shhh, que ya vienen! —susurró Manu, escondido tras una columna.

La puerta se abrió y Alba, la novia de Oliver, entró despacio.

—¿Qué...? —apenas pudo decir antes de que un coro de voces estallara:

—¡SORPRESA!

La música arrancó con la guitarra del cantante polivalente, que atacó Message in a Bottle de The Police como si estuviera en Wembley. Alba se tapó la cara entre risas, y Oliver le dio un abrazo que casi la levantó del suelo.

—Esto es por ti —le dijo al oído.

—¿Todo esto...? —preguntó ella, mirando alrededor.

—Todo. Y hasta las ocho de la mañana —contestó Fran, ya con un vaso en la mano.

La noche se desató. Entre canciones de Dire Straits y U2, las botellas pasaban de mano en mano. Manu gritaba peticiones desde el fondo:

—iSultans of Swing! ¡Y luego One!

—¡Y después otra ronda! —añadía Juan, riéndose con un vaso de ron.

A las cuatro de la mañana, la pista improvisada era un caos glorioso: gente bailando sola, abrazos sudorosos, y un par de valientes cantando With or Without You a pleno pulmón con el cantante.

—Esto es la vida, hermano —dijo Fran, tirándose en un banco con una manta

fina por encima—. No hay nada mejor.

Oliver, tumbado en el suelo junto a Alba, sonrió mirando el techo metálico de la nave.

—Si esto pudiera durar siempre... —murmuró.

El presente lo alcanzó de nuevo. Empujó la verja, cerró tras de sí, y caminó hacia la puerta con la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, la vida volvía a estar donde debía.

Santos caminaba rápido por la acera, sujetando a su hija con una mano y la bolsa con sus pertenencias con la otra. El frío de la mañana le erizaba la piel, pero en su interior ardía una sensación que creía perdida. Llegó a su portal, donde una bombilla parpadeante lo recibió como siempre. Se inclinó para mirar a su hija...

Agosto de 1992. El tobillo izquierdo vendado, inflamado como una pelota. Santos frunce el ceño:

—Así no voy a poder ir a ningún lado...

Oliver, que estaba sentado en un banco con Alba, sonrió.

—Tranquilo, hoy vienes conmigo a ver a mi padre.

El padre de Oliver, un hombre ciego y con manos prodigiosas, los recibió con una cerveza en el bar de las Torres de Colón.. Su voz era afable, y al hablar, parecía dibujar sonrisas en el aire.

—A ver, muchacho... siéntate aquí. Vamos a ver ese tobillo.

Santos obedeció. El hombre empezó a palpar con cuidado, con una precisión asombrosa.

—Esto está torcido, pero no roto —dijo, y luego, mientras trabajaba—: Alba, ¿qué pedimos esta noche para cenar?

—Yo pizza —respondió Oliver.

—Yo prefiero chino —intervino Alba.

El padre sonrió.

—Chino, entonces. Alba siempre tiene buen gusto.

Santos soltó una risa nerviosa mientras sentía cómo la inflamación y el dolor iban desapareciendo casi como por arte de magia.

—Listo, muchacho. Prueba a apoyarlo.

Santos se levantó, dio un par de pasos y abrió los ojos como platos.

—¡Está perfecto!

Esa misma noche, salió con Damián y Juan hacia el Pachanga, un pub nuevo junto al 470. La música se escapaba por la puerta abierta, y él pidió una Coca-Cola en la barra, encendiendo un cigarro con gesto de adulto.

—Eh, Santos... —susurró Juan, con los ojos fijos en la puerta.

—No me asustes —dijo él, girándose.

Damián tragó saliva.

—Tío... parece un fantasma, pero creo que tiene forma de tu madre.

Santos sintió un escalofrío. En la entrada, su madre lo buscaba con la mirada de quien no necesita palabras para castigar.

—¡Mierda! —exclamó, tirando el cigarro.

Salió disparado, corrió por media calle y llegó a su casa. Se metió debajo de la cama, respirando agitado, con el corazón a punto de salirse.

—Ha sido... una pesadilla —se dijo, aunque sabía que no.

La risa suave de su hija lo devolvió al presente. Santos sonrió sin darse cuenta y subió las escaleras de dos en dos.

“Lo maravilloso de la infancia es que cualquier cosa es en ella una maravilla”. Chesterton.

Epílogo: Redención.

El mar estaba quieto aquella mañana, como si estuviera escuchando. Santos permanecía en la orilla, observando a su hija jugar con otros niños en la arena. No había chubasqueros, ni miradas torcidas, ni risas envenenadas. Solo voces infantiles que se mezclaban con el rumor de las olas.

Pensó en Eugenio. En el niño que, bajo la tela amarilla, se escondía del mundo. En las burlas que le lanzaban como piedras. En el silencio que adoptó como idioma, y en la marea oscura que, poco a poco, había crecido dentro de él hasta devorarlo todo. Pero el mar no da segundas vidas. Ni devuelve la inocencia robada. La infancia que a uno le arrebatan no siempre se recupera.

Y, aun así, había algo que, sin embargo, entendía ahora: el dolor no justifica la crueldad. Todos tienen heridas; lo que nos define no es el daño recibido, sino lo que hacemos con él.

Eugenio se dejó arrastrar por su marea oscura. Él no. Ni Alejandro. Ni Damián. Ni Oliver. Ellos habían decidido ser la orilla firme para sus hijos, para que, cuando llegaran las olas, supieran mantenerse en pie.

El viento trajo un olor a sal y a promesas viejas. Santos sintió que, por primera vez en mucho tiempo, el mar no era un testigo de tragedias, sino un recordatorio: la vida golpea, y la única protección real no es una tela plastificada, sino la fuerza de carácter para resistir. Lo contrario de la enfermedad se llama firmeza, virtud sin la cual uno no puede propiamente amarse, ni tampoco amar a los demás. Detrás de él, su hija lo llamó. Santos sonrió, dejó que las olas le mojaran los pies y se adentró hacia la voz que lo reclamaba. No necesitamos un abrigo para protegernos del mundo. La verdadera armadura ha de estar dentro de nosotros. Se llama educación.